



DIARIO de un hada

Clara Tahoces

martínez roca

Sólo viven si crees en ellas

de

Sólo viven si crees en ellas.

El nombre de un hada es secreto, nadie debe conocerlo. De lo contrario, podría ocurrir algo impredecible.

Éste es el diario de uno de esos minúsculos y delicados seres alados que comparten los bosques con elfos, ninfas, gnomos, trolls y otros caprichosos seres de leyenda.

A través de sus páginas visitaremos un mundo fabuloso, nos enseñarán sus sorprendentes poderes curativos y las hierbas que utilizan para sus filtros, sus manjares preferidos, la labor que desempeñan en nuestras vidas, descubriremos cómo algunos seres humanos se pueden transformar en hadas, víctimas de oscuros encantamientos, y seremos testigos de los prodigiosos acontecimientos que les suceden.

Diario de un hada es una porción de ilusión que pretende contribuir a que el mundo de la fantasía siga vivo, un libro que encierra un pequeño enigma que el lector avezado podrá descubrir con un poco de paciencia: busque entre sus páginas y descubra el nombre escondido del hada.

«Cada vez que un niño dice que no cree en las hadas, cae muerta una de ellas, por eso van quedando tan pocas.»



Clara Tahoces

Diario de un hada

ePUB r1.2

Banshee 28.05.13

Título original: *Diario de un Hada*
Clara Tahoces, 1999.

Editor digital: Banshee
Corrección de erratas: orhi, Morwen
ePub base r1.0





Prólogo

«... Cuando un niño dice que no cree en las hadas, cae muerta una de ellas, por eso van quedando tan pocas...»

JAMES BARRIE

«Con gran asombro por mi parte, he sabido que hay personas que no han visto jamás a un gnomo. No puedo por menos que compadecerlas. Estoy seguro de que no están bien de la vista.»

AXEL MUNTHE

Hace unos meses me vi envuelta en una circunstancia un tanto insólita... Me notificaron que mi tía Clarissa había fallecido y se me instaba a que me presentase ante el notario para escuchar la lectura del testamento... El hecho en sí no debería extrañar. Todos los días mueren y nacen personas, es el ciclo de la vida. Sin embargo, mi tía Clarissa no era una persona común. De entrada, no supe qué pensar puesto que (muy a mi pesar) apenas la había visto en tres o cuatro ocasiones —en compromisos familiares—, aunque sí sabía de sus andanzas, pues era el «gato verde» de la familia, y eso ya es difícil, créanme. Para rendir un pequeño homenaje a su figura, diré que vivía completamente sola, en una casona apartada, lejos del mundanal ruido, del humo de los coches y del estrés que a todos nos va envolviendo poco a poco, y del que apenas sí podemos desligarnos. ¡No tenía un pelo de tonta tía Clarissa! Vivía de manera holgada gracias a una herencia, y aparentemente no se dedicaba a nada en concreto, más que a sus plantas, flores y animales (tenía siete perros y seis gatos, amén de numerosos reptiles), que tras su fallecimiento fueron repartidos en distintos lugares...

Uno de esos gatos (negro para más señas) vive ahora conmigo. Era una eremita moderna. Aunque esta semblanza pudiera hacernos pensar que se trataba de una persona muy mayor, no lo era... Es más, siempre sospeché que hacía «pactos» con «entidades», vaya usted a saber de qué clase, porque no aparentaba la edad que se suponía debería tener... En realidad, posteriormente a su muerte, traté de indagar los años exactos y nadie de la familia supo darme razón...; ¡está claro que era una desconocida para todos nosotros! Pero lo más curioso es que los documentos en los que debería constar este dato (partida de nacimiento, DNI, etc.) no aparecieron parte alguna, ni siquiera en los registros correspondientes.

De esta última investigación me encargué personalmente, y acostumbrada como estoy a tratar de llegar hasta el fondo de las cosas, en esta ocasión —como en otras tantas— debo reconocer mi derrota. Es como si alguien se hubiese tomado la molestia de hacerlos desaparecer, o como si los mencionados documentos no hubiesen existido jamás...

Tampoco pude averiguar nada sobre su vida...; para la familia era, como ya he expresado hace unas líneas, una completa y misteriosa extraña. No se le conocían amigos ni amigas (a su entierro y funeral no acudieron más que algunos familiares por no dejarla sola). Entre ellos, me encontraba yo, pero más que por cumplir me acerqué por curiosidad —es justo reconocerlo—, aunque también es conveniente especificar que si los misterios siempre me han atrapado, tía Clarissa desde luego era uno de ellos, ¡y yo me daba cuenta ahora, tras su muerte! Además, yo llevaba mi nombre como derivación del suyo, y por alguna curiosa casualidad estaba incluida en la lista de las personas que debían acudir a la lectura del testamento. ¡Algo inexplicable!

Lo más sorprendente de todo es que el dinero que poseía, así como sus bienes terrenales, lo donó para obras de beneficencia, excepto unos viejos papeles que aparecían citados en el testamento, y que ella deseaba que yo tuviese en mi poder..., ¿por qué? Lo ignoro.

Aquellos manuscritos no se me entregaron de inmediato por una simple razón: no fueron hallados hasta varias semanas después, una vez que empezaron a dismantelar la casona. La tía Clarissa —celosa de su intimidad hasta con ella misma— los había escondido debajo de una tabla que cubría el suelo de su habitación. Alguien pisó mal, la tabla saltó y quedó al descubierto una caja en la que aquellos papeles —que para ella debían ser sumamente valiosos— se encontraban perfectamente ordenados y envueltos en una capa de hojas secas... Olían a tierra, como si hubiesen estado enterrados o metidos en alguna oquedad por un tiempo. La intriga me corroía, así que apenas los tuve en mi poder me faltó tiempo para encerrarme en mi habitual lugar de trabajo a fin de escudriñar tan insólita herencia. ¿Qué contenían aquellos manuscritos?, se preguntará el lector... Esa misma cuestión me la formulaba yo.

Cuando comencé a leerlos me quedé estupefacta y saqué dos conclusiones: o tía Clarissa estaba como una regadera —tal vez por el aislamiento en el que había vivido constantemente— y elucubró una singular historia que se desarrollaba en un mundo tan irreal como imaginario, o el raro relato que allí se narraba podía ser ¿auténtico?

No seré yo quien dé respuesta a esta pregunta, porque a estas alturas confieso que ya no sé qué pensar... Son demasiados los datos que cuadran... Es preferible que sea usted, que en estos momentos tiene los papeles en sus manos, el que extraiga sus propias conclusiones... Pero no destriparé la historia, que tiene su propia protagonista, y que habla por sí misma mejor de lo que yo podría hacerlo...

Tal como a mí me llegó, así se ha reproducido. Por supuesto, los originales obran en mi poder. No he cambiado nada, únicamente encontrarán algunas notas a pie de página que sí son mías. El motivo de estas anotaciones se explica porque una vez que conocí el contenido de los papeles de tía Clarissa quise saber más sobre el tema, deseé comprender mejor el mundo *feérico* (completamente diferente al mundo de los humanos). Para ello tuve que documentarme, y he considerado que muchas de las cosas que se describen, que en un principio no entendí, sería interesante compartirlas con el lector. Espero que sepan perdonar y comprender estas pequeñas intromisiones...

No me pregunten cómo llegó este diario a manos de mi tía porque tengo la misma idea que ustedes: ¡ninguna! Tal vez, tía Clarissa tenía más amigos de los que sospechamos...



En el tiempo del búho

Quisiera que fuese mi intención —ya que me he propuesto escribir este diario— poder hacerlo como los humanos, es decir, añadiendo fechas, días y hasta horas, aunque eso no va a ser posible, puesto que desde que pasé a convertirme en un ser elemental, una de las cosas que he aprendido es que nuestra memoria no es muy buena^[1], además de que la concepción del tiempo en el mundo *feérico* es absolutamente distinta... Aquí éste no se mide con relojes, ni con prisas, ni con reuniones, ni con nada que altere nuestro devenir. Con nada, excepto días muy señalados como la noche de San Juan... Y observad bien esta fecha, pues es crucial para las hadas, especialmente para aquellas denominadas por los humanos «encantadas».

Y es que yo no fui siempre de esta manera... Antes, hace mucho tiempo (no recuerdo cuánto), era humana, y aún echo de menos mi antigua condición. Pero la vida es así, y ahora me encuentro atrapada entre dos mundos contradictorios y paralelos.

Supongo la cara que ya debe de tener un humano si este diario ha caído en sus manos y lee lo que acabo de escribir, pero en cierto modo la motivación que me ha impulsado a describir el mundo feérico^[2] (cosa nada sencilla) tiene ese fin... Si supieses tú, amigo/a (¿puedo llamarte así? ..., ¡gracias!), el trabajo que me cuesta hilvanar las ideas, no te estarías riendo tanto a mi costa... Pero no creas que no te entiendo, puesto que a mí me hubiese pasado igual. Nuestros mundos están tan cerca y tan lejos al mismo tiempo, que seguramente habrás podido ver alguna prueba física de nuestra existencia, y aun siendo así, ni te has dado cuenta, o en el caso de los más enterados, dichas evidencias han sido confundidas con otras entidades, como extraterrestres, que bajo ningún concepto tienen que ver con nuestro mundo.

Pero no digas que no crees en mí...; por favor, ¡no quiero que una de nosotras caiga muerta! Seguramente, lo que aquí voy a narrar pueda serte de utilidad, si es que algún día decides localizarnos (si me oyeran las otras hadas^[3] recibiría una reprimenda), porque os tememos casi tanto como os huimos^[4]. A fin de cuentas, estáis destruyendo a pasos cada vez más agigantados nuestro hábitat; no parece que demostréis mucho respeto por nuestro entorno, que también es el vuestro, ¡no lo olvidéis nunca! De seguir destruyendo el planeta, desapareceremos para siempre y vosotros tardaréis algo más, pero también terminaréis por sucumbir...

¡Y pensar que yo antes era como vosotros!, que no reparaba en estas cuestiones tan importantes para nuestra supervivencia... Cómo cambia la concepción de las cosas.



En el día de la oruga

Creí que había muerto. Pero no. Ni seleccionas el momento en el que has de morir ni en el que has de nacer. Lo que me impactó sobremanera y más claramente recuerdo de aquella noche fue la visión de una luz intensa y brillante, como no he vuelto a verla jamás (parcialmente roja, blanca, medio verde, muy rara), que se apoderó del vehículo y que, haciendo ostentación de vida propia, me arrastró con fuerza hacia el exterior del coche. Después todo se sumió en un profundo silencio, impenetrable y aterrador..., y me dejé llevar por él hasta quedarme dormida. Al menos, la sensación fue de sueño... No me resulta fácil hablar de ello porque no sé exactamente qué pasó... ¿Qué fue real y qué producto de mis distorsionados recuerdos?

La confusión fue en aumento al despertar... porque, a pesar de encontrarme en el mismo sitio del accidente, mi coche y el contrario no estaban allí. No había nadie por la zona. Me parecía incomprensible que hubiesen llegado las ambulancias y las grúas y que me hubiesen dejado tirada, como un trapo.

Pero lo peor no fue eso... ¡Estaba desnuda y llena de cardenales! No daba crédito, ¿sería posible que hubiese alguien tan malvado para robar las ropas a una persona accidentada? O peor, ¿quizás me hubiesen violado impunemente!

Los cardenales, que en principio achaqué a la colisión, en realidad eran como pequeños pellizcos, y se encontraban dispersos por todo mi cuerpo. Pero no habían sido producidos por el choque^[5], aunque en ese momento yo lo creí así.

Quizá fuese toda una pesadilla, un mal sueño, al menos eso supliqué, aunque lo único cierto es que estaba tirada en medio del campo, desnuda, apaleada, en una carretera por la que no transitaban vehículos, muerta de frío y hambre y sin saber qué hacer o adonde dirigirme. ¡Traumático!

El caso es que algo debía hacer, y aunque me daba mucha vergüenza andar de esa guisa, tomé unas hojas secas que había por la zona y, cubriéndome lo mejor que pude, eché a andar por donde yo creía que había venido la noche anterior, a ver si localizaba la finca de los padres de Ricardo o una carretera principal. Y anduve tanto que empecé a desfallecer. La finca no se veía por parte alguna y me entraron ganas de echarme a llorar. Entonces reparé en que no lo había hecho desde hacía mucho tiempo... ¡Llevaba años sin derramar una sola lágrima! Me senté sobre una roca y dejé fluir todo el caudal que llevaba en mi interior, toda la rabia, el rencor, el miedo, el odio, la indiferencia, la envidia, la indolencia, la impotencia..., todo lo negativo. Estuve sobre la peña llorando durante varias horas. Había dejado de sentir vergüenza a causa de mi desnudez, y tampoco tenía hambre ni frío.

Al atardecer, me armé de valor y continué mi camino en busca de la carretera principal; después de mucho andar, ahí estaba. ¡Sí! ¡Por fin! Ya veía los coches transitar por ella a toda velocidad... Debía dar parte de lo ocurrido, del accidente, de mi robo y de mi posible violación. Así que, tal cual vine a este mundo, me puse a hacer autostop, pero por increíble que parezca ¡nadie paró!

¡Será posible tanto desaprensivo!, pensé en mi interior. Ven a una mujer desnuda en medio de la carretera ¿y no son capaces de detenerse? Pero ¿en qué mundo vivimos? Me sorprendía sobre todo el hecho de que yo estaba desnuda...; aunque fuera por curiosidad, ¡leñe! Ni por ésas; ni un mísero vehículo se detuvo...

En fin, que no me lo pensé dos veces y me planté en medio de la carretera. Si no se detenían por las buenas, lo harían por las malas... Y aquí es cuando experimenté la mayor angustia de todas cuantas había sentido a lo largo de mi vida como humana: un camión venía hacia mí; no parecía tener intención de frenar. ¡Y no lo hizo! Atravesó mi cuerpo como si yo no estuviese allí. El vehículo que iba detrás obró de igual forma. ¡Seguía viva! ¿Qué estaba pasando? Una de dos, o ellos no me veían o yo no estaba en aquel lugar. ¿Estaría muerta y no me habría dado cuenta? Antes del siniestro, nunca me planteé la posibilidad de que hubiese vida después de la muerte... Ahora me lo cuestionaba seriamente. Pero no habría imaginado que fuese de este modo tan sórdido...

¿Qué hacer? En esos momentos no era capaz de pensar con mucha claridad. Las ideas no fluían en mi mente de forma ordenada y como si un autómatas fuese me dirigí de nuevo al punto de origen, al lugar del accidente. No sé por qué actué así, pero era como si yo ya no fuese dueña de mis actos, como si alguien —y esta vez de verdad— dictase mis pasos hacia aquel punto. Los deseos que había experimentado de regresar cuanto antes a la «civilización» se desvanecieron y sentí en cambio la llamada del bosque... Como un potente imán me pedía a gritos que fuese hacia él. Mi cuerpo obedeció, y a pesar de los muchos kilómetros que debía llevar encima, no sentía cansancio, sólo una placidez y un bienestar que fueron creciendo en mi interior.

Y llegó la noche, mi primera noche al aire libre, y alcancé —no sé por qué extraño mecanismo— el punto de la colisión; me tumbé en el suelo al lado del roble^[6]... y ¿cómo sabía que era un roble? Pues no lo sé, pero estaba segura de ello y aprendería otras muchas cosas más adelante, por ciencia infusa. Descansé como no lo había hecho nunca anteriormente... El ulular de los búhos y el movimiento de los matorrales producido por la suave brisa reinante fueron mi canción de cuna. Mi canción consoladora. Intuía que ya nada sería igual para mí. Y esta vez no me equivocaba.



En el día de la amapola

Desperté... No sé qué hora sería ni me importaba. Aunque aún me hallaba desconcertada, mi estado no era tan lamentable como antes de dormirme. Sí, es cierto, seguía desnuda, magullada y desorientada. Pero por extraño que parezca, ya no sentía la necesidad imperiosa de volver a mi casa, ni al trabajo, ni de buscar ayuda. No, al menos, el socorro que se espera en estos casos.

Sin pensarlo dos veces, me levanté y me abracé al roble que me había dado cobijo la noche anterior. Ignoro por qué motivo lo hice, sólo experimenté una necesidad imperiosa de transmitirle la vida que él me había aportado durante la noche... Y el viejo árbol me lo agradeció con un sonido parecido al crepitar de las castañas en el fuego.

Probablemente estaréis pensando que lo que en realidad me estaba sucediendo era que me había quedado trastornada por todos los acontecimientos que me habían acaecido en los últimos días, pero puedo aseguraros que me encontraba mejor que nunca... Posiblemente, mejor que vosotros en estos momentos, mejor que cualquier otra criatura de la naturaleza. Simple y llanamente me había enamorado del bosque^[7]...; claro que para un humano esto es algo impensable, y ya sabéis por qué lo sé... Antes, yo era de esas personas que arrojan colillas encendidas por las ventanillas de esos monstruos de hierro que llamáis vehículos. No frecuentaba mucho el campo, pero cuando lo hacía me sentía mareada, como si me faltase el aire... ¡Qué ironía! Y al regresar a la gran ciudad, dejaba tras de mí un rastro inconfundible de la presencia de los humanos: colillas, papeles, plásticos, latas vacías y otros tantos desperdicios que vosotros llamáis comida.

¿Os habéis parado a pensar por qué las avispas y abejas siempre se empeñan en meterse en las latas de los refrescos? Seguramente, argumentéis que los insectos quedan subyugados por el azúcar... ¡Pues sabed que lo hacen para que os larguéis cuanto antes de sus dominios! Algunos de vosotros, viendo que no podéis terminar el refresco en paz, los apresáis en su interior y ellos prefieren morir en acto de servicio que de alguna otra manera.

Pero bueno, no quiero desviarme de la cuestión principal, y es que quería tan sólo mostraros un ejemplo de las cosas que suceden a vuestro alrededor, en las que ni tan siquiera reparáis.

El caso es que al igual que sentí una necesidad imperiosa de abrazarme al roble, observé el mismo deseo de buscar un río donde poder lavarme a conciencia^[8]. Y aunque de nuevo pueda pareceros extraño, sabía perfectamente qué dirección debía tomar. Es complicado de explicar; era

como si de la noche a la mañana —y nunca mejor dicho— hubiese adquirido una serie de conocimientos que «alguien» me hubiese inculcado a raíz del accidente. Había oído hablar muy vagamente, acaso en algún programa de televisión, de esas personas que sostienen haber sido secuestradas por extraterrestres^[9] y que al regresar insisten en que les han colocado un aparato en la cabeza, mediante el cual les dictaban lo que deben hacer... Pues a mí me sucedía algo similar, sólo que en mis circunstancias sabía que nada de lo que me estaba ocurriendo tenía que ver con esas «entidades»..., como más tarde comprobaría.

El caso es que sabía que el río no se encontraba cerca, así que me dirigí hacia él a campo traviesa, y pasé por varias granjas en las que los trabajadores desempeñaban sus labores. Quise comprobar nuevamente si eran capaces de verme y les saludé con grandes aspavientos desde la lejanía. ¡Ni caso! Me acerqué más y me planté delante de las narices de uno de los granjeros, un hombre que aparentaba unos sesenta y cinco años. Iba vestido con un mono vaquero que le venía grande, llevaba unas botas negras de agua y un sombrero de paja.

Llegué a creer que me había visto porque se detuvo en seco ante mi presencia. Pero sólo lo hizo —por su expresión como si hubiese recordado algo importante— para acabar volviéndose y gritar: «Juana, ¡no te olvides de la leche!».

«¡Leche^[10]! —pensé—. ¡Qué rica! ¡Si pudiese tomar tan sólo un poco!».

Debo aclarar que cuando era humana siempre odié este alimento... ¿Por qué me apetecía tanto ahora? Era como si me motivaran los instintos, me había vuelto más primitiva, más simple, pero también más sensible y emotiva.

Lo cierto es que, en vista de que nadie parecía verme, me dirigí hacia donde se encontraba la señora Juana... Allí estaba ella, ordeñando las vacas. A su lado había varios cubos rebosantes de este delicioso elixir... y a pesar de que lo que me pedía el cuerpo era abalanzarme sobre el preciado líquido, esperé a que terminase. Cuando lo hizo, tomó dos de los cubos y salió con ellos del establo camino de la casa. Nada más salir, me acerqué a uno de los cubos restantes y, con una avaricia descomunal, me lo bebí casi de un solo trago, derramándose por los bordes del cubo ríos de leche, que cayeron al suelo y sobre mi cuerpo. La señora Juana estaba al llegar, así que deposité el cubo casi vacío en el lugar donde lo había encontrado.

La aldeana pareció sorprenderse y exclamó en voz alta: «¡Ya se me ha bebido la leche el perro! ¡Lucero!, ¡Lucero! ¡Verás cuando te agarre la somanta de palos que te vas a llevar!».

Salí tranquilamente del establo. Eso sí, un poco preocupada por *Lucero*... Pero es que a veces los elementales obramos así. Va con nuestra naturaleza y no lo podemos evitar. Y los humanos, como veis, recibís pequeñas muestras de nuestra existencia, pero no sois capaces de interpretarlas en su justa medida. Y lo entiendo, yo tampoco pensé jamás que las hadas existiesen hasta que me tocó en suerte este camino. Es más, nunca me había planteado su posible convivencia con los humanos. Era un tema que ni siquiera me interesaba. Aunque debo reconocer que pocas cosas me atraían realmente, excepto las materiales, claro.

Seguí mi camino hasta llegar al río. Una vez allí me llené de gozo y satisfacción al comprobar el suave fluir de las aguas y la vida que el río llevaba en su seno. Podía sentir la presencia de los peces, de los pequeños musgos, de los cangrejos y de otras formas de vida aún más microscópicas

a distancia, sin verlas. Ya sé que suena raro pero en realidad me venía sucediendo desde que emprendiera camino hacia el río, ¡el bosque estaba lleno de vida! Y yo podía percibirla, sentirla y hasta acariciarla. Sentía que era parte de esa vida, parte del bosque, una criatura más entre todas las que moraban allí. El bosque era mío... y yo era del bosque.

Sin embargo, aún debía conservar algo de mi naturaleza humana porque cuando me acerqué a la orilla del río y vi por vez primera mi rostro reflejado en las cristalinas aguas, lo primero que hice fue darme la vuelta, ya que la imagen que recibía no se correspondía en nada con el físico que me había visto crecer.

Creí que había una joven rubia y muy hermosa detrás de mí, pero me equivocaba. ¡Era yo! Había experimentado una metamorfosis completa, y esto es lo que más me sorprendía porque no podía comprender (y aún hoy no lo acabo de entender, pese a las explicaciones que algunas hadas me han dado al respecto) cómo era posible.

Mi actual físico era bastante más hermoso; ya no tenía el pelo rojo, sino rubio, largo y fino, sedoso y brillante como los rayos del sol. Era más alta, mediría casi un metro ochenta. Mi cuerpo estaba mejor formado. La expresión de mi cara no era la misma, los gestos parecían haberse dulcificado dejando atrás todas las tensiones y preocupaciones que venía arrastrando desde hacía años. Mis ojos eran muy rasgados, como de gato, verdes como uvas, de una tonalidad que no había visto jamás ser humano alguno (luego sí volvería a verla en otras hadas porque casi todas tenemos los ojos de este color. Es como una especie de distintivo entre nosotras). Pero la expresión de los ojos tenía algo que yo no reconocía como de mi propiedad. Si bien poseía una mirada atrayente, había algo en ella que a más de uno de vosotros os hubiera hecho desconfiar. Algo desconcertante, bello pero inquietante; la definición correcta sería «no humano»... Pero es que yo todavía no entendía que ya no lo era, y sentí, a qué negarlo, cierto resquemor. ¿En qué me había transformado y por qué? Muchas eran las preguntas que se agolpaban en mi interior, pero preferí dejarlas sin contestar hasta después de darme un refrescante, saludable y necesario baño.

A medida que iba introduciéndome en las aguas, iba notando que me llenaba de energía, de vida, de fuerzas renovadas... No sé si me expreso bien, pero la mejor comparación que se me ocurre es cuando vosotros recargáis las pilas de una radio y podéis sentir con mayor fuerza la música. Sólo que en este caso yo era la «radio». Sentí como si toda la vitalidad perdida, todos los sinsabores de los días pasados (de los que empezaba cada vez a tener un recuerdo más vago) y todo el miedo acumulado se diluyeran en las aguas y fluyeran río abajo perdiéndose para siempre. No, definitivamente no podía estar muerta...



En el día del pez

Intento que estas líneas posean el orden correspondiente, al menos en la consecución de los hechos de mi vida feérica, aunque podría hablaros de lo que sucedió hace unos instantes y estaría todo concatenado con lo acontecido tras el «accidente», pero no os resultaría comprensible. Lo que quiero que entendáis es que aquello que llamáis tiempo no es más que una línea cuyos extremos se tocan. Os pondré un ejemplo.

En una ocasión, un hada me relató un episodio referido a un humano... Estos cuentos son vistos por nosotras como si de leyendas se tratasen. Ya sé que sois vosotros quienes creéis que los personajes legendarios somos los seres elementales, pero es que a la mayoría de las hadas nos ocurre exactamente lo mismo (sobre todo a aquellas que nunca fueron humanas y que os temen).

No quiero desviarme de la historia de este hombre llamado abad Virila, que residía en Navarra, donde se encuentran comunidades nuestras repartidas en algunos puntos secretos... No puedo decir más.

Pero sí que este religioso vivía cerca del monasterio de Leyre (y ya estoy dando demasiados datos). Es una obsesión para las hadas que no llegemos a ser localizadas, y somos extremadamente severas con las indiscreciones, como ya comprobaréis.

Esta persona estaba volcada en la vida monástica y en algo que llamáis Dios... (nuestro concepto de Dios es absolutamente distinto, aunque de ello hablaré en su momento), y deseaba llegar a conocer toda su infinitud. Para ello, según me contó esta hada que tenía como misión espíarle, vigilarle y cuidarle, se encaminaba todos los días desde el monasterio a través de un sendero trazado por él mismo hasta una roca, que tiene un nombre^[11] que me está vedado revelar. Allí descansaba, se dirigía hasta un claro en el bosque cerca de un río y se pasaba gran parte del día meditando en busca de una señal de la infinitud de Dios.

Iba todos los días, lloviese, nevase, granizase, hiciese un calor asfixiante o un frío aterrador... La ansiada prueba no llegaba. Pero el abad no desistía en su empeño, y pasaron años y años. El hada que me contó esto no sabe precisar cuántos, pero muchos...

Un día, salió, como de costumbre, tras los oficios y al llegar al claro y sentarse a meditar, mi amiga percibió que estaba mal... Se dio cuenta de que al abad no le quedaba mucho de vida. Y como había llegado a cogerle cierto cariño, tuvo lástima de él. Aunque no es costumbre nuestra intervenir en la trayectoria de los humanos, más que en pequeñas cosas, ella decidió hacer algo para que él creyese notar que había cumplido su misión, que podía estar tranquilo antes de emprender el tránsito. E hizo algo simple para algunas de nosotras: se transformó en un bello pájaro, se presentó ante el místico y comenzó a trinar de forma que nunca ningún ave lo hubiese

hecho antes. En realidad, su trino era más parecido al canto de una sirena (otra de nuestra especie). Él se sintió muy reconfortado y tomó dicho trino por la prueba que estaba esperando.

Parece que le faltó tiempo para recorrer el camino de vuelta y apurar los kilómetros que le separaban del monasterio a fin de relatar su experiencia a sus compañeros.

Sin embargo, a medida que se iba acercando al cenobio observó que éste parecía más grande y distinto. Mi amiga le siguió, como era su misión...

Al llegar y llamar a la puerta, el hermano portero no era el mismo de siempre, y el hombre empezó a desconcertarse, por lo que a la pregunta de «¿Quién es usted?», murmuró un tanto confuso: «¿El abad Virila?».

El hermano encargado de la puerta tomó su respuesta por una pregunta y le contestó: «Lo lamento, pero no puedo ayudarle. Aquí no hay ningún abad llamado así. Es cierto que hubo uno, pero desapareció un día hace ya trescientos años y nunca se volvió a saber de él...».

El religioso le convenció para que le dejase entrar y pudiese comentar su experiencia con los monjes. Mi amiga entró con él, escondida en el interior de su capucha (para lo que tuvo que hacerse pequeña, muy pequeña, mediante el deseo intenso de serlo. Tan diminuta como una nuez).

Relató lo que le había ocurrido: lo que para él, al escuchar el trino del pájaro, habían sido tan sólo unos segundos, en realidad en tiempo humano supusieron tres siglos. Después, murió rodeado de sus hermanos y feliz de haber conocido la infinitud de Dios.

Episodios como éstos nos dan la pauta para pensar que el tiempo, como os explicaba líneas atrás, es tan sólo una ilusión modificable... y que nuestras incursiones en vuestro mundo casi siempre dejan una pequeña huella. También, de paso, me sirve para que comprendáis lo difícil que me resulta establecer un orden cronológico de las cosas que quiero contaros.



En el día del viento

Después de mi purificador baño, comencé a reparar en la posibilidad de buscar un habitáculo... En algún sitio debía descansar, dormir, comer, escribir. En fin, tener un espacio para realizar mi nueva, atrayente y desconocida vida.

Entonces noté como si alguien clavara sus ojos en mi cogote. Fue una sensación tan intensa, que no tuve más remedio que volverme para ver quién podía ser, quién en definitiva era capaz de verme, porque yo había empezado ya a aceptar la posibilidad de mi invisibilidad. Pero no había nadie.

Tomé el asunto como una confusión, mas lo cierto es que a medida que caminaba, seguía percibiendo esa inquietante presencia... Estaba convencida de que alguien me observaba en silencio.

Decidí tenderle —a quien fuese— una pequeña trampa. Dejé que creyera que no advertía sus miradas durante un buen trecho, hasta que me volví de golpe y pude verla... ¡Era una ardilla! Sobre una rama, permanecía levantada a dos patas, clavando sus diminutos y oscuros ojos en mí, con esa perfección que caracteriza a estos bellos animales.

Desconozco cómo lo sabía pero algo en mi interior me decía que este animal podía verme, escucharme y entenderme, así que le dije que se acercara, que no tuviese miedo... Creí que sería una misión casi imposible que me hiciese caso, a fin de cuentas no era un animal «doméstico», pero según iba pensando lo que el animalito quería que hiciese, éste ya se había bajado del árbol en apenas tres o cuatro saltos, y se colocó en el suelo frente a mí.

De alguna forma debió intuir lo que deseaba preguntarle porque se anticipó a mis cuestiones diciéndome que no me preocupara, que solo me seguía por curiosidad. Debo aclarar que la ardilla no hablaba en sentido estricto; emitía unos ruidillos. Pero éstos resonaban como palabras perfectamente audibles y claras. Entablamos una conversación.

—¿Por curiosidad? —pregunté.

—Sí, no todos los días se ve a un hada por estos contornos, porque es eso lo que eres, ¿no? —inquirió acercándose un poco más a la altura de mi pierna.

Me agaché un poco, temí no haber entendido bien, ¿qué decía esta ardilla sobre «hadas»?

—Pues no sabría qué contestarte —repuse—, ¿por qué crees que soy un hada? ¿En qué te basas? —pregunté francamente intrigada.

—¿En qué te basas tú para saber que soy una ardilla? Por supuesto que en mi aspecto. Pues, por el tuyo, yo diría que eres un hada, pero si no quieres reconocerlo, allá tú; no podré ayudarte a

encontrar ese lugar que buscas para pasar la noche...

—¿Cómo sabes eso? ¿Es que puedes leer mi pensamiento? Si así fuese, sabrías que no te contesto porque realmente no sé lo que soy... Tuve un accidente. Eso es todo lo que recuerdo.

—Claro que puedo. Y tú podrías si te dejaras llevar y explotaras todas tus nuevas capacidades... Pero eso es algo que tendrás que descubrir tú sola. Yo me limitaré a guiarte hasta un lugar que creo que te gustará...

Dicho lo cual, comenzó a brincar conduciéndome hacia la parte más profunda del bosque. Corría tanto colgándose y saltando de unas ramas a otras que apenas sí podía seguirla... Intenté decírselo, pero *Malaquita*, que así se llamaba la ardilla, no me hizo caso; se dirigió a mí del siguiente modo:

—Pues ¿no eres un hada? ¿A qué esperas para volar y fundirte con el viento? Yo no puedo detener mi paso, que tengo muchas cosas por solucionar: buscar bellotas para mis hijos, limpiar la casa, vigilar a los humanos...

«Volar y fundirme con el viento»... ¿Sería eso posible?, me preguntaba mientras empezaba a sentirme realmente agotada. ¡Claro que lo era! ¡Menuda hada ignorante! Pero yo no sabía nada sobre mi nueva vida y en aquel momento no iba a descubrirlo.

Tras un caminar que me pareció una eternidad, *Malaquita* se detuvo, y poniéndose nuevamente en pie, señaló con su pequeño dedito hacia unos matorrales.

—Tras los matorrales tienes lo que buscabas... Creo que allí podrás estar bien. De todas formas, pasaré cuando tenga un rato por si necesitas algo —dijo *Malaquita* en tono cordial.

—Muchas gracias —contesté—. Si alguna vez necesitas algo y puedo ayudarte, no dudes en decírmelo.

Pero cuando me di la vuelta, *Malaquita* se había perdido entre el espesor de las copas de los árboles. Simplemente, tenía otras cosas que atender...

Con cierta cautela, me dirigí hacia los matorrales y como pude los aparté. No quise quitarlos del todo. Quién sabe si tal vez me harían falta en un futuro... Allí, de la forma más desapercibida, se encontraba una cueva. Nadie parecía haber estado en ella en mucho tiempo, ni siquiera un humano. Al menos no había rastro de latas ni de colillas. Parecía más bien el habitáculo de algún animal que, por circunstancias, se había visto abocado a abandonarlo.

No era un sitio muy grande, mediría unos tres metros de ancho por cinco de largo y era oscuro, aunque al fondo había un pequeño agujero del tamaño de una bandeja, por el que entraba algo de luz. Al asomarme por él, reparé en que estaba oscureciendo. No tardaría en caer la noche; debía darme prisa o no podría acomodarme, al menos para encontrar algo que me sirviera de colchón.

En ello estaba. Me disponía a salir de la cueva cuando me llevé un susto de muerte...



En el día del sueño

Una mujer me estaba esperando a la salida de la cueva... Y podía verme perfectamente, porque me dijo:

—Te andaba buscando, menos mal que me he cruzado con *Malaquita*. Bienvenida a nuestro mundo, ahora también el tuyo.

—Y... ¿quién eres tú, si puede saberse? —pregunté un tanto molesta por la intromisión.

—Alguien que viene a prestarte ayuda, aunque si quieres me voy y asunto arreglado... Soy un hada informadora y mi nombre es Estrella —dijo mientras me tendía una túnica de color blanco—. Ponte esto, que te vendrá bien. Esta noche refrescará —dijo mientras echaba un vistazo hacia el cielo.

En ese momento reparé nuevamente en mi desnudez, y en los cardenales que tenía en todo el cuerpo. Como si se hubiera introducido en mi cabeza, me explicó que esas marcas no eran producto del accidente que había tenido, sino un castigo que algunas «encantadas» recibían por su comportamiento, que en mi caso calificó como «deleznable». No le faltaba razón si analizábamos los hechos.

Estrella era un personaje muy peculiar; no se parecía mucho al resto de las hadas con las que trataría más adelante. Su condición de hada informadora la había convertido en un ser un poco cascarrabias. Afirmaba que estaba harta de tratar con novatas, que nada comprendían, sólo aportaban problemas, solían ser desagradecidas y había que instruir las en todo.

Físicamente, Estrella no era el prototipo del hada. Su rostro cuajado de arrugas arrojaba pistas de que debía tratarse de alguien muy mayor. Según ella, ¡más de quinientos años!, rellenita, con el pelo blanco de tan rubio que lo tenía, recogido en un moño, y con una barbilla más propia de una «bruja» que de un hada. Sus vestimentas eran ridículas, mezclaba colores muy llamativos entre sí, que no sólo le daban un aspecto estrambótico sino que conseguían el don de «combinar» de manera horrenda. Modelos exclusivos dentro del espanto más absoluto: rayas con cuadros, tejidos de verano con otros de invierno...; terrorífico para cualquier diseñador de modas, aunque en el mundo *feérico* eso poco cuenta, la verdad. «Me gusta vestir cómoda», decía.

Su carácter era excepcional: muy buena, aunque severa e inflexible en muchos aspectos (supongo que no eran imposiciones suyas, sino parte de su trabajo, porque también podía ser cordial, comprensiva y buena psicóloga). Al mismo tiempo era cuidadosa con los pequeños detalles, y extremadamente olvidadiza con los más importantes. Llegué a pensar que era parte de

una actitud que tomaba para descubrir si realmente estaba atenta a sus explicaciones, que fueron muchas y de gran utilidad.

Aquella noche no sólo se quedó conmigo en la cueva, sino que me tuvo en vela poniéndome al día en lo fundamental. Y estaría allí una temporada más enseñándome... Nunca podré agradecerle lo suficiente todas sus explicaciones. Además, como por arte de magia, pero de magia de la buena, de la que surge del corazón, consiguió, con tan sólo pensarlo, encender un pequeño fuego, ¡una lumbre sin madera que nunca se apagaba! Me explicó que si alguna vez el fuego desaparecía, era indicativo de que un hada había muerto... Hizo aparecer también unos muebles: una cama, unas sillas, una mesa y poco más. Decía que con eso tendría suficiente y que no me harían falta otras cosas.

Me recordó un poco las celdas de clausura en las que únicamente se puede tener lo justo, pero ella no se equivocaba. Llevaba toda su vida enseñando a las encantadas y conocía muy bien su oficio.

Es cierto que también me dio una jarrita repleta de monedas de oro que me recomendó guardara para casos especiales, tales como recompensar a algún humano o dar a quien pudiera necesitarlas, aunque sin excesos.

Había una pregunta inevitable que debía formularle porque ella se refería constantemente a mí como a una «encantada» pero no decía lo que eso suponía, ni por qué me hallaba yo en aquel estado, ni qué diferencias existían entre las encantadas y el resto de las hadas, porque obviamente ella no lo era.

—Mira Aura, porque tú ya no serás Beatriz nunca más... Las encantadas sois una serie de mujeres que fuisteis humanas y que por diversos motivos os habéis transformado en encantadas.

—¿Qué motivos? ¿Por qué se supone que estoy yo aquí? —pregunté cada vez más intrigada.

—En tu caso —dijo en disposición de dar una lección—, por transgredir un espacio geográfico en un momento señalado y penetrar en nuestro mundo, que como sabes, o al menos ya habrás intuido, se encuentra paralelo al de los humanos. Claro que no es la única opción viable para caer presa de un encantamiento... Otras veces, sucede a causa de una maldición, por una promesa incumplida, un mal comportamiento reiterado hacia los que os rodeaban. En ocasiones, se han visto casos de muchachas que por desobedecer a sus madres, éstas desearon verlas convertidas en algo concreto, un pez por ejemplo, y sus pensamientos no cayeron en saco roto. ¡Mira! Recuerdo a una jovencita cántabra que disfrutaba recorriendo los acantilados día y noche, pese a que su madre le advertía constantemente del peligro que ello entrañaba. Un día la madre, harta ya de tanto vociferar, expresó en alto el siguiente deseo: «¡Así permita el Dios del cielo que te vuelvas pez!». La joven quedó transformada en sirena al instante^[12].

—No entiendo nada, Estrella. ¿Qué hice yo además de tener un accidente de coche? —protesté.

—Primero que tú no tuviste un accidente de coche, sino que lo provocaste, que es bien distinto, y segundo que dicho accidente se produjo en la noche de San Juan, que es cuando pueden suceder estas cosas... Deberás tenerlo muy presente, sólo en la noche de San Juan podrás ejercer determinadas acciones, que aún no te toca saber...

—Pero ¿y si yo quisiera regresar a mi mundo..., podría?

—¡Ay, Aurita! Como encantada que eres, y por muy bien que te encuentres entre nosotras, siempre buscarás y añorarás el contacto con los humanos, y debes tener precaución, porque ellos tienen la capacidad de destruirte tan sólo con el pensamiento... Únicamente algunos serán capaces de verte, y tú sólo conseguirás que aquellos para los que deseas ser visible puedan contemplarte, cumpliendo varios cometidos que las encantadas tenéis por misión.

—¿Misión? ¿Qué misión? —pregunté cada vez más inquieta.

—No estás en la zona por casualidad^[13], entre otras cosas porque éstas no existen en el mundo *feérico* ni en el de los humanos (aunque ellos se empeñen en demostrar lo contrario) —dijo sonriendo—. Muy cerca de aquí existe un centro energético creado por nosotras hace muchísimo tiempo, y repartidos por el mundo se hallan diferentes centros de poder (todos nacidos de los elementales). Sin ellos no podríamos sobrevivir no sólo nosotros, sino tampoco la especie de la que provienes. Tú deberás cuidar de este centro que se conoce vulgarmente como «Los Toros de Guisando», pero que en realidad son unas agujas de energía que tienen por misión equilibrar el planeta. Es algo parecido a una acupuntura ejercida sobre la naturaleza.

—No entiendo nada, Estrella. ¿Cuidar yo de los Toros de Guisando? ¿Y cómo hacerlo? Aquello, si no tengo mal entendido, es un centro turístico frecuentado por muchas personas...

—¡Humanos, querida, humanos!, que van allí sin saber qué son esas moles de piedra, para llevarse algunas fotografías de algo que debería ser respetado y no lo es. Hace años, incluso llegaron a romper uno de esos toros, sólo para ver si en su interior había un tesoro. ¡No respetan nada! Tú debes cargar de energía día a día a los toros, porque por cada instante que transcurre, van decayendo... Y si se apagan, muchas de nosotras moriremos... Sucede igual en otras partes de estas tierras llamadas españolas, como en Galicia, Asturias, el País Vasco, León y en tantos lugares en los que están repartidas compañeras nuestras, por no hablar de las hadas extranjeras de Stonehenge, Avebury Carnac, Chassey o Barkjer, pero bueno, no quiero aburrirte con más ejemplos.

A mí, todos aquellos nombres, excepto el de Stonehenge (que conocía porque siendo humana había tenido un novio inglés que se empeñó en llevarme), me sonaban a chino. Pero me callé por respeto.



En el día del roble

¡Qué ignorante era! ¡Cuántas cosas me quedaban por aprender! Quizás ése sea el motivo por el que algunas personas se convierten en témpanos de hielo. Olvidan que somos esponjas y que su misión en la vida es conocer y experimentar. Es complicado de asimilar, pero cuando os vais haciendo mayores y más conocimientos guardáis en vuestro interior, sois apartados, relegados y desechados como si fueseis trastos viejos que se deben esconder en un baúl.

¡Y los niños! ¿Qué decir de los niños? Son más sabios que cualquier catedrático, porque aún no han olvidado los recuerdos prenatales. Sin embargo, muchos padres, sin saberlo, se encargan de que pierdan esas vivencias.

Los únicos sistemas que tenéis para recordar son los sueños y los estados alterados de conciencia. Estos últimos no son empleados casi nunca del modo oportuno: utilizáis los paraísos artificiales, tales como las drogas, a modo de «divertimento», sin daros cuenta de que ése no es el camino a seguir. Otras veces, sujetos que, se autocalifican a sí mismos como «hipnólogos» realizan espectáculos bochornosos en lugares públicos haciendo que todo el potencial de esta técnica quede abocado a un espectáculo circense. En fin, vosotros sabréis...

El caso es que en aquellos primeros momentos de mi vida *feérica* yo quería acaparar todos los conocimientos de golpe, descubrir los secretos del mundo de los elementales en unas pocas horas... Y eso no era posible. Estrella intentaba calmarme, pero lo cierto es que tenía dudas que me corroían. Había una en concreto que me inquietaba mucho... ¿Qué iba a ser de mí? Me aterraba la idea de quedarme sola en aquella cueva, teniendo que cuidar de unos toros de piedra, sin poder hablar con nadie, sin tener contacto con los humanos jamás. Necesitaba saber, quería descubrir en qué modo había cambiado mi vida.

Con esas preocupaciones me acosté. Eso es algo que todavía no he logrado entender. Al dormir, las hadas tenemos la sensación de no haberlo hecho. El tiempo de sueño es largo, puesto que nos acostamos pronto y nos levantamos con el alba, pero la experiencia es de haber descansado tan sólo unos segundos. Esto, al parecer, no les ocurre a los elementales puros (aquellos nacidos de esa forma) y tan sólo es propio de las encantadas. No me acostumbro, pero contra ello no se puede luchar.

Con el alba, Estrella me despertó. Eran numerosas las cosas que debía enseñarme...

—¡Vamos! —dijo—. ¡No hay tiempo que perder! Tienes que aprender a alimentarte o durarás menos que un pajarillo en una jaula.

Y cuánta razón tenía... Porque vuestra comida, según me instruyó, no sólo no es asimilable

por nuestro organismo, sino que puede, en casos extremos, conducirnos a una muerte segura...

Por si acaso a alguien pudiera servirle, voy a confeccionar una pequeña lista de los alimentos que más nos gustan:

- Por supuesto, deben ser alimentos puros, sanos y naturales.
- Miel de abejas.
- Fresas silvestres.
- El néctar de las flores. Con este jugo elaboramos elixires deliciosos para el paladar.
- En general los productos de nuestras propias huertas.
- La leche, ya sea de vaca u oveja, y otros derivados como la cuajada o la mantequilla, que hacemos tras batir con ahínco la nata que contiene la leche.
- El pan, integral en su mayoría
- La sidra.
- Los cereales como la avena, la cebada, el trigo que robamos de los graneros o de los propios campos.
- Las hierbas; algunas hojas de árboles, los tallos de brezo.
- El pudín de Bejín, que es un hongo blanco en forma de bola que se rompe cuando está maduro.
- La médula del junco azucarada.
- El rocío recién caído sobre recipientes especiales que tenemos las hadas.

Alimentos prohibidos

- Todo lo que provenga de los humanos, pues, como he dicho antes, podría sentarnos fatal.
- Carne.
- Huevos.
- Pescado.

Para conseguir mi propia huerta, Estrella y yo trabajamos muy duro... Desde luego tuvimos que arar la tierra y plantar unas semillas que nunca antes había visto. Eran doradas, muy finas, como polvo de oro... Y la huerta brotó al día siguiente.

Os he comentado que a veces entramos en los graneros a robar... Y sí, el verbo apropiado es ése: «robar», aunque con el paso del tiempo solemos recompensar a los granjeros dejándoles pequeñas muestras de gratitud, como pastelillos cocidos por nosotras mismas, o devolvemos el doble de la cantidad que hemos cogido. Sin embargo, ya Estrella me advirtió del peligro que entraña la incursión en una propiedad de los humanos, porque aunque lo usual es que no puedan vernos, a veces es posible contemplarnos entre dos parpadeos y existen casos en los que el

granjero se hartó de alguna de nosotras, la capturó y como es de suponer nuestra compañera se fue consumiendo hasta morir^[14]...

El tema de la muerte es algo que me intrigaba. Pero Estrella parecía evitarlo. Afirmaba que ya tendría ocasión de vivirlo, que pronto habría un fallecimiento en la comunidad... Y claro que lo hubo. Pero todo a su debido tiempo.



En el día del zorro

Mi verdadero nombre solo yo puedo conocerlo. Aura tan sólo es un protocolo. Veréis, tal vez pueda resultaros un tanto supersticioso el razonamiento que voy a exponer, pero aquí, en el mundo *feérico*, las leyes que rigen son de estricto cumplimiento. Se trata de una creencia muy arraigada que tenemos. Nuestro nombre auténtico es un salvoconducto, una protección. Aquel que descubra nuestros nombres secretos podrá obtener un cierto dominio sobre nosotras, que en algunos casos degenerará en la esclavitud. Eso es lo que creemos, por eso no me está permitido revelar el mío, ni siquiera en este diario. Pero al mismo tiempo, al poseer un espíritu contradictorio, nos vemos en la necesidad de gritarlo a los cuatro vientos, cada vez que pensamos que nadie nos observa.

La verdad es que cuando Estrella —que obviamente no se llama así— me explicó este tabú, recordé algo que había desterrado de mi memoria. Yo había tenido la oportunidad de viajar (siendo humana) a tierras bereberes, y me sorprendió que aquellas gentes no se dejasen fotografiar de buen grado. Tras preguntar, descubrí que creían que al llevarse un retrato suyo, les estaban robando el alma. Es más, si tengo que poner un ejemplo más cercano para que lo asimiléis, me centraré en el mundo tecnificado que, de alguna forma, alberga esa misma creencia; es un universo tan cercano a vosotros, que posiblemente no hayáis reparado en él: Internet. Cuando un humano entra en los *chats* —canales en los que se habla con personas de diversos lugares que no se conocen entre sí—, generalmente utiliza algo que llamáis *nick*. El *nick* es un alias. Raros son los casos de personas que entran en esos canales con su nombre y apellidos. Lo que Internet proporciona al usuario es precisamente el anonimato, la impunidad (para bien y para mal).

Yo misma, antes de la transformación, era una internauta. Cuando le expliqué todo esto a Estrella, quedó hartamente sorprendida, no sólo por el hecho de que ella desconocía la existencia de Internet, sino porque la consideraba carente de sentido. Claro que los elementales tenemos la capacidad de transportarnos a sitios remotos para hablar directamente con quien nos plazca.

Aun así, las hadas no estamos protegidas de forma absoluta, ya que existen algunas fórmulas para obtener cierto poder sobre nosotras, aunque afortunadamente pocas personas saben de ellas^[15]. Otra cosa que nos repele es el hierro. Este método de «protección» contra las hadas sí es más conocido, porque hubo un tiempo en el que a los humanos se os metió una idea extrañísima en la cabeza: estabais persuadidos de que nos dedicábamos a robaros a vuestros bebés, y que en su reposición os dejábamos un trozo de madera, o un hijo nuestro enfermizo, aunque, siguiendo en vuestros trece, afirmabais que a razón de algún tejemaneje nuestro no erais capaces de apreciar la diferencia ¡entre un tronco de madera y vuestro propio hijo!

Ello es la causa de que algunas madres humanas colocasen, sobre la cuna de sus bebés, unas tijeras abiertas —con el consiguiente peligro de que éstas se descolgasen—. De esta forma,

pensabais que protegíais doblemente a los niños: por una parte esgrimíais una cruz —cosa que sí nos espanta, aunque por otros motivos que ahora no expondré— y el citado metal. Otras colocaban en el interior de la cuna del niño la hierba de San Juan^[16], que tampoco es de nuestro agrado.

Pues dejadme que aproveche esta ocasión para deciros que estáis equivocados: jamás un hada ha secuestrado a un niño humano, dejando el suyo o un trozo de madera a cambio. Puedo ofrecer mi condición de elemental si ello no fuera cierto. No entendía este proceder de los humanos hacia nosotras, ¿por qué nos odiaban tanto para creer una infamia semejante?

—Mira, Aura —me explicó Estrella mientras comía un sabroso tomate recién extraído de la nueva huerta—, ¡a los humanos no hay quien los entienda! En tiempos pasados, había una excesiva mortandad infantil, y ellos prefirieron buscar explicaciones a sus males en seres que ellos consideran «imaginarios», afirmando que nos dedicamos a secuestrar a sus hijos. Si el niño moría, preferían creer que tal vez siguiera vivo en un mundo paralelo, antes que aceptar la cruda realidad. ¡Ridículo! —masculló.

—Pero... ¿nunca un hada ha hecho algo semejante? —pregunté mirándola fijamente a los ojos.

—Los secuestros son propios de los humanos. Ellos sí se dedican a raptar niños para luego pedir riquezas a cambio de su devolución..., aunque —dijo como si dudara— sólo conozco a un personaje no humano capaz de hacer algo semejante: ¡Mari! Pero yo no afirmo que lo haya hecho, que conste —añadió rápidamente curándose en salud, como si temiera alguna represalia.

—¿Mari? —inquirí intrigada—. ¿Quién es Mari?

—Mira, hija, mejor olvida este comentario... —añadió herméticamente.

Ya no hubo forma de sacarle una sola palabra sobre la tal Mari. Pero sabía que, fuera quien fuese, ejercía una poderosa influencia sobre Estrella, porque al día siguiente, la pobre se levantó con una mano paralizada, y permaneció en este estado varios días. Decía que era a causa del reumatismo, pero yo empezaba a desarrollar lentamente mi sentido de la clarividencia y sabía que aquello estaba relacionado con ese enigmático personaje llamado Mari. Sin embargo, me callé, temí que a mí me aconteciese algo parecido.



En el día del grillo

Estrella se pasaba la mayor parte del día comiendo, así que, a causa de esta afición, dábamos largos paseos en busca de fresas, grosellas y frambuesas. Le encantaban sobre todo éstas últimas y las comía con deleite.

Por aquellos días, el tiempo era espléndido. La luz se filtraba a través de las copas de los árboles configurando una atmósfera encantadora, deliciosa. Las flores estaban en su apogeo, y los animales del bosque se mostraban más despreocupados que de costumbre por los alimentos, algo relajados... Aquello se percibía en el ambiente.

Pese a lo agradable del tiempo yo estaba triste... Ansiaba regresar a mi anterior vida, y en el fondo esperaba que Estrella, al final de la instrucción, me dijera cómo hacerlo. Claro, esto no sucede, y el hada informadora ha de enfrentarse a las rabietas propias de quien tuvo una condición que ya jamás podrá recuperar. Los casos de encantadas que consiguen deshacer el encantamiento se pueden contar con los dedos de una mano.

De hecho, para poder desencantarnos, antes debemos ser capaces de hacernos visibles ante los ojos de algún humano, y salvo con los niños, y las personas que poseen un corazón puro —cada vez sois menos—, ello nos supone un gran desgaste energético. Debe existir una concentración muy especial e intensa por parte del hada y no siempre podemos presentarnos en la forma que deseamos... Es decir, recobrar el aspecto que teníamos cuando éramos humanas es prácticamente imposible.

Usualmente, aparecemos transformadas en seres extremadamente pequeños (porque nos supone un ahorro de energía). Pero la propia Estrella me hizo una demostración de que si realmente queremos podemos adoptar otras formas: animales, nubes, viento o incluso a veces nos resulta muy práctico transformarnos en algo que lleve deliberadamente a equívoco para el observador: una entidad fantasmal, por ejemplo.

La visión que de nosotras tengáis dependerá, en gran medida, de vuestra moralidad y de la idea preconcebida que sobre las hadas hayáis desarrollado. De este modo, sé de casos de personas que nos han visto como seres horripilantes o pseudo-angelicales.

Dentro de nuestros poderes está el de ser capaces de atravesar paredes, no ser heridas por esas inutilidades que llamáis armas —pero que tanto daño causan—, nos podemos descomponer y unir como si de un rompecabezas se tratase (debido a la escasa densidad de nuestra alma), brillar con luz propia (lo que nos permite viajar en la noche sin problemas), y tener además la facultad de imitar a los humanos (aunque ello no nos salga siempre perfecto y alguien que conociera bien a la persona suplantada podría descubrir el engaño). Por supuesto, no me he olvidado de la

clarividencia^[17], la he dejado deliberadamente para el final, porque junto con la capacidad de volar es uno de los talentos que más utilizamos y que, en ocasiones, ha sido malinterpretado. Se nos acusa de estar soltando constantemente maldiciones contra vosotros cuando hacéis cosas que nos disgustan, como robarnos, por ejemplo. Sí, aunque parezca raro, hay quien ha querido introducirse en nuestro mundo para hacerse con las riquezas que muchas de nosotras tenemos por misión custodiar: oro y joyas. ¡Siempre la avaricia humana! Esos tesoros, en caso de lograr conseguirlos, no pueden servirnos de mucho, pues automáticamente se transforman en piedras u otros elementos sin valor, cuando no desaparecen directamente.

Entonces es cuando nos sentimos vulneradas en nuestra intimidad y ciertamente nos enfadamos... Pero no lanzamos «maldiciones» por ser malas, entre otras cosas porque los conceptos de maldad-bondad no existen en nuestro mundo. Las hadas lo que en verdad hacemos al tener esos arrebatos es vislumbrar, de forma absolutamente incontrolable, lo que esa persona tiene en su vida, y lo que sucederá. Al igual que no podemos frenarnos en chillar nuestro nombre secreto cuando nadie nos ve..., pues tampoco podemos callarnos lo que va a ocurrir con esa persona que nos enojó. Por supuesto, con el tiempo sucede, pero no provocado por una maldición nuestra. Nosotras lo que hacemos es manifestar lo que acontecerá^[18].

Ahora llega la hora de volar... Eso es algo que me tenía torturada. Estrella se dirigía a todas partes volando, flotando en el aire, y yo no era capaz de conseguirlo. Recordé mi niñez, y descubrí que el arquetipo del hada que los cuentos y el cine nos habían mostrado era el de un elemental que poseía alas. Sobre ello pregunté.

—¿Alas? ¿Quién te metió esa idea en la cabeza? —dijo Estrella mientras se calentaba en el fuego y se alisaba su vestido multicolor—. ¿Tú ves que yo tenga alas? —dijo tocándose la espalda, al tiempo que hacía un gran aspaviento.

—¡No! —repuse—. Pero... ¿y Campanilla? ¿Y las hadas Fauna, Flora y Primavera de la Bella Durmiente? —manifesté dudando.

—¡Imaginaciones de los humanos! Aunque lo cierto es que sí hay hadas con alas, pero son las extranjeras... En este país donde vivimos, raro será el caso de que veas a un hada con alas. Si la contemplas..., será inglesa o francesa, extranjera en cualquier caso, o descendiente de extranjeros. Que yo sepa, sólo existen algunas comunidades de *dones d'aigua*^[19] en Cataluña que sí tienen alas y de anjanas^[20] en Cantabria. Pero es raro verlas.

—Pues ¿cómo se supone que voy a aprender a volar? —dije casi desesperada.

—Si quieres podrás, sólo es cuestión de tiempo. No te inquietes. Mañana harás la prueba —afirmó convencida.

—¡Ya lo he intentado! ¡No puedo, tú misma lo has visto! —grité irritada.

—No me refiero a ese tipo de prueba. A todas os ocurre igual y todas acabáis volando. Te subiré a un árbol y te tirarás desde la copa —sentenció dando por finalizada la conversación.

—¡Ni hablar! ¡No haré semejante cosa! —protesté nuevamente.

—¡Claro que lo harás! Y ahora déjame dormir. Estoy cansada.

¡Y tuve que hacerlo!... Al llegar la mañana siguiente, después de un suculento desayuno a base

de queso, leche y miel, Estrella buscó el árbol más grande de los contornos, llamado Copalta, y le pidió su permiso y colaboración, a lo que el árbol no se negó.

Yo me sentía aterrada... Empezaba a pensar que Estrella se había vuelto loca, o quizás lo había estado siempre. Nadie garantizaba que las hadas no lo estuvieran. Pretendía que me tirara desde Copalta con fe ciega; no estaba preparada..., o eso pensaba. En realidad sí lo estaba, pero no creía en mí misma.

No hubo tiempo para protestas. Estrella me cogió por los brazos y me subió hasta lo más alto de la copa. Después descendió flotando lentamente hasta colocarse, eso sí, a una distancia lo bastante prudencial como para hacer sospechar que no tenía excesiva confianza en el éxito de aquella empresa.

—¡Salta! ¡Salta! —dijo a voz en grito.

—¡Tengo miedo, Estrella! ¡Mucho miedo! ¡No quiero hacerlo! —exclamé con la voz en un hilo.

—¡Debes hacerlo! —insistió.

De pronto, me paré a analizar la situación y me pareció del todo ridícula... Sin embargo, salté... y en mala hora, por cierto, ya que al no tener la fe que se necesita para que un hada vuele, caí en picado y se escuchó un ruido atronador que asustó a los animales del bosque, los cuales corrieron a refugiarse en sus guaridas.

Me dolía el pie derecho y mientras me quejaba intentando levantarme vanamente del suelo, Estrella se acercó y arrodillándose me habló del siguiente modo:

—¿Lo ves?... Si no tienes fe en ti misma no podrás volar... Y volar es tan necesario para un hada como respirar.

—¿Tú sabías que esto iba a pasar? —mascullé un tanto indignada.

—Claro que sí, Aura. Pero es parte de tu aprendizaje. Hay encantadas que tardan más en asimilar su nueva condición y tú, para tu desgracia, eres una de ellas. Sólo volarás cuando te salga del interior del corazón. Y ahora ven, que te lleve a la cueva para curar ese tobillo —dijo con amabilidad y una sombra de pena en los ojos.



En el día de la cebada

Y es en este punto cuando descubrí que otra de las cualidades que tenemos las hadas es conocer al dedillo toda la extensa farmacia natural que es el bosque.

Las plantas y hierbas cumplen una función en el ciclo de la naturaleza: nacen, crecen, florecen (aquellas que deban hacerlo) y mueren en pro de ayudar al equilibrio del ecosistema.

De este modo, cuando una de nosotras toma una planta, no la está matando, sino que está ayudando al desarrollo de ese ciclo vital. No hay seres más preocupados por la naturaleza que los animales y los elementales, y no necesariamente en este orden...

Así pues, Estrella preparó un emplasto a base de caléndula (que es conocida por sus propiedades antiinflamatorias). El tratamiento que exige esta planta, que suele alcanzar entre los 25 y 70 centímetros de altura, consiste en usar las flores, separar las cabezuelas, dejarlas secar a la sombra y separar las lígulas^[21]. Además usó meliloto^[22] (del que utilizó las hojas secas), y el *Oxalis acetosella*^[23] (del que machacó las hojas frescas). Con todo ello me aplicó un emplasto que me sirvió para bajar la hinchazón y disminuir el dolor.

Ahora entiendo que Estrella me proporcionó aquel día una doble lección que yo no supe aprehender en ese momento: por una parte quería hacerme ver que la magia reside en nuestro interior, y por otra que el primer paso para realizar algo es visualizarlo, desearlo con intensidad y ser capaces de sacarlo del corazón.

Es tan extensa la variedad natural que las hadas tenemos que preguntar a las plantas sus utilidades. Claro está, muchas de ellas las conocemos, sobre todo las que se utilizan para dolencias más comunes como catarros, alergias, dolores de cabeza, malas digestiones, y un largo etcétera. Pero en ocasiones, antes de usar una planta le preguntamos para cerciorarnos de si es ella la que debe cumplir su ciclo o no. Si no fuese ella, nos lo dice y nos suele indicar quién está a la espera, en disposición de asimilarlo, y en qué lugar se halla dicho ser vivo. Así de simple para un elemental y de complicado para un humano, que estará haciendo extraños gestos sin comprender casi nada.

Aunque no todos, algunos humanos consiguieron desarrollar esta forma de comunicación con las flores, y en su momento resultaron incomprendidos. Uno de ellos, Edward Bach, se hizo muy conocido tras elaborar un sistema a base de treinta y ocho remedios florales, que en la actualidad emplean numerosos terapeutas con cierto porcentaje de éxito. Este galés era de la opinión de que la enfermedad es tan sólo un aviso del alma tendente a hacernos notar los errores cometidos. Él sabía algo de ello, pues trabajaba en exceso y cuando cumplió treinta y un años, en 1917, sufrió una hemorragia. Tuvo que ser operado de urgencia y se le diagnosticó un tumor. La medicina

ortodoxa sólo le dio tres meses de vida. Ello le hizo replantearse su universo, cambiando su trayectoria profesional y personal. Para sorpresa de todos, no murió cuando los médicos señalaban, y en 1929, a raíz de unas vacaciones en Gales y del cambio sufrido en sus planteamientos, tuvo una apertura de conciencia, que le sirvió para contactar con el mundo de los elementales. Nosotros le ayudamos a descubrir los secretos de los seres vivos que nos rodean. Florita, un elemental puro, le indujo a través de los estados alterados de conciencia a coger las flores con una mano y a apoyarlas sobre su lengua para sentir las vibraciones que emanan. Ése fue el inicio de la terapia floral de Bach. Es más, podía vernos tras la ingesta de algunas flores como el serpol o la primula.

A continuación incluyo, por si pudieran ser de utilidad, algunas recetas para las dolencias más comunes de las personas.

Algunas plantas de utilidad:

- *Enfermedades reumáticas*: árnica y ortiga urticante seca.
- *Gripe, resfriados e infecciones branquiales*: hierba de San Lorenzo y flores de saúco.
- *Insomnio*: camomila.
- *Estreñimiento*: diente de león.
- *Apatía pasajera*: hierba de San Juan.
- *Endurecimiento de las arterias*: centaurea.
- *Heridas sangrantes*: salicaria.
- *Picaduras de insectos*: ledum.
- *Para la fiebre y las lombrices*: centaurea (recomiendo la preparación de un litro de agua, al que se le ha de añadir de ocho a dieciséis gramos de hojas y flores).
- *Obstrucción intestinal*: globularia (de ella se emplean principalmente las hojas y las flores en un cocimiento de una dosis de veinte a treinta gramos por litro de agua. Conviene endulzarlo con miel).
- *Infecciones de las vías urinarias*: grama (en este caso, la parte utilizada es la raíz. También en cocimiento junto con una pizca de cebada perlada).
- *Debilidad*: hierba de los gatos (hay que machacar sus hojas transformadas en polvo fino que será consumido en infusiones. Unos ocho o diez gramos por litro de agua aproximadamente).
- *Úlceras y contusiones*: menta (puede ser aplicada en las partes afectadas, empapando unas compresas en la cocción de esta planta).



En el día de la lluvia

Como ya dije en alguna de las anotaciones de este diario, había algo que me inquietaba mucho: necesitaba saber qué iba a ser de mí. Se me había depositado, por obra y gracia de quién sabe quién, en un mundo ajeno y absolutamente diferente al que conocía... Mi ansiedad y preocupación eran lógicas. Muchas noches, mientras Estrella dormía, yo no era capaz de hacerlo. Daba fútiles paseos por el bosque intentando encontrar una solución a un problema que, aunque en aquel momento escapaba a mi entendimiento, estaba fuera del alcance de mi mano.

Llegué a la conclusión de que no quería quedarme allí sola. Deseaba marcharme con Estrella adondequiera que tuviese destinado ir y convertirme en su ayudante... ¡Valiente ayuda hubiese resultado! O en su defecto, si es que ella no me aceptaba, que me guiase a un lugar en el que hubiera otros seres elementales con los que pudiera conversar. Se me antojaba que eso de estar sola debía ser un auténtico tedio, aunque es cierto que en mi vida como humana, pese a estar rodeada de gente a diario, eran pocas las personas con las que compartía algo. Yo había probado la mordida de la soledad y me negaba a admitirlo...

Con estos pensamientos me acerqué a Estrella un día, mientras devoraba con avidez unas fresas silvestres que crecían cerca del río. Necesitaba saber...

—Estrella —le dije—, cuando tú te marches ¿podré irme contigo? —casi supliqué.

—¿Qué dices? —Sus palabras sonaban como si ya supiese que esta conversación iba a desencadenarse de un momento a otro—. ¡Eso no puede ser! Ya te dije cuál es tu misión y no voy a discutir más sobre ello —señaló enfurruñada.

—¿Por qué? No entiendo por qué. ¿Quién decide eso? ¿Quién tiene la potestad para elegir mi trayectoria? ¿Por qué debo yo permanecer aquí sola y prisionera? —Mis preguntas sonaban a recriminaciones.

—No estarás sola y no eres una prisionera. Nunca fuiste más libre como humana de lo que lo eres ahora —explicó mientras sacaba brillo con delicadeza a una fresa.

Me exasperaba la tranquilidad con la que se lo tomaba todo, especialmente cuando estábamos hablando de cosas tan trascendentales como mi propio futuro.

—Eso es lo que tú dices, pero la realidad es que te marcharás y yo me quedaré aquí tirada cuidando de unos toros de piedra, que, para colmo, no entiendo siquiera por qué motivo debo proteger, porque esas explicaciones que me diste sobre la energía universal y todo eso,

sinceramente, no las comprendo —sentencié apenada.

—¡Claro que no lo entiendes! Pretendes aprender todo de golpe, y eso, Aura, no es posible. Si hay una lección que debes asimilar, incluso antes que la de volar, es la de tener paciencia. Tú no la tienes, y mientras no aprendas a tomar los acontecimientos tal como vienen, en su justa medida, lo vas a pasar muy mal en el mundo *feérico*. Aquí el tiempo no cuenta. ¡Destierra esa idea de tu cabeza! ¡Aprende a mirarlo todo bajo otro prisma! Sólo así conseguirás sobrevivir, y hablo muy en serio. —Estas últimas palabras sonaron en un tono muy grave.

Las hadas, me preguntaba, ¿podrían volverse locas? Empezaba a creer que sí y que yo acabaría por estarlo, si es que no lo estaba ya.

Estrella hablaba con tal contundencia que me hacía dudar de los argumentos que momentos antes me resultaban tan lógicos. Sin embargo, seguía sin comprender nada. Era obvio que estaba metida de lleno en un mundo desconocido para mí, complicado o muy simple, peligroso o seguro, extraño o atrayente, anárquico o subyugado a unas reglas invisibles, no escritas, solitario o repleto de vida, maravilloso u horripilante, en el que no pasaba nada u ocurría de todo y yo no era capaz de verlo... O era todo eso y nada al mismo tiempo. Allí, en medio del bosque, rodeada por la naturaleza, me sentí llena y vacía a la vez.

Estrella, que parecía ajena a mis pensamientos, en realidad estaba muy atenta, porque me dijo que conocía esa sensación, que la había vivido a través de todas las encantadas que había conocido y que imaginaba cómo debía sentirme. Afirmaba que era cuestión de tiempo, que algún día terminaría por integrarme casi del todo.

Entonces me habló de *Tujú*. Decía que aunque yo no podía verle, de momento, él estaba ahí, entre las ramas de los árboles. *Tujú* era un búho. Estrella dijo que a partir del instante en el que ella se marchase, no sólo podría verle, sino que no sería capaz de despegarme de él. Sería como un guardián, como un espía, como una presencia silenciosa que estaría siempre conmigo, día y noche. Su misión era vigilarme, ver qué hacía, seguirme; a veces, aconsejarme...; otras, recriminarme. Toda encantada está sometida a un vigilante, que dependiendo de la región cambiará de forma. Son muy conocidas, por ejemplo, las tradiciones asturianas que hacen referencia al cuélebre^[24], una enorme serpiente con alas y escamas impenetrables, que hace resonar los bosques con su silbo, que no se separa de las encantadas y que tan sólo es vencido por el sueño en la noche de San Juan.

Por más que me esforzaba en mirar entre las ramas de los árboles, no era capaz de verle.

—¿Por qué se esconde? —pregunté—. ¿Me tiene miedo?

—No se esconde y no siente ningún temor por ti. ¡Está ahí! —dijo señalando hacia una rama al tiempo que inclinaba la cabeza a modo de saludo.

Pero yo no podía verle, era tan invisible a mis ojos como yo a los tuyos...

—¿Y qué hay de los toros? ¿Cómo cuidar de algo sin saber qué es lo que se supone que tengo que hacer? —pregunté de nuevo.

—Eso, querida Aura, tendrás que descubrirlo por ti misma. De momento, soy yo quien se ocupa de ellos, ¿o no has notado mis ausencias al amanecer? ¿Quién crees que los está cargando de energía estos días? —inquirió.

Era cierto. Todos los días, al alba, Estrella desaparecía durante un rato sin que yo supiese adonde se dirigía. Pero ¿por qué no podía explicarme cómo hacer esa tarea? ¿Qué había de malo en ello? La verdad, por aquel entonces, no era capaz de desentrañar la lógica de las hadas... Me sentía como una extraña dentro de un mundo repleto de hermetismo. Supongo que eso le ha ocurrido a toda encantada, y únicamente la vivencia es la que coloca a las nuevas hadas en su justo lugar. Aunque, claro..., yo no era como todas. Había algo en mí distinto, un rasgo diferenciador que tan sólo serviría para traerme, a la larga, serias complicaciones. Tal vez, si no hubiese tenido la capacidad de soñar tan desarrollada no habría tenido tantos quebraderos de cabeza.



En el tiempo del Cangrejo

Una tarde tormentosa Estrella me contó que quedaba muy poco para que le cambiaran su destino, al igual que el tiempo había cambiado. Los días eran más cortos y oscuros. La luna se adueñaba con mayor facilidad del entorno, abriéndose paso caprichosamente entre las nubes... Pronto llegaría otra nueva encantada a la que tenía que instruir como lo estaba haciendo conmigo, y yo pasaría a ser historia olvidada. El hada informadora afirmaba que lo que me quedaba por aprender era ya cosa mía... Lo cierto es que aún era incapaz de volar, y después de la experiencia con Copalta, la verdad, sentía miedo. Estrella había intentado varias veces que repitiese el salto, pero me había negado.

Es verdad que había aprendido a alimentarme por mí misma, que no tenía conflictos con los seres vivos que me rodeaban, que conocía algunos de los secretos de las plantas... No sabía cómo ocuparme de los toros, me aterraba tener que quedarme sola allí y no acababa de acostumbrarme a la vida del bosque. A veces, me parecía un lugar maravilloso; otras, como aquella tarde lluviosa, en la que el viento azotaba con fuerza las ramas de los árboles y las hojas caían violentamente anunciando que su ciclo vital había concluido, y se podía sentir la fuerza del trueno en el mayor de los «enfados», pensaba que tal vez estaría mucho mejor desarrollando mi anterior vida, la de humana, en vez de permanecer metida en una cueva esperando la llegada de la marcha de Estrella y los oscuros presagios que eso habría de conllevar.

Sin embargo, cuando este tipo de pensamientos sombríos azotan la cabeza de una encantada, siempre sucede algo que te saca del ensimismamiento y te hace recobrar el sentimiento de que eres un ser elemental y de que tienes una serie de capacidades que debes aprovechar en beneficio de los seres que habitan el bosque.

Aquella tarde recibimos una visita inesperada. Mientras Estrella y yo nos calentábamos las manos al lado de la hoguera «mágica», ésa a la que no hay que echar leña, y me explicaba detalles sobre su juventud, alguien conocido irrumpió en medio de nuestra conversación.

Estrella me decía que provenía de una familia de elementales muy pobres. Que siendo una niña se había visto obligada a trabajar para los humanos, realizando tareas domésticas. No daba crédito a lo que escuchaban mis oídos. Me confesó que aquélla era la época que recordaba con mayor tristeza y de la que no solía hablar con frecuencia.

—¿Cómo es que podían verte? —pregunté no sin cierta perplejidad.

—Te hablo de algo que sucedió hace siglos —comenzó a narrar—. Las cosas eran diferentes. Por aquel entonces hasta nos dejábamos ver. Mis padres estaban enfermos, yo no podía curarlos, era sólo una niña y el peso de la casa recayó sobre mí. Hasta que yo misma enfermé... No te ofendas, pero el contacto prolongado con los humanos me provoca unas alergias espantosas.

Después, me descubrió Mari. Ella fue quien nos curó y me proporcionó este trabajo.

—¿Quién es Mari? Ya hablaste de ella en otra ocasión, ¿recuerdas?

Claro que recordaba, su memoria era mala pero no tanto. Sin embargo, fingía no darse por enterada.

—¿Yo? ¡Qué va! ¡Nunca hablé de ella! —mintió descaradamente—. Bueno, dejemos el tema —dijo como si realmente temiese algo.

—Estrella, puede que haya sido humana, pero no soy tonta y recuerdo perfectamente que la mencionaste cuando hablamos del rapto de niños. No sé a quién pretendes engañar ni por qué, pero puedo guardar secretos —sentencié en la esperanza de que soltase prenda.

No hubo tiempo para ello, para su suerte. Alguien introdujo su pequeña carita a través del ventanuco de la cueva. ¡Era *Malaquita*! Hacía días que no la veíamos. Tenía la cara desencajada y estaba completamente mojada a causa de la tormenta. Era la primera vez que la veía en ese estado. Los pelos mojados le conferían un aspecto muy diferente. Parecía más delgada. Ella siempre se mostraba muy arreglada, pasaba horas lavándose y atusándose el pelo. Era evidente que algo malo había sucedido.

—¡Tenéis que venir! —gritó en su lenguaje—. ¡Mi hijo! —dijo con un hilo de voz.

—¡Cálmate, *Malaquita*! ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué le sucede a tu hijo? Entra y explícanos —dijo Estrella intentando tranquilizarla.

—¡No! ¡No hay tiempo! ¡Se muere! —gritó cada vez más agitada, a la vez que comenzaba a sollozar.

Nos levantamos prácticamente de un salto y salimos de la cueva a toda velocidad. *Malaquita* se subió a un árbol y comenzó a saltar de rama en rama. Estrella se elevó en el aire y la siguió flotando. ¿Y yo qué? Corriendo no podía seguir las, iban demasiado rápido para mí.

—¡Estrella! —grité—. ¡No puedo daros alcance! ¿Qué hago? —pregunté.

—¡Ah! ¡Es cierto! Espera, ya bajo a buscarte —dijo mientras descendía hasta el suelo para tomarme por un brazo y volver a elevarse.

Pocas veces en mi vida he sentido tanto vértigo como el que tuve durante ese corto trayecto. Tras seguir a *Malaquita* durante un trecho, descubrimos la causa de su desazón sin que hiciese falta que dijese nada más... La pata de su hijo permanecía atrapada entre unos voraces dientes de hierro, que le hacían sangrar y proferir unos terribles alaridos. Por su aspecto, debía llevar mucho tiempo allí, bajo el aguacero. Rápidamente se abrazó a su madre y observé horrorizada que su respiración se iba apagando poco a poco. Debía de haber estado haciendo grandes esfuerzos por soltarse del despiadado monstruo colocado por los humanos, porque podía apreciarse un serio desgarró en la minúscula patita.

Esperaba que Estrella pudiese hacer algo al respecto, pero me temía que por muchas plantas y hierbas que mezclásemos no hallaríamos la fórmula para tapar semejante herida. Presentaba muy mal aspecto. Mientras me encontraba inmersa en estos pensamientos, de pronto reparé en que Estrella tenía clavada su mirada en mí.

—¿Por qué me miras a mí? ¡Haz algo, tú que puedes! —grité profundamente conmovida por la tragedia que se cernía sobre nosotras.

—¡Tú le curarás! —sentenció.

—¿Yo? Pero... ¿Qué dices? Sabes que no hay hierba capaz de curar esto... Y si la hubiera, la desconozco —me lamenté.

—¡Haced algo! ¡No os quedéis ahí paradas! —Esta vez quien habló fue *Malaquita*, y lo hizo con el vivo llanto de una madre que asiste impotente a la agonía de su hijo.

—¡No hay tiempo para discusiones absurdas! —dije enfadada ante la aparente indolencia de Estrella.

Cogí con fuerza los hierros atenzadores y abrí el cepo, que además estaba oxidado. El pequeño gritaba y se lamentaba de una forma que me partía el corazón. No pude por menos que tomarlo entre mis brazos y colocar la palma de mi mano izquierda sobre su pata herida. Era tanto el dolor de *Malaquita* que llegué a sentirlo como propio. Creí que el bebé ardilla que tenía abrazado era mi propio hijo y en medio de ese dolor tan intenso una fuerza desconocida para mí surgió en mi interior. Era como una energía que golpeaba primero mi estómago pugnando por salir, para recorrer mi cuerpo e instalarse en mi corazón con un palpito desesperado. Esa fuerza tenía un nombre: furia. Atravesó mi corazón y descendió por mi brazo izquierdo para acoplarse en mi mano, aquella que acariciaba con delicadeza al bebé ardilla. La mano se calentó y allí mismo, en medio de toda la espectacular tormenta, ¡cobró luz! Daba la sensación de que tuviera una linterna roja alojada en ella.

Algo me dictó que debía concentrar toda aquella furia sobre la pata de la diminuta ardilla herida, que había empezado a recobrar la vida que le había sido arrebatada por la crueldad del género al que yo había pertenecido. Sus ojos se abrieron y me miró con una expresión que jamás podré olvidar... El hijo de *Malaquita* estaba curado.

Ahora entendía por qué Estrella se había negado a intervenir. Fue su última lección, la más importante, la de amar a los seres que nos rodean pasando por encima de criterios egoístas. Yo tenía una capacidad que cualquier humano hubiese envidiado, y sin embargo, de haberla poseído cualquiera de vosotros, es muy probable que hubiese comerciado con ella. Comprendía que mis quejas, todas aquellas que día a día había estado vertiendo hacia Estrella, no poseían el suficiente peso. Yo pertenecía al bosque, estaba ligada a él y debía asumir esa nueva situación cuanto antes.



En el día de la luna

Y llego el día en que Estrella fue llamada a un nuevo destino. Una mañana, cuando me desperté, la vieja hada me manifestó que le había sido encomendada una nueva misión y que su estancia junto a mí había concluido.

Sentí pena. Me había vuelto más sensible... No podía evitarlo. Estrella dijo que eso era normal porque a ninguna encantada le placía quedarse sola, pero que se me pasaría con el tiempo, porque además la presencia de *Tujú* se haría por fin visible. Tenía ganas de conversar con él, de conocerle, aunque también temía que no fuese todo lo comprensivo que yo esperaba. La verdad es que la paciencia que Estrella había derrochado conmigo constituía un punto y aparte en cualquier esquema mental que un humano se pudiera hacer, viniendo de alguien que no te exige pago alguno por administrarte sus conocimientos.

En fin, que se iba..., y un futuro incierto se abría ante mí nuevamente. La verdad es que la despedida fue breve pero emotiva. En ese momento, conocí mi auténtico nombre (el secreto) porque me lo susurró al oído, pero, claro, aunque me gustaría decirte cuál es..., ¡no debo! Espero que lo comprendas, mi instinto de supervivencia me dicta mantenerlo oculto.

Después, dijo algo que, si bien en ese momento no comprendí, estaba cargado de un profundo significado. Le pregunté si volvería a verla algún día y ella contestó que la próxima vez que nos encontrásemos, yo habría aprendido por fin a volar. Por lógica, no podía saber a qué se refería, aunque no quiero adelantar acontecimientos.

Después se marchó y con ella se llevó la claridad del día. Sentí un gran vacío. Algo en mi interior me decía que lo mejor del género *feérico* había partido con ella.

¡Y fue instantáneo! Nada más desaparecer Estrella, comencé a notar una presencia patente, ineludible, apresadora y opresora... Unos ojos se clavaron en mi cogote con una intensidad tal que me hicieron sentir miedo. Aun así, me volví y pude verle. Era *Tujú*, mi inseparable guardián desde aquel momento; pero su figura, al contrario que sucedía con Estrella, no me reconfortaba, sino que me inquietaba hasta el punto de producirme ansiedad...

No era para menos, su porte era majestuoso. Se trataba de un búho real en toda regla. El plumaje era pardo, algo leonado, aunque las partes inferiores poseían un tono amarillento. La cabeza estaba constituida por un dibujo en forma de X y su color era más claro que el resto del cuerpo. Se distinguían perfectamente dos penachos de plumas hirsutas que daban la impresión de ser «orejas». Sus ojos eran rojos y enormes como montañas. Las patas que le sujetaban a la rama,

desde la que me contemplaba sin perder detalle, terminaban en unas potentes garras. Mediría algo más de setenta centímetros de longitud y pesaría tres kilos.

Me había quedado semi-hechizada observándole y de repente, como si pudiese leer mis pensamientos, señaló con sequedad:

—Pues te advierto que las hembras de nuestra especie son aún mayores que nosotros. —Su voz sonó grave en mis oídos.

—Perdona que te observe con tanto detenimiento, pero creo que es la primera vez que veo un búho al natural —añadí intentando limar asperezas.

—Lo sé, pero es que no nos gusta mostrarnos mucho a los humanos; tienden a capturarnos o dañar nuestras alas... Por eso es difícil que alguno acuda de buen grado ante la presencia de los que antes fueron tu especie. No olvides nunca que no soy un animal de compañía. —Hablabla con una firmeza y una seguridad que me provocaban respeto.

Se había hecho de noche y yo necesitaba descansar... Al día siguiente debía empezar a cuidar de los toros, así que me retiré un poco hacia la cueva y me despedí del búho.

Me metí en la cama y cerré los ojos como solía hacer. Usualmente, me dormía de forma automática y pasaba como un suspiro ese rato de descanso (todo el insomnio que había arrastrado cuando era como vosotros a causa del estrés, con mi incursión en el mundo *feérico* había desaparecido). Sin embargo, no era capaz de disfrutar de ese periodo de desconexión, no me daba tiempo, discurría en un suspiro, era algo extraño, difícil de entender para vosotros.

Pero aquella noche algo cambió. Empecé a ser capaz de soñar con tanta intensidad como cuando era humana. Quizás con mayor viveza aún. Los espacios oníricos hacían referencia a recuerdos de mi vida pasada. En el primero que tuve aquella noche, me veía realizando acciones cotidianas los días anteriores al accidente, y pese a saber que eran recuerdos —y no propiamente sueños— me parecían absolutamente irreales. No reconocía mis procederes, daba la impresión de ser otra la persona que los ejercía. Los juzgaba carentes de sentido y absurdos, como si hubiera estado malgastando un tiempo precioso. ¡Cuán frívola resultaba mi vida vista desde fuera! Contemplaba exactamente cómo trataba a la gente que tenía cerca de mí y sentía una infinita vergüenza. ¿Tanto había cambiado hasta el extremo de no entender los argumentos que siempre me habían guiado? Empezaba a comprender la creencia del grueso de la comunidad feérica que defendía que las personas eran parte de una leyenda y los seres elementales constituían el mundo real.

Ese primer sueño no fue agradable y los que le seguirían en las noches consecutivas tampoco lo serían... Me iban llenando de angustia, porque los recuerdos eran cada vez más fuertes y cercanos. Pero hubo algo que me desconcertó por completo. Al final de aquel primer sueño, justo antes de despertarme y recobrar la conciencia, pude observar el rostro de un niño. Éste no tenía nada que ver con mi vida. No era un hijo (yo no había estado casada ni había tenido un niño), ni un sobrino, ni nadie conocido. Parecía no formar parte del resto del argumento, que por desgracia sí era verídico.

Era un niño de cabello trigueño, aparentaría unos doce o trece años, no muy alto, desgarbado y de tez clara. Sus ojos no podía verlos... ¡Tenía las cuencas vacías! Un escalofrío me recorrió la

columna vertebral justo antes de despertar. Era una pesadilla aterradora. Lo malo es que se repetiría con frecuencia. No sería capaz de hallar la paz mientras estuviese dormida...



En el día del topo

Tuve el consuelo de despertarme...

Aquella noche fue terrible. No entendía por qué tenía que pasar por aquel calvario si ya no era humana ni volvería a serlo jamás. Tampoco comprendía que en medio de todos aquellos recuerdos (porque eso es lo que eran) apareciese ese niño de pelo trigueño. Aún recordaba, al levantarme de un sobresalto, aquellas cuencas vacías, que pese a todo parecían mirarme con infinita lástima.

Era muy temprano... El tiempo había cambiado, hacía frío y temí por la huerta, pero por fortuna *feérica*, la helada no había afectado en absoluto a mis verduras. Cogí unos tomates, un poco de apio, un repollo, pimientos, una cebolla y me preparé una sopa como la que hacía Estrella... La echaba de menos, a qué negarlo. Me sentía sola. Había sido una amiga, una consejera, una maestra y una especie de abuela *feérica*.

Tras el desayuno, ya llena de energía, me puse en camino; desde la cueva hasta los toros había un largo trecho. Yo estaba situada en alguna parte (no diré dónde) del monte que está justo frente a los colosos de piedra. De hecho, ellos miran hacia él.

Si hubiera sabido volar, mi trabajo hubiese resultado menos dificultoso, pero en cambio tenía que trasladarme hasta allí todos los días caminando. No es que me importase estar en contacto con la naturaleza, pero el camino no era precisamente corto y hacía mucho frío, algunas partes estaban nevadas y en horas tan tempranas el viento cortaba la respiración. *Tujú* me seguía en silencio sin pronunciar palabra. Quizás estaba medio dormido o tal vez era su carácter; no le gustaba hablar mucho.

Recuerdo con claridad la primera vez que los vi... Nunca podré olvidarlo. El impacto que me transmitieron fue enorme. Tras llegar hasta las inmediaciones de los toros, hube de cruzar una carretera para situarme justo en la entrada del recinto de piedra.

Allí había dos inscripciones y un cartel.

El cartel decía:

VENTA JURADERA
TOROS DE GUI SANDO

La primera inscripción sentenciaba:

En este lugar fue jurada doña Isabel La Católica por princesa y legítima heredera de los reinos de Castilla y León el 19 de septiembre de 1468

La segunda inscripción, un poco más abajo, carecía para mí de sentido:

Hizo poner esta inscripción en el año 1921 doña María de la Puente y Soto, marquesa de Castañiza.

¿Quién sería esta señora? ¿Y quién le otorgaba el derecho a poner una inscripción en un lugar como aquel? Ahora veía con claridad que los humanos tenían la fatal costumbre de apropiarse de las cosas que no son suyas con una facilidad pasmosa.

Para empezar, aunque por supuesto los toros han sido contruidos por nosotras, desde el punto de vista humano su creación ha sido atribuida a los vetones —pueblo con el que, por otro lado, no tuvimos más relaciones—, y habían sido datados en veintidós siglos^[25]. Entonces, y que se me perdone el comentario..., ¿quién era la marquesa de Castañiza o Perico de los palotes (me da igual) para mandar colocar allí una inscripción? ¿Acaso sabía dicha señora qué representaban aquellos animales? ¿Eran de su propiedad? Decididamente, la lógica humana no hay quién la entienda, y es triste que tenga que ser precisamente una encantada la que diga esto.

Pero no es todo... Tras esta primera desagradable sorpresa pude comprobar el abandono del recinto. No quiero entristecerme, pero estas cosas me hacen sentir mal... ¡Nosotras también somos seres vivos de este planeta y no tenemos ni voz ni voto!

Pero sigo con los toros... Una ridícula verja de hierro guardaba estos tesoros; la traspasé sin molestarme en abrirla. El viento azotaba fuerte y un aire gélido llegaba procedente de la serranía. El paisaje parecía muerto. ¡Ahí estaban! Cuatro toros labrados en piedra berroqueña. Me acerqué a ellos mientras los observaba con detenimiento. ¿Qué se suponía que debía hacer? No me atreví a tocarlos de inmediato. Me limité a mirarlos. Calculé mentalmente sus dimensiones. Debían de medir de alto 1,80 metros; de longitud, quizás algo menos: 1,50 metros, y el grosor podía alcanzar cuarenta o cincuenta centímetros. Eran de piedra granítica, muy abundante por aquella zona, en la que, dicho sea de paso, se hallaba cerca un embalse.

Si aquellas cuatro figuras en origen habían sido toros, ahora poco quedaba del porte que ostentaban en el pasado. No se apreciaban los cuernos por parte alguna.

Me acerqué más y pude contemplarlos con minuciosidad, pero siempre sin tocarlos. El primer toro presentaba una gran hendidura en la parte izquierda de su cuerpo. Era como un hueco desgastado, una herida de guerra. Los ojos de todos ellos estaban hundidos. Apenas unos agujeros vacíos que, no obstante, expresaban pena, temor y necesidad de afecto.

El toro que requería mayor ayuda era el tercero. En ese momento vinieron a mi mente las

palabras de Estrella: «... Hace años incluso llegaron a romper uno de esos toros, sólo para ver si en su interior había un tesoro...». Tenía razón —como siempre—; ese toro había sido partido por la mitad y se notaba a simple vista. Como todo arreglo, había sido remachado con un metal, una especie de aleación. Pero la lesión estaba allí y se percibía sin necesidad de hacer esfuerzos por verla.

Sentí una pena infinita. ¡Pobres toros! Me acerqué aún más y toqué con la punta del dedo índice de la mano izquierda al primero. ¡La piedra estaba caliente! ¡Desprendía una vibración! Pasé entonces toda la mano por su lomo, especialmente por la hendidura que ya he comentado. Recibí algo parecido a una descarga de imágenes. Por mi cabeza vi la historia de aquellos animales, cómo habían sido contruidos por mis compañeras, que habían seleccionado aquel enclave por ser un punto energético clave en la zona. Vi cómo los habían labrado con ilusión y esmero, porque las hadas antes, en tiempos remotos, éramos mucho más fuertes y ágiles, capaces de desplazar grandes bloques de piedra hasta los lugares más insospechados. Ya no, por eso no hemos vuelto a crear megalitos; las nuevas razas *feéricas* carecemos de esa capacidad. Para nuestra desgracia, ha quedado anulada, atrofiada.

También pude ver todos los pueblos que por esas tierras habían pasado, no sólo a los vetones, sino también a los romanos, que llegaron a realizar inscripciones funerarias en sus costados pensando que eran dioses descendidos a los que había que respetar y cuidar con veneración. Contemplé la famosa escena del 19 de septiembre de 1468, en la que una mujer dominante arrebatava por la fuerza y a base de coacciones el poder a su propio hermano. A medida que acariciaba los toros me percatava de que se iban calentando cada vez más, hasta lograr desprender un aura azulada, que parecía indicar que el animal ya había recibido su ración de energía.

El que desarrollava este proceso con mayor lentitud era el tercer toro, el que estaba rajado, no sólo por la herida sangrante, sino también por el metal que había sido colocado en su interior, que particularmente me dañava a mí misma al tocarlo, por lo que tenía que ir con mayor cuidado y haciendo pausas para descansar.

Pude ver la escena: la tradición humana dicta que bajo los monumentos megalíticos existen tesoros escondidos de gran valor. El motivo es simple y complejo al tiempo. Los elementales colocamos en el pasado el tesoro por excelencia, que es el propio monumento cuya función es energetizar el planeta. Otros pueblos que llegaron con posterioridad, al no comprender su significado, los tomaron por dioses a los que había que respetar, hasta el extremo de que quisieron ser enterrados bajo ellos o en sus aledaños junto a sus más preciadas pertenencias. Al saberse esto, no faltaron personas que creían que podían hacerse ricas a costa del destrozo de los megalitos (sin comprender que el auténtico tesoro estaba frente a ellos), por eso este toro había sido partido por la mitad. Y el paisaje había sufrido un deterioro a causa de todo ello. No era feo, pero estaba yerto. Los árboles que estaban ubicados en las cercanías de toros, los matorrales y las florecillas parecían enfermos.

Y todo esto era lo que Estrella había tratado de explicarme sin éxito. Sin embargo, había bastado con que reposase mi mano sobre ellos para comprender la importancia del trabajo que me había sido encomendado.



En el día del trigo

Puesto que no todos somos iguales, es interesante que nos conozcáis un poco mejor. Clasificarnos no es sencillo porque somos escurridizas y tendemos a escabullirnos. Quizás ésa sea la característica más relevante de las hadas. Sin embargo, no es imposible hacerlo. A mí me costó lo mío hacerme a la idea de los rasgos distintivos que nos acompañan. He aquí algunas de las conclusiones a las que he llegado. Creo que lo más sencillo es describirnos en función del hábitat que ocupamos.

Por un lado, están las hadas que viven próximas a las fuentes, también llamadas de agua dulce, ninfas, damas de agua, y un sinfín de nombres dados por vosotros, dependiendo del lugar geográfico en el que hayan sido observadas. Las de este grupo son reconocibles por su gran coquetería hacia los humanos, y porque necesitan el contacto con el agua fresca y limpia, ya sea de las fuentes, manantiales, cascadas... Son muy hermosas; sus ojos son, por lo general, verdes como las esmeraldas; poseen una larga melena, y llevan una estrella o cruz en la frente. Suelen pasearse desnudas a la espera de hallar un hombre que sea capaz de verlas para enamorarle y desposarse con él, con la salvedad, eso sí, de que no revele al resto de los humanos su condición de hadas. La experiencia en estos casos dicta que el hombre no puede contenerse por mucho tiempo. El matrimonio fracasa porque el hada, al sentirse traicionada y descubierta, huye despavorida, llevándose a los hijos, si los hubiere. Pero atención, igual que pueden mostrarse benefactoras, otras, en cambio, las que viven en los ríos, terminan con la vida de los humanos que se adentran en barcas o a nado sin que medie discrepancia alguna. Simplemente siguen sus instintos. Según me refirieron algunas compañeras, muchos de los extraños reportes de ahogados —es decir, aquellos casos en los que la víctima era un buen nadador, las aguas estaban en calma y no parecía existir causa lógica que justificase el ahogamiento—, en realidad perecieron por la intervención de algún hada de agua dulce que se antojó de ellos y quiso llevarlos a su palacio bajo la superficie.

Por supuesto, si hay hadas de agua dulce, también las encontraremos en un medio tan sugerente como el mar. Mis compañeras de agua salada son también conocidas con diversos nombres: nereidas, mujeres marinas, morganas y sirenas. Sin embargo, no todas son iguales. Ya que las sirenas portan un distintivo sustancialmente diferente al resto de las hadas marinas: la cola de pez, que a veces es doble^[26]. Lo que ocurre es que la literatura referente a este tipo de hadas usualmente es confusa y, por ejemplo, en España no se hace distinción entre unas y otras, cuando

ya veis que sí debería tomarse en cuenta esta diferenciación. Las nereidas^[27], además de poseer los miembros inferiores como los vuestros, tienen la piel translúcida, y largos pechos que echan sobre sus hombros; su morada son los mares menores o interiores. A lo largo de la historia han sido, en más de una oportunidad, las encargadas de salvar a los marineros en apuros. No así las sirenas^[28], que debido a su hostil naturaleza, más bien se han encargado de provocar todo tipo de accidentes, utilizando para ello su mejor poder, el canto. Sus voces son tan gratas que conducen a un estado de sugestión que provoca el encallamiento de los navíos, o, en el mejor de los casos, la locura de los hombres de la mar. Recuérdese lo sucedido con Ulises, que tan sólo logró resistirse a los encantos de las sirenas gracias al consejo de Circe. El punto de la península Ibérica en el que han residido más sirenas es en el Cantábrico, aunque hoy en día no han tenido más remedio que ubicarse en lugares más inaccesibles para el hombre, pues a veces han sido capturadas^[29].

A pesar de todo lo dicho, las sirenas, desde la perspectiva humana, no están muy bien consideradas, pues se las asocia con catástrofes: tempestades, accidentes, nieblas inesperadas, entre otros desastres.

Si salimos de las aguas, distinguiremos las hadas que habitan en el medio terrestre, ya sea en cuevas, bosques, montañas, pero siempre buscando lugares secretos y puros, fuera de las miradas inoportunas. A este grupo pertenezco yo, así que no voy a extenderme mucho en ello, aunque sí señalaré que dependiendo de la región, habrá características autóctonas, como en el caso de las lamias, de las que prefiero dar cuenta más adelante, pues sobre ellas tendré oportunidad de extenderme a raíz de mi visita a esta comunidad *feérica*.

No puedo obviar el hecho de que dentro de todos los grupos descritos estamos las encantadas, que como sabéis presentamos la particularidad de haber nacido humanas.

En fin, que con estos datos podréis situar mejor nuestro mundo y las cosas que sobre él tengo que contaros. Dicho lo cual, prosigo con mis vivencias.

En aquellos días, estaba deprimida a causa de los sueños que me recordaban cómo había sido. Me producían una gran desazón. Por una parte, sentía turbación al descubrirme exacta y justamente como una persona carente de buenos sentimientos pero, por otra, debía reconocer que tenía añoranza del contacto con los humanos y esto es lo que me hacía sentir peor. ¿Por qué echaba de menos un estilo de vida que para mí ya no tenía sentido? Era incomprendible... El sino de una encantada parecía ser ése, echar de menos lo que ya no se puede tener.

Pero lo más angustiante de aquellos sueños era el momento antes del despertar. Siempre el mismo rostro, el de aquel niño de cabello trigueño sin ojos, que tanta ansiedad me causaba. ¿Qué podía significar su visión en mis períodos oníricos? Empezaba a tener la sensación de que el niño y yo estábamos ligados de alguna manera. Si no, ¿cómo explicar su aparición?

Quizá *Tujú* supiese algo sobre ello. Un día, cuando regresábamos de los toros, y tras unos infructuosos esfuerzos por volar, le pregunté al respecto. Me explicó que no era infrecuente que las encantadas sufriesen ese tipo de vivencias y que generalmente tenían que ver con asuntos no resueltos de su condición de humanas, que les perseguían a modo de recordatorio. Pero no veía la relación con ese niño desgarbado al que estaba segura de no conocer.

Al llegar a la cueva, quedé desagradable y hartamente sorprendida. En las cercanías había dos cazadores con sus respectivos perros. Iban armados con escopetas y sus ropas no dejaban lugar a dudas. Hice un gesto defensivo para esconderme, hasta que recordé que no podían verme. *Tujú* sí se camufló entre las ramas, aunque sin dejar de observar la escena por un segundo.

Estaban rastreando la zona. Supongo que en busca de animales. Me sorprendió que hubiesen llegado a aquella parte del monte. Los animales, pese a estar por ahí, estaban todos escondidos. Sólo los perros adiestrados olfateaban al terreno, y al parecer podían verme o al menos intuirme, porque se apostaron delante de mí y comenzaron a ladrar frenéticamente; no me moví, no hice ningún gesto. Estaban muy amedrentados. Los cazadores se miraban entre sí sin comprender por qué sus perros ladraban al vacío con tanta insistencia.

Pretendía desviar su atención de mi cueva, en la que todavía no habían reparado. Los cazadores llamaban a los perros, pero éstos se negaban a obedecer y seguían en sus treces.

Los dieron por imposibles y se dedicaron a rastrear la zona hasta que descubrieron mi cubil. Ahora la asustada era yo. Temía que al entrar vieses que estaba habitada por alguien y hubiese de buscar otro lugar más seguro para vivir.

—¡Mira lo que tenemos aquí! ¡Una cueva! —dijo apartando los matorrales que la ocultaban de los ojos de los curiosos.

—Entremos a ver, quizás haya algún animal —manifestó el otro mientras sacaba una linterna de su bolsa.

¡Todo estaba perdido!... Me habían descubierto, ahora debería huir, ese lugar ya no era seguro. Como un capitán que asiste al hundimiento de su barco, permanecí en pie, petrificada esperando que alguno de los hombres dijese la consabida frase: «¡Aquí vive alguien!». Los perros habían cesado de ladrar; había conseguido tranquilizarlos.

Pero no, no ocurrió nada de eso. Al cabo de algunos segundos salieron con cara de decepción.

—¡Aquí no ha vivido un animal en años! ¡Vamos! —dijo el que llevaba la linterna.

Cuando se fueron, le pregunté a *Tujú* por qué no habían podido ver mis pertenencias. El búho dijo que obviamente, para mi fortuna, estábamos en planos distintos, y que yo no tenía motivo para cambiar de lugar de residencia.

Aunque el episodio de los cazadores me había dejado bastante alterada, al entrar en la cueva di un grito que debió de sorprender a todos los animales del bosque, que ya estaban bastante asustados de por sí.

El fuego... ¡Se había extinguido! Eso significaba —según me contó un día Estrella— que una de nosotras había muerto...

—¡Es Estrella la que ha muerto! —dijo una voz detrás de mí, que identifiqué como la de *Malaquita*. Había entrado también en la cueva alertada por mis gritos.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —pregunté sin dejar de mirar hacia la hoguera apagada.

—Las noticias en el bosque se extienden con la velocidad del rayo. Cada vez que un hada muere, el entorno natural se atenúa un poco. De todas formas, era ya muy mayor y debía cumplir su ciclo —dijo *Malaquita* situándose en mi hombro.

—Pero era la única amiga que tenía en el mundo *feérico*. ¿Qué voy a hacer ahora? —dije

apenada.

—¡Ir a su funeral! —Ahora era *Tujú* quien hablaba—. Todas las encantadas lo harán. Pero es un largo viaje, tienes que ir al País Vasco y las honras fúnebres serán mañana...

—Y... ¿cómo quieres que vaya, si tan siquiera sé volar? —pregunté con lágrimas en los ojos.

—Es un buen momento para aprender —señaló *Tujú*— y otra cosa, no debes llorar. Un funeral *feérico* no es motivo para entristecerse. Piensa que ahora Estrella se habrá reunido con el resto de la almas de las hadas.

—No sé nada sobre eso... Nunca hablamos de ello —dije confusa—. Para la mayoría de los humanos, la muerte es un acontecimiento triste. Significa la desaparición de un ser querido.

—Razón de más para que vayas y te enteres —dijo *Malaquita*—. Además, ella quería que tú aprendieses a volar, ¿recuerdas? Es el mejor homenaje que puedes hacerle.

—¡Tenéis razón! ¡Debo ir! —dije convencida.

—¡Claro que sí! ¡Yo te guiaré! ¡Conozco el camino! —exclamó *Tujú*.

Salí de la cueva con el firme convencimiento de que debía ir al funeral de Estrella a toda costa. No sólo quería acudir por lo bien que se había portado conmigo; algo internamente me dictaba que era necesaria mi presencia allí.

Y como suele suceder la mayoría de las veces, cuando algo nos ha obsesionado durante mucho tiempo y no hemos sido capaces de resolverlo —como era el asunto del vuelo—, tendemos a esconderlo. Sólo un acontecimiento de cierta magnitud nos permite rescatarlo de nuestro interior. Y éste era uno de esos acontecimientos.

Fuera de la cueva hacía un frío terrible. Había algunas zonas nevadas y el viento era más cortante que nunca. *Tujú*, *Malaquita* y yo fuimos hasta el sitio donde vivía Copalta.

—¿De nuevo por aquí, Aura? —dijo Copalta—. ¿Quieres intentarlo una vez más?

—Si, quisiera hacerlo —dije una firmeza—, si es que a ti no te importa que me suba a lo más alto del todo.

—¡Por supuesto que no! Yo también apreciaba a Estrella... Ven, te ayudaré —exclamó haciendo crujir toda su estructura con una inusitada elasticidad para que pudiese alcanzar las primeras ramas fácilmente.

Escalé con habilidad. Las largas caminatas hasta los toros habían servido para algo. Una vez estuve arriba, en lo más alto, me tomé unos segundos para meditar lo que iba a hacer... Deseaba con intensidad ir al funeral de Estrella. Muchos kilómetros me separaban de ella. La única forma era conseguir volar y, como hada que era, sabía que podía hacerlo.

El deseo fue tan intenso que no lo pensé más; tras tomar una bocanada de aire gélido, me arrojé desde Copalta abriendo los ojos. Ahora sí tenía plena confianza en mí. Eso fue lo que me impulsó y en vez de caer en picado contra el suelo, comencé a subir y a flotar como si fuese una pompa de jabón. Mi cuerpo dejó de pesar y me volví una pequeña partícula del viento que se movía libremente en el espacio y que podía seleccionar el punto exacto hacia el que quería dirigirse.

¡Lo había logrado! A lo lejos vi llegar la silueta de *Tujú*, que se desplazaba hacia mí.

—¡Espérame o no podré guiarte! —dijo agitado.

—¡Lo siento! —repuse haciendo un gesto para que se acercase—. ¡Sube a mi hombro e indícame el camino!

Lo hizo. Ambos nos fundimos con el viento y desaparecimos en un torbellino. Mi cuerpo empezó a cobrar luz, como si de una libélula se tratase, una luz rojiza que me proporcionaba calor, me reconfortaba del frío padecido y servía de faro en medio de toda aquella espiral.



En el día del cuervo

Qué práctico medio de transporte! ¡Con qué facilidad se llega a los lugares! Esa especie de espíral, torbellino o como queráis llamarla, porque no sabría daros una definición exacta, tenía la facultad de transportarnos a grandes velocidades hasta lugares remotos. La sensación es similar a cuando un humano está a punto de desmayarse... En ese momento escucháis un pitido muy intenso en vuestra cabeza, la vista se os nubla y poco a poco perdéis el conocimiento. Pues es algo semejante, sólo que no conlleva la impresión desagradable, sino más bien todo lo contrario. Volar es una de las cosas más hermosas que existen en el mundo *feérico*. Una vez emprendido el viaje, supe que no hacía falta que *Tujú* me guiase. Como si en mi interior anidase una especie de radar, sabía qué camino tomar. En un momento determinado, cuando ya estábamos entrando en el País Vasco, empezó a ponerse nervioso...

—¡Detente! ¡Alto! —gritó alarmado.

—¿Qué ocurre? ¿No vamos bien encaminados? —quise saber.

—¡Sí! Precisamente por eso. Haz el favor de bajar de inmediato. Alguien nos espera —dijo misteriosamente.

Obedecí y descendí. En cuanto pudo, *Tujú* saltó de mi hombro y se posó sobre una rama. Justo en ese instante, percibí que el paisaje había cambiado por completo. Era mucho más verde, abrupto y hermoso, como si alguien se hubiese tomado la molestia de recortar la hierba que crecía en los montes para que visualmente pareciera toda igual. Lloviznaba un poco y hacía más frío que en mi lugar de residencia. Se notaba que había más vida en esta área del país, más plantas, árboles, animales.

—¡Fierabrás! ¡Fierabrás! —gritó *Tujú*—. ¿Estás por ahí?

De pronto, escuchamos un ruido en medio de la vegetación. Algo grande se movía entre las ramas. Poco a poco, una silueta fue cobrando forma y una cabeza elegante y estilizada se dejó ver entre todo aquel verdor.

—Aquí estoy —dijo el animal que salió de entre los arbustos—. Ya puedes marcharte, *Tujú*, ahora es cosa mía.

—Aura, éste es *Fierabrás*. Mi jurisdicción termina aquí; él se encargará de ti, al menos por el tiempo que estés en estas tierras —informó el búho.

—Encantada de conocerte —dije—, aunque ya me había acostumbrado a la presencia de *Tujú* y encontrarme cara a cara con un zorro no era precisamente la idea del viaje que me había forjado.

—¿Qué pasa? ¿Desconfías de mí por ser un zorro o porque no me conoces? —inquirió

intrigado *Fierabrás* al tiempo que sus ojos cobraban una expresión algo malvada.

—Por ninguno de esos motivos —señalé—. Es que nadie me había avisado —dije mirando de reojo al búho.

—Lo olvidé —dijo en un murmullo—. Cuando regreses te estaré esperando de nuevo.

—¡Vamos! —dijo *Fierabrás*—. ¡No hay tiempo que perder!

Volvimos a efectuar la operación del vuelo, sólo que en esta ocasión ya no me fue preciso subir a ningún árbol; según el zorro, estábamos bastante cerca. Él iría delante y yo debía seguirle.

Fierabrás era un ejemplar de zorro común, muy bello, de hocico estrecho, orejas grandes, tiesas, de cola larga, poblada y blanca por el extremo. El color de su pelaje era pardo rojizo, muy brillante, y tenía algunas manchas oscuras en las zonas de la nuca y el pecho. La parte frontal de sus extremidades anteriores era también más oscura.

Durante el trayecto fuimos hablando. Me interesaba conocer más detalles sobre *Fierabrás*. Aunque, al igual que *Tujú*, mi nuevo guardián no era muy hablador y medía las respuestas con exquisitez. En fin, que a medida que hablábamos hubo un momento en el que me percaté de que habíamos llegado, porque como si de un sueño se tratase, empecé a ver hadas de diferentes clases: ondinas, moras, lamias, xanas, mouràs... entre otras, y claro, encantadas como yo. A éstas las distinguía mejor que al resto porque iban acompañadas de un guardián.

Poco a poco, descendí hasta el suelo. Tenía ganas de gritar, de abordarlas una por una y formularles mil y una cuestiones para las que tan sólo tenía dudas como respuestas, pero *Fierabrás* me dio un empujón con su puntiagudo hocico y me exhortó a guardar silencio.

—¿Qué haces? —dijo molesto—. ¡No puedes hacer eso! Aquí hay unas normas. ¡Cíñete a ellas!

Yo ya empezaba a estar harta de tanta norma no escrita, de los silencios y de no tener con quién hablar, por lo que repuse bastante enfadada:

—¿Qué normas? ¿Quién las dicta? ¡Empiezo a estar hasta la coronilla de que me digan a cada instante lo que debo o no debo hacer! ¡Estoy triste y necesito manifestarlo! —dije casi gritando.

—¡Schhhhhh! ¡Calla! Yo también lo estoy..., pero te recomiendo que guardes silencio —manifestó una voz a mis espaldas.

Al volverme vi a otra encantada, aunque algo distinta a mí. Había aprovechado un descuido de *Fierabrás*, que se había detenido a saludar a otro zorro, para hablarme.

—Yo también era amiga de Estrella. Pero te aseguro que ahora ella descansa. Llevo observándote un rato. ¡Tú eres la nueva! —sentenció.

—Y... ¿quién eres tú? —quise saber.

—Caricea, la ondina Caricea —repuso—. También soy una encantada, y si me encuentro en esta situación es por culpa de Mari, que está ahí —dijo haciendo un disimulado gesto con la cabeza—. Es por ello por lo que te pido que te calles, a menos que quieras ser castigada —dijo en tono lúgubre.

—¿Quién es Mari? ¿La de las patas de chivo o la que tiene orejas de conejo? —quise saber.

—La de las patas de cabra —contestó—. Si quieres saber más cosas, cuando el funeral termine mañana, ven a verme a Las Médulas y te contaré algo más. Pero ahora, por favor, ¡cállate de una

vez, que te van a oír!

Fierabrás ya había regresado, me echó una mirada de reojo un tanto intimidadora, pero no hizo ningún comentario. Después, me condujo hasta la entrada de una cueva. Ya era casi de noche. Dijo que allí me dirían qué hacer y dónde dormir. Él se quedaría con el resto de animales que habían llegado para el entierro.

Penetré en aquella enorme cueva sin saber muy bien a qué atenerme ni qué sorpresas me esperaban. La caverna estaba iluminada por una hoguera como la mía, aunque bastante más grande. Era una cavidad gigantesca. Dentro había muchísimas hadas. Nunca había visto tantas juntas. Todas me miraban como a una intrusa. Una de ellas se me acercó y me indicó un lugar en el que podría dormir. Me dio una nueva túnica, también blanca pero con partes bordadas en oro, y me comentó —mientras señalaba su ubicación con el dedo índice— que fuera a las cocinas a echar una mano antes del baile.

¿Baile?, pensé para mis adentros. Pero ¿esto no era una reunión para un funeral?



En el día de la nieve

—¡Pasa! ¡Pasa! ¡No te quedes ahí! ¡Queda mucho por hacer! —dijo el hada que parecía llevar la voz cantante en la cueva-cocina.

Me dieron un delantal y me coloqué cerca de ella. Sin darme tiempo a nada, me entregó un rodillo y me puso a amasar pan integral. No dije nada, me limité a mirarla disimuladamente. Era una lamia, no había duda. Sus patas de oca la delataban. Era muy hermosa, como la mayoría de ellas, aunque si hay un tipo de hada que se puede distinguir bien de entre todas nosotras es justo éste, puesto que poseen, de forma indefectible, un componente anatómico animal (patas de cabra, gallina, oca, garras, etcétera).

—¿Eres tú la nueva? —preguntó intrigada.

—Eso parece —repuse—. ¿No hay ninguna otra?

—¡No! —dijo tajante—. Tú fuiste la última encantada que Estrella instruyó —señaló, al tiempo que también ella amasaba un buen trozo de pan.

—¿Cuál es tu nombre social? —quise saber.

—Mari —dijo sorprendida de que no lo supiese—. Yo pertenezco a esta sierra ^[30], como el resto de lamias que ves aquí, y todas nos llamamos igual. Somos parte de la Señora —sentenció.

—Y... ¿quién es la Señora? —pregunté intrigada.

—¡Pues quién va a ser..., Mari! —dijo riéndose.

—¡Instrúyeme! ¡Háblame de ella! —exclamé con verdadero interés.

—Bueno —dijo—. Tú ya deberías saber cosas. ¿Es que Estrella no te contó nada? —inquirió.

—Alguna vez la mencionó, pero de pasada. No sé mucho sobre Mari, salvo que tiene patas de cabra, y eso lo descubrí hoy cuando llegué aquí —expliqué.

—¡Pues sí que has aprendido tú mucho!, porque ¡Mari no tiene patas de cabra! —dijo profiriendo una sonora carcajada—. Tú la has visto con patas de cabra, porque hoy tuvo a bien adoptar esa forma, pero sus transformaciones son infinitas. Mira, pongamos estos panes a cocer y luego te contaré todo lo que debes saber sobre Mari.

Así lo hicimos. Después, nos sentamos a esperar que se cocieran, y sirvió dos vasos de sidra que sacó de una enorme cuba. Yo no había probado una gota de alcohol desde el día del accidente, así que bebí despacio por temor a embriagarme. Ella, en cambio, tragó con avidez y volvió a servirse más.

Entonces, me explicó algunas cosas sobre Mari, que resultó ser la jefa de todas las hadas que allí nos hallábamos. Era la más vieja de nosotras, y poseía una cohorte de hadas que estaban a su servicio; como una prolongación de sí misma, recibían también el nombre de Mari. ¿No sería eso

una forma de esclavitud?, me preguntaba. Sin embargo, la lamia hablaba de ella sin poner en duda su jerarquía, como un acólito lo haría al señalar las innumerables «cualidades» del líder de una secta. Pese a llevar muchísimos años a su servicio sin recibir nada a cambio, no parecía disgustada por esa situación. Se me antojaba que estaban cautivas sin saberlo. Esta lamia que bebía sidra sin parar también había sido humana. No entendía su actitud. Según me contó, vivía en el caserío Eguskitza, cuando quedó convertida en Mari a causa de haber tocado el arco iris (dicho fenómeno de la naturaleza era la propia Mari camuflada). Me pareció un horror, pero no por el hecho en sí —que desde el punto de vista humano sería reprobable, aunque no para el mundo *feérico*—, sino por su forma de contarlo. Se refería a ese episodio como un acontecimiento digno de celebración.

Por otra parte, la relación de Mari con los humanos es ambigua y depende de la actitud de ella. Puede mostrarse bondadosa, aunque también despiadada y castigadora hasta la muerte. Me contó que un sacerdote (figura por la que las lamias sienten extremada aversión, así como por lo relacionado con la Iglesia, la Virgen María y todo aquello que les suene a cristianismo, pues acusan a este último de haber tratado de exterminar nuestro mundo) quiso realizar un exorcismo contra Mari, para lo que se internó, al parecer, por esos mismos dominios en los que estábamos y pronunció unas palabras. No había hecho más que mentarlas cuando su sotana ardió sin explicación aparente^[31], tras lo cual el cura falleció a causa de las quemaduras y el susto recibido. Además, me refirió el caso de un pastor que osó construir su cabaña cerca de los dominios de Mari. Como escarmiento, la Señora se transformó en cuervo y persiguió al hombre que, si bien consiguió huir, murió poco después por el espanto sufrido.

Mari no sólo tenía potestad para castigar a placer a los humanos, sino que además podía hacerlo con los elementales. Era hija directa de la Naturaleza, y de ella se nutría. En ese momento, comprendí que la propia Estrella había sido sancionada por aquel comentario que hizo sobre el rapto de niños. No era de extrañar que la vieja instructora de encantadas sintiese tanto temor hacia aquel personaje.

Mientras avanzaba nuestra conversación —casi monólogo—, en la que la lamia se deshacía en enumerar las «virtudes» de la Señora, empecé a observar un fenómeno que no había tenido ocasión de ver antes... Pensé que era efecto de la sidra, por lo que apoyé el vaso sobre la mesa, pero no, ¡la lamia estaba mutando! Sus cabellos rubios y sedosos se pusieron blancos. Sus ojos verdes cambiaron para volverse rojos y su piel tersa se cuajó de arrugas con gran rapidez. Yo la miraba atónita, a pesar de que ella seguía hablando como si tal cosa. De pronto, reparé en que tenía ante mí a un ser muy anciano. Estos cambios son experimentados cada noche por las lamias.

En fin, que el mundo *feérico*, al igual que en el vuestro, también hay jerarquías e incluso tiranía, aunque las pobres «Maris» no fuesen conscientes de ello. Éste es uno de los motivos por los que empecé —sin haber cruzado una sola palabra con ella— a albergar cierta antipatía por Mari, pues no estaba dispuesta a que nadie decidiese por mí. ¡Pobre ilusa!, ¡contra la fuerza de Gaia^[32] no se puede luchar!

Los panecillos estaban listos; la lamia, medio embriagada, no paraba de proferir sonoras carcajadas, cuando escuchamos el ruido de una caracola, algo parecido a la llamada de un cuartel.

—¡Es la hora del baile! —dijo alegremente.

—¿Qué baile? —pregunté.

—Cuando una de nosotras muere, se celebra un baile en su honor. Es motivo de júbilo para la comunidad, porque su alma pasa a formar parte del Alma Universal, abandonando así todo pesar —explicó orgullosa.

—¿Cómo puedes estar tan segura de ello? —inquirí.

—Son nuestras creencias, Aura. Las cosas simplemente son así. No analizamos lo ya establecido. Y tú harías bien en aceptarlas como vienen —señaló.

No era la primera vez que alguien me decía esto. La propia Estrella me lo había repetido en más de una ocasión. Abandonamos la cueva-cocina para dirigirnos a un claro en medio del abrupto bosque. Era noche cerrada, hacía mucho viento y el cielo estaba encapotado. Amenazaba lluvia. Aun así, se respiraba un aire mucho más puro. No sé si era por la gran concentración de hadas o por estar en la guarida de Mari, pero nos hallábamos en un lugar de alto contenido energético, que recorría todas y cada una de las partículas de mi esencia. Me sentía bien. Empecé a asimilar que Estrella, donde quiera que estuviese, tendrá un perfecto estado, y decidí dejarme llevar por mi condición *feérica*, fundiéndome con la música y el canto de las hadas que podía escucharse cada vez más cercano a nuestra posición.

Al llegar al lugar elegido para el baile, los elementales nos dimos la mano formando un gran círculo, aunque con una particularidad: teníamos las espaldas vueltas hacia el interior del mismo, lo que pudiera parecer un tanto extraño si es que un humano pudiese contemplar dicha escena^[33], pero que se explica porque de esta forma se recoge con mayor facilidad la energía que genera el cosmos y la propia Tierra.

Cerré los ojos, sintiéndome una pequeña partícula que formaba parte del universo y disfruté de una especie de estado de ingravidez muy placentero. Algo similar a las pisadas del hombre sobre la Luna. Sólo que nuestras huellas, tras bailar durante varias horas, pueden percibirse ante vuestros ojos. De hecho, me contaron que no era la primera vez que algún despistado había anunciado el descubrimiento de las «huellas de un aterrizaje ovni» en el País Vasco, sin pararse a pensar que aquello que había contemplado e incluso fotografiado podía tener otra interpretación.

Una de las canciones que aquella noche entonamos decía así:

A la luz de la luna retozamos y jugamos, con la noche empieza nuestro día; mientras danzamos cae el rocío;

*danzad todos, rapazuelos,
ligeros como la abejita,
de dos en dos y de tres en tres;
allá vamos, allá vamos.*

Tras el baile comimos y bebimos a placer: sidra, panecillos integrales, frutas, cuajada, miel y otros deliciosos manjares. Después nos retiramos a dormir. Había que descansar para el funeral de

Estrella.



En el día de la serpiente

Hay algo que debes saber... El accidente que provocaste no fue inocuo, tuvo consecuencias muy serias. Debes ir a Las Médulas. Habla con la ondina Caricea. Ella te explicará su sueño y sabrás la verdad —me dijo Estrella en una aparición onírica.

—¿Cómo? —pregunté—. ¿Qué clase de consecuencias?

—Tengo que irme. Habla con la ondina Caricea. Pero ¡no aquí!, ¡Mari no debe enterarse! Cuídate, Aura, ¿ves cómo ya vuelas? —dijo la vieja hada antes de esfumarse.

Esta aparición fue el detonante que provocó que el recuerdo del accidente saliera del letargo en el que había permanecido desde que entrara en el mundo *feérico*.

Había bebido más de la cuenta... Ya no recordaba bien el camino. Al llegar a una intersección no supe qué dirección tomar y me dejé llevar por mi sentido de la orientación internándome en una carretera desconocida. Después de recorrer algunos kilómetros comprendí que me había perdido. Tal vez iba en dirección contraria.

La noche estaba despejada y las estrellas parecían brillar más que nunca desde su privilegiada posición en la bóveda celeste. Una suave brisa penetraba a través de la ventanilla, dándome de lleno en la cara, cosa que no me venía nada mal, puesto que mi estado no era el adecuado para ponerme detrás de un volante.

Hubiera sido una noche muy romántica a no ser porque me hallaba perdida en medio de la nada... Sin embargo, al tomar una curva muy cerrada, todo pareció transformarse. El paisaje cambió por completo. Una espesa niebla arremetió contra el vehículo impidiéndome tener la visibilidad adecuada. Sentí miedo. Un miedo atroz como no lo había experimentado nunca. Algo no marchaba bien y podía percibirse en el ambiente. Era como si todos mis temores hubiesen tomado forma reuniéndose aquella noche en esa siniestra carretera.

Intenté dar la vuelta y regresar al camino principal, buscar la finca, y pedir un taxi, pero no veía arcén alguno o espacio para detener el vehículo. Sólo campo y oscuridad. Así que opté por cambiar el sentido de la dirección, allí mismo, en medio de la carretera. A fin de cuentas, todavía no me había cruzado con nadie, y era poco probable que eso ocurriera... Esa carretera no parecía conducir a ningún sitio, excepto al infierno.

Giré el volante y comencé a dar marcha atrás. Todo fue muy rápido. De pronto, surgió una intensa luz que me deslumbró. Otro coche se acercaba, y no era posible que me hubiese visto a causa de la niebla. El conductor del vehículo contrario trató de esquivarme, pero fue demasiado tarde y se produjo un choque espectacular, que hizo que mi coche se saliera de la estrecha

carretera y se empotrara contra un árbol. El ruido de hierros aplastados y cristales rotos fue lo penúltimo que escuché. Lo último, antes de perder el conocimiento, el llanto de un niño.

Me desperté muy sobresaltada y con los ojos humedecidos. Por fin había sido capaz de recordar al completo cómo había sido el accidente. Parecía que Estrella todavía estaba ahí. ¿Había tenido un sueño clarividente o un simple lapsus onírico en el que recordaba a un ser fallecido? Resultaba demasiado real para ser tan sólo lo segundo. No obstante, saldría de dudas durante el funeral...

Observé que a mi alrededor el resto de las hadas —como si sólo fuesen una— comenzaban a despertarse al unísono. Sabía que tenía un margen antes de la hora del desayuno, así que me dirigí al río más cercano para darme un reconfortante baño. Notaba que mi condición de hada solitaria se iba acentuando y me molestaban las multitudes, las colectividades. Después regresé a la cueva-cocina y me senté con el resto de hadas a desayunar. Había sobrado mucha comida del baile y únicamente había sido necesario templar la leche, que las lamias tragaban con especial avidez.

No quise comentar con nadie el sueño que había tenido. Si sólo era eso, no merecía la pena. Si era algo más, no consideraba prudente hacerlo en los dominios de Mari. Ya me las arreglaría para viajar a Las Médulas y buscar a la ondina Caricea; no deseaba comprometerla a ella tampoco.

Y... de nuevo sonó la caracola que nos invitaba a unirnos a la procesión. Mari presidía el acto. En esta ocasión se presentó como una mujer llameante, muy hermosa, a la que era difícil poder mirar a los ojos, aunque su fuego no quemaba. Nos colocamos todas formando un círculo. Detrás, estaban los animales. Entre ellos, me pareció distinguir la estilizada figura de *Fierabrás*. Primero, cuatro de las hadas de mayor edad entraron en una de las cuevas y sacaron con sumo cuidado el cuerpo de Estrella envuelto en una sábana. Después, retiraron ésta y se la entregaron a Mari. Ella llamó a una anjana^[34] —fácilmente distinguible por la bondad^[35] de corazón y la belleza— y se la donó pronunciando las siguientes palabras: «Ahora, tú te encargarás de la misión de las encantadas». La anjana tomó la sábana conmovida y se arrodilló ante Mari, en clara señal de sumisión. Las anjanas son seres muy interesantes. A veces, deciden probar la caridad de las personas, vagando por los pueblos transformadas en viejas, con una capa blanca y un báculo. Si se portan bien con ellas regalan dones. Más si el trato fuese despectivo, provocan fuertes picores que con nada se alivian.

El cuerpo de Estrella había quedado al descubierto, y es que en nuestro mundo no empleamos ataúdes, porque habría que sacrificar un árbol. Por otra parte, es nuestra creencia que estemos en permanente contacto con la tierra. Así ha sido siempre y así será siempre. No son normas escritas, pero sí muy respetadas.

Tras el gesto de agradecimiento por parte de la nueva instructora de encantadas, se fueron formando filas de hadas y como si de un «ejército» se tratase, avanzamos por los montes vascos en busca del punto más alto de la serranía, ya que es nuestro fiel convencimiento que el contacto más directo con el alma colectiva se consigue mejor en el lugar más elevado posible.

El camino fue largo y tortuoso. A veces, para sortear los obstáculos propios de la montaña, había que alzar el vuelo. La lluvia empezó a golpear con fuerza mi cara, mojando los finos cabellos, que se pegaron al contorno de mi rostro. De repente, alguien me golpeó en la espalda y

escuché que se dirigían a mí.

—¡Tenemos que hablar! —dijo la voz susurrante de la ondina Caricea—. Estrella me ha visitado esta noche. ¡No te vuelvas! Puede resultar peligroso...

—A mí también —dije sin mover un músculo que delatase que estábamos manteniendo una conversación—. ¿Qué te dijo a ti? —pregunté, no sin cierta intriga.

—No debemos charlar ahora. ¡Ven a verme! —exclamó sin soltar prenda.

—De acuerdo. ¡Iré! —dije dando por finalizado el cruce de palabras.

Después, proseguimos camino como si no nos conociésemos y no volvimos a vernos hasta mi viaje a León. Tras alcanzar el punto más alto, la extraña comitiva que portaba a la muerta desnuda se detuvo; nosotras hicimos lo mismo. Algunas hadas llevaban mirto florido en las manos, así como coronas de rosas.

Con posterioridad, se cavó una fosa y el cuerpo de Estrella fue depositado en ella junto a las flores. No había podido verla con detalle hasta ese momento. Observé sus facciones, sonrientes y plácidas como si descansara profundamente. Tras eso, la cubrieron con tierra, no quedando huella alguna de su existencia. Nosotras no marcamos las tumbas para recordar a los seres queridos. No tenemos esa característica necesidad vuestra. Tampoco nos apremia pronunciar plegarias de ningún tipo o decir lo bueno que era el muerto. Ya lo sabemos. Si no hemos sido capaces de manifestárselo en su presencia, cuando vivía, no nos parece oportuno hacerlo una vez desaparecido.

El acto concluyó con la concentración de todas nuestras energías sobre la Tierra, a fin de hacer nacer una hoguera, con la particularidad de que ésta sí se apagaría, en el instante en el que la anjana que la sustituye en el puesto acabase la instrucción de una nueva encantada. Como veis, no damos una especial importancia al hecho de la muerte, ni a la parafernalia que, en determinadas culturas humanas, se transmite, aunque sí damos relevancia a que el acto se celebre en secreto, sin curiosos que se entrometan. Nos enoja bastante la presencia de alguna persona, a la que más le vale no ser descubierta, pues sería castigada, a veces, con la propia muerte^[36].

Tras el entierro, quise regresar a mi cueva. Sin embargo, una de las lamias dijo que Mari quería hablarme. Debía ir a la cueva principal, donde ya me estaba esperando. Antes de entrar, el hada me advirtió de una serie de normas que debía acatar en presencia de Mari:

- No podía tutearla.
- No debía tomar asiento.
- Aunque fuese tentada a ingerir alimentos o bebidas, no debía aceptar la invitación.
- Una vez finalizada la entrevista, saldría andando para atrás. Jamás debía darle la espalda.

—¿Y todo esto por qué? —inquirí.

—Porque podría enfadarse y reprenderte. Es una forma de demostrarle respeto. A los humanos que no lo cumplen los encanta, y a las hadas, según tenga el día; así que por precaución, sigue las normas —sentenció como quien lee un documento en el que hay escrita una ley.

No me parecía bien tanta ceremonia, pero decidí respetar las reglas. Cuando penetré en su

cueva, un escalofrío recorrió mi cuerpo. Era tan enorme y profunda que para llegar hasta el lugar en el que me esperaba tuve que andar varios kilómetros que se me hicieron interminables.

Cuando por fin lo conseguí, me sorprendió comprobar que se había transformado en un gigantesco buitres que comía maíz sin parar. ¿Cómo podría permitirse malgastar tanta energía?, me preguntaba. Sin duda, trataba de amedrentarme.

—¡Adelante! Pasa y siéntate, debes de estar cansada —me dijo, tuteándome.

—No, gracias —repuse—, no lo estoy. Permaneceré de pie, si a la Señora no le importa.

—Como quieras, pero ¿un poco de leche y queso sí tomarás? —insistió.

—Es de agradecer el ofrecimiento de la Señora, pero comí mucho en el desayuno y perdí el apetito —aduje en mi descargo.

—¡Qué cabellera más hermosa posees! ¿Serías tan amable de darte la vuelta para poder apreciarla mejor? —preguntó Mari.

A punto estuve de caer, pero recordé que no se le podía dar la espalda.

—Lo haría gustosamente, pero la tengo sucia y no quisiera que la Señora la viese en este lamentable estado —repuse sin saber qué excusa dar.

—Bueno, en ese caso hablemos del motivo por el que te hice llamar. Tengo una misión para ti. Quiero que hagas algo —dijo sin rodeos.

—¿Qué podría hacer yo para satisfacer a la Señora de Amboto? —inquirí.

—Un informe. Quiero que viajes a Tivissa. Debes visitar la comunidad que allí reside como enviada mía e informarme de lo que está pasando —explicó.

—¿Podría la Señora darme más detalles sobre lo que allí ocurre? —pregunté intrigada.

—Las comunidades me informan periódicamente de todo lo que pasa. La de Tivissa hace tiempo que no lo hace. Esperaba que algún elemental proveniente de aquella región viniese al entierro y me diese explicaciones de por qué tan dilatado silencio. Nadie se ha presentado y sospecho que algo no anda bien. Debes averiguar de qué se trata y presentarme un informe la semana próxima —explicó con sequedad.

—No tengo experiencia en ese campo. ¿No cree la Señora que sería más adecuado que otra desempeñase ese papel? —sugerí.

—¿Tratas de decirme cómo dirigir mis asuntos? —preguntó revolviendo las enormes alas.

—No. Sólo dije...

—Obedece entonces y no trates de engañarme. Hasta la próxima semana. Espero tu informe —dijo dando por zanjado el asunto, al tiempo que daba la vuelta y se metía, andando con cierta torpeza, por una de las innumerables galerías de la caverna.

Tras recorrer de espaldas los kilómetros que me separaban del exterior de la morada, *Fierabrás* ya me esperaba dispuesto a acompañarme hasta el punto en el que terminaba su jurisdicción; volví de nuevo a encontrarme a *Tujú*, que ya me aguardaba impaciente sobre la rama de un árbol.

El búho me preguntó por el funeral y mi estancia en el País Vasco. No le di muchos detalles. Deseaba ir en busca de los toros. Necesitaban su ración de energía.



En el día de la menta

—¿Qué se te ha perdido en Las Médulas? —preguntó *Tujú*.
—¡Ya te he dicho que son temas personales! —repuse molesta.
—Ya sabes cuál es mi misión. No me pongas más difícil mi trabajo —dijo *Tujú* agitando su plumaje.
—Voy a ir a León. Nadie lo va a impedir.
—¡Bien! En ese caso tendré que acompañarte. Mas tendré que dar cuenta de todo ello a Mari —amenazó.
—Haz lo que debas hacer... Es tu trabajo... Pero vamos de una vez, quiero llegar cuanto antes —expresé alzando el vuelo.

Una vez que se ha aprendido a volar, los desplazamientos son muy sencillos. Basta con pensar en ellos, y en un instante alcanzas el objetivo. No obstante, al llegar a los lindes fronterizos, *Tujú* volvió a dejarme en manos de otro ser de la naturaleza...

En este caso, el animal que habría de hacer las veces de guía era una jineta. Lo primero en lo que me fijé fue en sus prominentes orejas. Tenía el pelaje manchado, la cola muy larga, con anillos oscuros. Su porte era más estilizado que el de un gato, aunque tenía las patas más cortas.

—Me llamo *Melquíades*... y tengo algo de prisa —señaló pidiéndome que me apurase.
—Estupendo, porque también yo la tengo. ¿Queda mucho hasta Las Médulas? —pregunté.
—¡No! Ya estamos cerca. ¿No las conoces? —inquirió.
—Nunca estuve como humana —repuse—, aunque siempre oí que eran unos bellos parajes.
—Es cierto. ¡Te gustarán! —dijo moviendo su larga cola en círculos.

Tenía razón, me encantó la majestuosidad del paisaje, las formas erosionadas, las cuevas y hasta la intervención humana en ellas, hace dos mil años, por parte de los romanos, que explotaron el terreno para conseguir oro. Para ello, utilizaron una técnica llamada *Ruina Montium*^[37], responsable del singular modelamiento en las formas.

A lo lejos, se divisaba ya el lago Carucedo. Descendimos y la jineta se bajó de mi hombro con precipitación.

—¡Yo te espero aquí! —dijo temerosa—. La ondina Caricea vive en el interior.

Me acerqué a la orilla y miré las aguas. Parecían heladas. No me extrañaba que *Melquíades* hubiese dado un apurado salto, alejándose de las pequeñas olas formadas por el viento reinante. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. La verdad, se veía aquello tan negro que la sola idea de penetrar en el interior y nadar hasta la morada de la ondina no me seducía lo más mínimo. Sobre

ello meditaba cuando en mi cabeza empezaron a resonar palabras: «¡Debes nadar hasta el centro del lago! ¡No temas!». Parecía la voz de Caricea. En fin, si ella lo decía, no quedaba más remedio que hacerle caso, así que me introduje poco a poco y nadé hasta el centro.

A cada rato hacía pausas para descansar, dándome la vuelta para hacer la plancha. Desde allí podía ver a la diminuta jineta oteando el paisaje, mientras esperaba con paciencia mi regreso. Cuando creí que había llegado justo al centro, paré y me dispuse a esperar deseando que la ondina no se hiciese de rogar.

Flotando en las oscuras aguas, empecé a notar un leve cosquilleo. Eran pequeñas burbujas que emergían de las cenagosas aguas. Al principio eran diminutas, pero después se hicieron más y más grandes hasta que sin previo aviso una potente luz se precipitó contra mis piernas. Por un momento sentí temor, el mismo miedo que sentís los humanos ante aquello que desconocéis. La luz aumentó hasta convertirse en una enorme burbuja de unos dos metros de diámetro. Alguno de vosotros, si hubiese tenido ocasión de presenciar semejante fenómeno, lo habría achacado a seres provenientes de otro planeta. Pero la realidad era otra muy distinta...

En el interior de la burbuja transparente que emitía luz propia se hallaba la famosa ondina del lago Carucedo, que tanta leyenda acumulaba a sus espaldas. Mi entrada en la burbuja fue de lo más natural. Cuando quise darme cuenta estaba «atrapada» en su interior, notando un agradable calor que, sin duda, le hacía falta a mi entumecido cuerpo.

—Me alegro de que hayas venido —dijo—. No tengo demasiadas oportunidades de ver a nadie por estos contornos y me siento un poco sola. Ahora, notarás un leve sopor. ¡Déjate llevar! Hay muchos metros de profundidad y no quiero que tengas molestias; por eso, creo oportuno que te adormezcas —explico con amabilidad.

—¡Gracias!, empezaba a congelarme. No estoy acostumbrada como tú al medio acuático —expliqué, al tiempo que, efectivamente, el sueño parecía apoderarse de mi ser.

Era una sensación muy agradable, algo similar a lo que perciben los ahogados antes de perder por completo el conocimiento, me comentó la ondina, mientras descendíamos los treinta metros que nos separaban del cenagoso fondo. Los peces que se cruzaban con la burbuja apenas se inmutaban, estaban acostumbrados a sus idas y venidas.

El caso es que no pude ver mucho más porque caí presa de un profundo sopor, y tan sólo fui capaz de recuperar mis facultades una vez que me encontré en la cueva subacuática en la que moraba la ondina.

Era una caverna bastante grande que permanecía iluminada gracias a la luz que desprendía la propia ondina. El paisaje resultaba, a mis ojos, pura contradicción. Por una parte, la potente claridad que desprendía el hada cegaba, pero contrastaba con la oscuridad reinante a su alrededor, lo que me proporcionaba una sensación de inseguridad. Daba la impresión de que la iluminación podía desaparecer en cualquier momento, quedándome a merced de las negras aguas.

—No temas. Eso no sucederá a menos que yo muera —dijo sonriendo—, y por el momento no me siento cansada.

—¿Es así como murió Estrella..., como morimos las hadas? —pregunté intrigada.

—¡Sí! —Contestó—, las hadas morimos tras una sensación muy fuerte de fatiga. No

padecemos dolores, ni angustia, tan sólo unas ganas tremendas de descansar. Nos vamos apagando poco a poco. Una vez muertas, permanecemos un corto período en el aire antes de fundirnos con el alma colectiva; por eso Estrella pudo visitarnos a ambas.

—¿Qué te dijo Estrella? —pregunté en actitud suplicante.

—Antes de responderte creo que es importante que conozcas mi historia, y que sepas de lo que es capaz Mari, porque probablemente, después de saber qué fue lo que me reveló Estrella, te metas en algunos líos —dijo en tono grave.

Opté por tener paciencia y me senté en una roca a escuchar su pasado. Me explicó que sobre ella se había vertido mucha tinta^[38], y que incluso alguna persona había tenido la osadía de acercarse por el lago a fin de encontrarla, algo harto complicado, puesto que sólo podía dejarse ver ante vosotros en la noche de San Juan. (Si en este caso doy una ubicación tan completa de la ondina, es porque sé positivamente que su cueva nunca será hallada, gracias a las cenagosas aguas y la profundidad. Puede que creáis haber visto una luz... Eso será todo.)

Como encantada que era, estaba sometida a unas reglas, y también añoraba su condición de humana. Su nombre había sido Borenia, y fue hija del caudillo astur Medulio, que luchó contra la invasión de los romanos, hasta que un apuesto general romano, llamado Cariceo, intentó arrasarse estas tierras. Al conocer a Cariceo, la ondina —todavía humana— quedó prendada de él, siendo correspondida por el general, quien intentó una capitulación honrosa a cambio de poder desposarse con ella.

Medulio no estaba por la labor. Sin embargo, una noche de tormenta un rayo lo partió literalmente por la mitad. El joven fue en busca de Borenia, que ya era conocida entre los romanos como Caricea, por el amor que ambos se profesaban.

Borenia, apenada por la muerte de su padre, le esperó junto a una fuente, pero cuando el general se acercaba a su posición, la fontana se desbordó impidiendo que Cariceo llegase hasta ella. No hubo posibilidad de encuentro: las aguas anegaron todo el valle, quedando la bella Borenia aprisionada en el interior de una burbuja. De este modo, pasó a convertirse en una encantada y en concreto en una ondina o hada de agua dulce. Obviamente, nunca volvió a ver al general, al que todavía continuaba amando después de tan dilatado lapso.

Me pareció una historia terrible, pero más horrible me resultó conocer que la ondina había descubierto que detrás de todo este asunto estaba la mano invisible, poderosa y despiadada de Mari.

Según me refirió Caricea, Mari estaba encaprichada por su amado y fue capaz de matar a su padre y de encantarla a ella, sólo para poder capturar al general, al que tuvo esclavizado durante años, hasta que cansada de él, lo asesinó. Es por ello por lo que me instaba a tener precaución. Conocía, por haberla experimentado en sus propias carnes, la crueldad que era capaz de esgrimir la Señora de Amboto.



En el día del grajo

¿Por qué la fatalidad parecía perseguir a muchas de las encantadas? Por unos motivos u otros, nos veíamos abocadas a permanecer cautivas de un destino inesperado, inimaginable, a veces triste, como en el caso de Caricea. Sin embargo, poco podíamos hacer al respecto.

Una vez me hubo relatado su vida y prevenido contra la fuerza de Mari, le pedí que me contara su sueño y el mensaje de Estrella.

—No sé mucho. Estrella tan sólo me dijo que existe un humano que necesita tu ayuda. Debes buscarle para comprobar si puedes hacer algo por él —explicó Caricea.

—¿Qué tipo de ayuda? ¿Te lo dijo? —inquirí.

—¡No!, no me explicó qué clase de necesidades tiene, pero tú ya deberías saber que no debemos intervenir a placer en los asuntos de los humanos. Las reglas invisibles nos lo impiden, y si llega a enterarse Mari, es muy probable que me castigue —advirtió.

—Y... ¿cómo sabré quién es esa persona? —pregunté.

—Vive en Madrid. Tan sólo debes dejarte guiar por tu instinto y lo encontrarás —dijo con rotundidad—. Además, según me dijo Estrella, tú ya le conoces.

—¿Cómo? ¿Quién? —inquirí de nuevo.

—Eso no me lo aclaró, lo lamento —repuso la ondina.

—Es igual, lo averiguaré. Gracias por tu ayuda. Ahora debo regresar —expuse.

Repetimos la misma operación que realizamos para descender al fondo del lago. En la orilla me esperaba el inquieto *Melquíades*.

Tras consumir los kilómetros que me separaban hasta el punto en el que me aguardaba *Tujú*, emprendimos de nuevo camino, pasando antes por los toros, para darles la carga energética que les hacía falta. Se había hecho de noche. La carretera que separaba el enclave megalítico del monte no estaba muy transitada, aunque de vez en cuando algún vehículo asomaba por la misma.

No pude contenerme, tuve la necesidad de asustaros, de gastaros una pesada broma. A las hadas nos encanta jugar al equívoco^[39], hacer que creáis ver cosas que no son tales, confundiros, a veces llenaros de un temor gratuito. Como digo, no podemos evitarlo.

Me situé en una curva cercana, en pose de autoestopista en apuros, y pugué con la densidad de mi materia por hacerme visible a los ojos del primer coche que apareciese.

Poco después, un Ford Fiesta rojo, destartalado y sucio, se acercó y me vio. Me coloqué prácticamente en medio de la estrecha carretera, forzando así su detención. Pedí auxilio a las dos chicas que iban en el interior, a sabiendas de que poco después se llevarían el susto de su vida.

Aduje una colisión, y sin esperar respuesta por su parte, me acomodé en el asiento trasero.

Alarmadas por el asunto, amablemente, se ofrecieron a llevarme al cuartel de la guardia civil más cercano y comenzaron a pedirme detalles sobre el siniestro. Se acercaba una curva muy cerrada. Preparé mi golpe de efecto. Al llegar a ella susurré con voz serpentina: «¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Aquí me maté yo!»^[40], tras lo que desaparecí del vehículo.

Me consta que conseguí aterrorizarlas, pues pocos metros más adelante, el coche dio varios bandazos hasta que frenó en seco. Las ocupantes bajaron y me buscaron angustiadas, sin hallar un solo rastro de mi presencia. Marché satisfecha a mi morada.

Todavía recordando el episodio del vehículo, me puse a pensar en lo que me había dicho la ondina y determiné que debía buscar a aquella persona que necesitaba de mí. No podía ser tarea muy difícil para un hada. Lo peor debía de ser, no obstante, internarse en la ciudad, pues el aire era impuro y dañino. Pero cuando Estrella, una vez muerta, se había tomado tantas molestias por desvelarme esta información, debía obedecer a alguna causa. Así que no lo pensé dos veces, cené algo ligero y salí de la cueva en dirección a la gran ciudad. Necesitaba saber...

Tujú trató de disuadirme, pero de nada sirvió. Así que, llegados a las afueras de Madrid, no le quedó más remedio que dejarme en manos de *Cervás*, un murciélago hortelano de color pardo oscuro que acababa de abandonar su lugar de descanso, un viejo edificio abandonado, para seguirme en mis desplazamientos por la gran ciudad.

Antes de proseguir, pedí unos instantes para concentrarme y tratar de captar algo, un indicio, una pista, que me sirviera de referencia. Cerré los ojos y sentí un leve hormiguero. Comencé a volar despacito y el hormiguelo creció indicándome la dirección correcta. No abría los ojos, me guiaba, al igual que *Cervás* y sus congéneres, por un radar automático e invisible que me dictaba los impulsos y movimientos por los que debía optar.

Casi sin apercibirme de ello, llegué a un edificio sobrio y antiguo. Sin duda, la persona necesitada vivía allí, en el último piso, pues el hormiguelo se hacía ya insoportable. Subí un poco hasta colocarme en el alféizar de una de las ventanas, y observé el panorama que se vislumbraba a través del cristal. En vista de las circunstancias, *Cervás* se colgó de un saliente, en actitud resignada.

El ruido de una radio llenaba el espacio. La luz, muy tenue y baja, se me antojó escasa. Desde la ventan podía ver los traseros de una butaca. Un brazo pequeño reposaba en uno de los lados. Sin embargo, desde esa posición, no me era posible distinguir el resto del cuerpo.

Decidí atravesar el cristal y penetrar en la habitación. Había que salir de dudas sobre la identidad de aquella persona. Dentro hacía calor. Sigilosamente, me situé frente a la butaca y quedé perpleja. ¡Era el niño de pelo trigueño que tantas veces se había introducido en mis sueños! Por unos instantes no supe cómo reaccionar ni qué hacer.

Tenía los ojos cerrados y parecía muy concentrado en la tertulia radiofónica. Llevaba un pijama azul claro y unas zapatillas de cuadros escoceses. De pronto, como si hubiese intuido mi presencia, abrió los ojos y me miró maravillado. Se tomó su tiempo antes de pronunciar palabra, y cuando por fin lo hizo, su voz sonó temblorosa, como si tuviese miedo a perder algo.

—¿Eres parte de un sueño? —preguntó inquieto.

—No, no lo soy —contesté sorprendida de que un humano pudiese verme espontáneamente.

—Entonces, ¿quién eres y por qué puedo verte? —inquirió intrigado.

—Me llamo Aura —dije sin revelar mi auténtica naturaleza— y soy una amiga.

—¡Pertenece a un sueño! —gritó—. Pero pareces tan real... que no quiero despertar.

—¡Soy real! —argumenté—, aunque por lo general estamos en planos diferentes. A pesar de ello, algunas personas sensibles como tú sois capaces de verme.

—Sigo pensando que eres parte de una ensoñación, aunque me agradas —espetó el niño.

—Una amiga me dijo que tenías problemas —afirmé convencida—. ¿En qué podría ayudarte?

—Dudo que puedas hacer nada por mí —manifestó desilusionado—; nadie puede...

En ese momento, una mujer joven se asomó por la puerta, que permanecía entornada.

—¿Se puede saber con quién hablas, Jaime? —preguntó intrigada—. Ya es hora de acostarse, ¿no crees? —dijo sin esperar respuesta a una pregunta retórica, teniendo en cuenta que ella no podía verme.

—Sí, mamá. Ya voy —dijo el niño levantándose de la butaca, al tiempo que desplegaba un bastón para ciegos y se dirigía a la cama.

La madre se acercó a él y le dio un beso de buenas noches. Después, apagó la radio, la luz y salió de la habitación despacio, dejando la puerta medio abierta.

Ahora, la que estaba perpleja era yo. Ese niño era completamente ciego, y sin embargo, era capaz de verme a la perfección. ¿Cómo era posible?

Jaime se incorporó en la cama y se dirigió a mí.

—Tuve que disimular —dijo—; no me hubiera creído. ¿De veras eres real? —preguntó—. ¿Qué clase de ser eres? ¿Un fantasma? ¿Un extraterrestre? ¿Un ángel? —cuestionó rebosante de interés.

—Un hada encantada —maticé—. ¿Eres ciego de nacimiento? —quise saber.

—No —dijo agachando la cabeza—. No lo soy. Y para serte sincero, me cuesta creer que seas un hada, aunque algo extraordinario sí eres, puesto que por alguna extraña razón puedo verte.

—¿Quieres contarme cómo ocurrió? —dije con la esperanza de ayudarlo.

—¡No! No quiero hablar de ello —dijo mientras accionaba uno de los botones de su reloj de pulsera.

—«Veintitrés horas y treinta y cuatro minutos» —señaló una voz aséptica proveniente del pequeño altavoz del reloj.

Me di cuenta de que no quería hablar sobre su ceguera, así que aproveché lo avanzado de la hora para despedirme. El niño ya había tenido demasiado impacto para una sola noche.

—Es tarde —repuse—; lo dice tu reloj. Ahora debes dormir. Yo regresaré otro día. Pero recuerda, no debes hablar de esto con nadie —le advertí.

—No soy tonto. Me tomarían por chiflado si lo hiciera —dijo sonriendo.

Salí por donde había entrado, y volví al bosque con la sensación de haber realizado una misión importante. Ahora debía intentar encontrar el medio de ayudar a ese niño. ¿Cuánto tiempo llevaría ciego? Quizás no fuese demasiado tarde para sanarlo.



En el día del mar

Me acosté en el camastro tratando de borrar los acontecimientos recién vividos. Pero no resultaba sencillo. Aún recordaba con claridad la expresión ilusionada de Jaime, al comprobar que podía verme. No debemos interferir en vuestras cosas, y menos en temas tan serios. Sin embargo, no me parecía incorrecto en este caso.

Debía averiguar más detalles sobre el niño y obrar en consecuencia. No obstante, antes tenía pendiente la misión encomendada por Mari: el viaje a la comunidad *feérica* de Tivissa.

Al despertar, fui hasta el río y me di un baño. Robé algo de grano de los campos y consumí algunas peras. Tras energetizar a los toros, partí hacia ese trozo de Cataluña, en busca de respuestas al enigma del silencio. ¿Qué podía haber pasado para que toda una comunidad de hadas dejase de dar señales de vida?

Mi compañero de viaje en esta ocasión sería un jabalí llamado *Zisral*, quien me explicó que algo muy extraño estaba ocurriendo en toda la zona colindante de los pueblos de Tivissa, Pratdip, Jvlora de Ebro y Vandellós.

Afirmaba que hacía días que no veía a ninguna de las hadas locales por allí, cuando lo usual es que saliesen a lavar sus pañoletas en los ríos. El área de los alrededores de este pueblo tarraconense había sido habitada desde antaño por los elementales. Tanto es así, que una de las poblaciones cercanas había sido denominada Fatarella.

Tampoco era infrecuente la visión de perros *feéricos* en lugares como Pratdip^[41]. Estos animales han estado, desde el principio de los tiempos, al servicio de las hadas, como vigilantes. A veces, se dejan ver en forma de jaurías espectrales, capaces de amedrentar el más osado^[42].

Algo insólitamente sospechoso debía estar teniendo lugar en la región; pese a que en apariencia el paisaje no había cambiado, el silencio que se respiraba era misterioso. Los pájaros no trinaban como de costumbre. Todo parecía quieto, como muerto. Nadie vino a recibirme. Estos indicios me hicieron desconfiar, estar alerta, preparada ante cualquier eventualidad.

Fui hasta la cueva en la que habitaba la comunidad. ¡No había nadie! ¡Ni una sola de nosotras! Decididamente, aquello no era normal. Daba la impresión de que los enseres habían sido abandonados con precipitación, de forma inesperada.

Zisral estaba muy inquieto y quería marcharse de la zona cuanto antes.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Esto no me gusta —dijo mirando hacia la lejanía—. ¿Te has fijado en que desde que llegamos tan sólo hemos visto alacranes? —inquirió.

—Es cierto. ¿Por qué hay tantos? —quise saber.

—No lo sé. Tal vez tus amigas sepan algo sobre ello. Puedo asegurar que antes no eran tan numerosos —explicó alarmado, mientras trataba de espantar a los que se le acercaban.

—Si es que logramos dar con ellas —señalé.

Rastreamos toda la zona en busca de las hadas. No había forma de localizarlas. Anocheceía y no estaba segura de la opción que debía tomar: quedarme en la comunidad abandonada para proseguir la búsqueda a la mañana siguiente o regresar a mi hogar.

Cuando casi me había decidido por lo primero, de repente creí recibir una señal telepática de socorro. Era muy débil. Tuve que hacer uso de todas mis capacidades sensitivas para llegar hasta el lugar de emisión. Procedía del mismo corazón del monte, del centro de la montaña.

Guiada por la enigmática señal, pude dar con la entrada a la cueva. Nadie hubiera sospechado que allí había una cavidad capaz de albergar a una veintena de hadas del entorno. La palidez de sus rostros delataba que llevaban cierto tiempo sin ver la luz del sol. Sus cabellos habían perdido su brillo característico. Parecían enfermas. Las ojeras surcaban su rostro, indicando que habían sido víctimas del desvelo. Aun así, resultaban hermosas.

—¿Qué sucede? —pregunté temiéndome lo peor.

—Seguro que ya los has visto —dijo una de las hadas llamada Severina—; son los alacranes.

—He visto muchísimos. ¿Qué ha pasado? *Zisral* afirma que antes no había tantos —dije mirándolas una a una.

—No lo sabemos con exactitud. Pero pensamos que puede estar relacionado con los seísmos^[43] que antaño azotaron nuestras tierras —explicó Severina contrariada.

—¿Qué fue lo que pasó? —inquirí una vez más.

—Fue horrible. Gaia se revolvió y expulsó de sus entrañas grandes piedras negras que desprendían olor a azufre. La región vivió momentos de pánico. En el epicentro, que estaba en los bosques de Manou, quedaron a la vista enormes agujeros que conducían al mismo centro de la Tierra. A partir de ese momento, los alacranes empezaron a salir de aquellas aberturas. Al principio, no eran muchos, así que no les dimos importancia. Pero de unos años a esta parte, sin que sepamos la causa, han aparecido tantos que ignoramos cómo obrar. Además, son bastante más agresivos. Tenemos miedo, por eso nos refugiamos aquí —concluyó.

—¿Cuál puede ser la razón de tanta agresividad? —pregunté.

—Pensamos que tiene que ver con lo que están haciendo los humanos en Vandellós^[44]. Pero a ciencia cierta, no podemos estar seguras. Tan sólo nos es posible certificar que los alacranes que han surgido en los últimos años son diferentes, más grandes y de un color distinto, verdusco. No hay planta capaz de sanar los miembros afectados por sus picaduras —dijo al tiempo que señalaba una de las piernas de un hada, severamente castigada.

—Y... ¿qué pensáis hacer? Aquí encerradas no podéis estar... —señalé.

—No sabemos. Siempre hemos vivido en esta región y nos cuesta creer que ahora debamos abandonarla. Sin embargo, no tenemos otra alternativa; es menester emigrar a tierras más seguras, tal vez a Bañolas —concluyó Severina.

—Sobre eso, yo no debo decidir; únicamente fui enviada para saber qué estaba ocurriendo. Sin embargo, una cosa está clara: en estos montes ya no se puede vivir. Daré buena cuenta a Mari de

vuestra apurada situación —manifesté con tristeza.

—Emigraremos y cuando llegemos a un lugar más seguro, informaremos a la Señora de Amboto de todos los pormenores —sentenció Severina.

Abandoné Tivissa con más pesar del que había supuesto. Al menos yo tenía un lugar en el que vivir, sin que, de momento, se viese amenazado. Ahora restaba informar a Mari de todo el asunto de los alacranes mutantes.

Me despedí de *Zisral*, que aprovechó para huir raudamente de aquella zona. Ahora entendía que los animales hubiesen abandonado aquel hermoso lugar cercano al mar.



En el tiempo del Solsticio de Verano

Luego de ejercer mis obligaciones cotidianas me dispuse a ir en busca de Mari, a fin de hacerle partícipe de mis descubrimientos en Tivissa. Sin embargo, el viaje resultó infructuoso, porque la Señora de Amboto no estaba en sus dominios. Se hallaba de viaje y no regresaría hasta el día siguiente. Así que marché a mi entorno, con la intención de regresar al País Vasco una vez que ella hubiese vuelto.

Decidí entonces visitar a Jaime para conocer más datos sobre su ceguera. Sin embargo, no era mi día. Tampoco estaba en la casa. En cambio, sí se encontraba su madre realizando tareas del hogar.

Me quedé un rato esperando, por si aparecía el niño. Mientras tanto, observaba a la madre, una mujer de pelo castaño, excesivamente delgada que, aunque joven, presentaba una serie de arrugas prematuras. Quién sabe si provocadas por el sufrimiento...

Iba y venía a ratos, de la cocina a la sala de estar, en la que había un televisor encendido.

Daba la impresión de querer distraerse, como si estuviera preocupada por algo y tratase de olvidar su desasosiego a base de mantenerse activa.

En un momento determinado, apagó el aparato y sacó de una librería un cuaderno. Se sentó en una mesa camilla cercana a la ventana del salón y lo abrió. Había varios recortes de prensa pegados en las hojas. No pude reprimirme.

Me aproximé un poco situándome detrás de su hombro, y leí aquello que había conseguido cuajar su rostro de lágrimas.

JAIME RAMÍREZ, NUEVO CAMPEÓN ESCOLAR DE AJEDREZ. —A. Sánchez.

El pasado sábado, Jaime Ramírez, de tan sólo 12 años, se proclamó campeón escolar tras vencer a los aspirantes procedentes de todos los institutos madrileños. Ramírez afirma ser únicamente un «aficionado» a este deporte, pues confiesa que su verdadera pasión es el cine. Para ganar el campeonato, Ramírez hubo de competir contra doscientos estudiantes de diferentes edades. Dada su juventud, Jaime podría ser un serio candidato al título de campeón de la Comunidad de Madrid.

GRAVE ACCIDENTE EN ÁVILA. —E. Pérez.

En la noche del pasado 23 de junio se produjo una espectacular colisión, en la que se vieron implicados dos automóviles, en el término de El Tiemblo (Ávila).

El accidente tuvo lugar cuando uno de los vehículos, un Rover, con matrícula de Madrid, se disponía a dar la vuelta en medio de la carretera. Un Opel Corsa, también de Madrid, en el que viajaba un matrimonio con su hijo de trece años, no pudo evitar la colisión contra el Rover, conducido, al parecer, por una mujer, que según todos los indicios se dio a la fuga instantes después del incidente.

El niño fue trasladado a un hospital madrileño donde permanece gravemente herido, mientras que el matrimonio, que ya ha sido dado de alta, sólo sufrió algunas contusiones.

PROSIGUE LA BÚSQUEDA DE LA CONDUCTORA FUGADA. —E. Pérez.

Continúa la búsqueda de Beatriz Alemndros, la propietaria del Rover con matrícula de Madrid, que se dio a la fuga, en la madrugada del pasado 23 de junio en el término de El Tiemblo (Ávila), tras colisionar contra un Opel Corsa en el que viajaba un matrimonio con su hijo.

Jaime R., que quedó ciego a raíz del impacto, evoluciona favorablemente, y permanece ingresado a la espera de recibir el alta médica.

Hasta el momento, la policía ha reconocido no tener ninguna pista que pueda conducir a la detención de la mujer.

Me quedé estupefacto. No era posible que esto me estuviera pasando a mí. Debía tratarse de una pesadilla, una broma macabra urdida por alguien que me odiaba mucho. Si, como se afirmaba en esos recortes, yo era la mujer que buscaban, también era la responsable de la ceguera de Jaime. Ni en el peor de mis pensamientos hubiera imaginado algo así.

Abandoné la casa, abatida, y me retiré a mis dominios. Quería fingir que nada de esto había ocurrido, que nunca había visitado la ciudad, que no conocía a ningún niño llamado Jaime, y que tampoco había estado en la carretera en la noche de San Juan. Pero no hay peor verdad que la que uno mismo conoce, aquella que nadie te cuenta, que se descubre de forma casual, sin que intervengan intermediarios. Porque, una vez que sabes de ella, no puedes cerrar los ojos jamás, ni hacer oídos sordos. Ésas son las verdades que requieren una acción por nuestra parte, aquellas que no se pueden obviar.

Así que no sirvieron de nada los días de encierro en la cueva, ni los ayunos, ni los remordimientos. Hasta *Tujú* se alarmó al no verme salir más que para el cumplimiento de mis obligaciones.

Pero como cuento, todo esto no sirvió de nada. Había un hecho irrefutable que estaba ahí, aunque yo no quisiera admitirlo. Tenía la intención de quedarme así para el resto de mi vida *férica*, cuando recordé que tenía pendiente una visita a Mari. Ello me hizo regresar a la realidad.

Viajé al País Vasco. No me quedaba otro remedio. Y esta vez, sí estaba en su cueva.

Realicé el pertinente ritual. Una vez más, me ofreció asiento, comida, bebida y se empeñó en que le diera la espalda. No perdía oportunidad. Luego de exponerle mis averiguaciones en Tivissa, Mari me felicitó.

—Debería ofrecerte un puesto para este tipo de misiones —dijo—. Sin embargo, han llegado ciertas informaciones hasta mis oídos que no son de mi agrado. Parece que tienes tratos con un humano. ¿Es eso cierto? —inquirió.

—La Señora sabe que sí. Tratar de engañarla sería un error. No obstante, debo decir en mi descargo que es un caso especial, algo que hice antes de quedar encantada —señalé.

—Por supuesto, estoy al tanto de todo. Pero déjame que te corrija: no existen las distinciones. Lo que hicieras como humana ya no tiene importancia. Y debo advertirte que tratar de arreglarlo con tus nuevas capacidades podría ser fatal para ti —sentenció.

—¿Podría explicarme la Señora qué tipo de peligro corro? —pregunté.

—Ciertamente, sí. Aunque es mejor que lo veas por ti misma. Si todavía tienes ganas de ayudar a ese muchacho, antes de hacerlo, realiza un viaje más. Quizá cambies de opinión. Ve a Rojas y habla con las hadas locales. Pregúntales por un suceso acaecido hace años; que te hablen de Hermenegilda. Después, tú verás lo que te conviene. Si eres lista, desistirás de tu propósito —dijo dando por terminada la charla.

—La Señora puede estar segura de que viajaré a Alicante e indagaré sobre Hermenegilda —dije convencida.



En el día del oso

Nunca pensé que ser un elemental pudiese llegar a convertirse en algo tan complicado. Rememorando mis recuerdos de la infancia, ya vagos en el tiempo, descubrí que el concepto de «hada» tenía, siendo pequeña, otro significado totalmente diferente. Esos seres idílicos que yo imaginaba, amparada por la literatura para niños, distaba bastante de la realidad. Claro que, para los elementales puros, supongo que será otra cosa. No tienen las tribulaciones que acechan a las encantadas.

Mari había conseguido picar mi curiosidad. Hay que reconocerle un atractivo especial a la hora de exponer las posibilidades. Si ella me hubiese advertido de los peligros que entraña desentrañar desarrollar nuestras capacidades con los humanos, probablemente no le habría dado crédito. Hacerme viajar a Rojasles era una manera mucho más sutil de defender su postura. Al menos, consiguió que decidiese trasladarme hasta ese enclave para investigar sobre una tal Hermenegilda. ¿Quién sería? ¿Qué habría hecho?

Pero antes quería ver a Jaime; me apetecía saber más cosas sobre él. Esperé a que cayera el sol. Así podría hablar con el niño tranquilamente. Fui hasta la ciudad auspiciada por *Cervás*, el cual, como de costumbre, se desentendió del tema, cosa que agradecí.

La luz de su habitación estaba apagada, aunque él no dormía. Cuando me vio no pudo disimular un gesto de emoción. Se incorporó con rapidez en la cama y me instó a sentarme. Tenía muchas cosas que preguntar.

—¡Es estupendo que hayas regresado! Pensé que eras sólo parte de mi imaginación... —dijo Jaime.

—Pero, en el fondo, deseas que sea real. De otro modo, no serías capaz de verme —manifesté.

—Hay otra cosa que me intriga y que quisiera conocer: ¿de dónde provenís? —espetó el muchacho. Era obvio que, tras el impacto inicial, su mente no había dejado de trabajar.

—Pues —comencé a decir— somos espíritus de la naturaleza, pertenecemos a ella. Y por tanto, hemos existido desde siempre. Mucho antes de la aparición del hombre sobre la Tierra^[45]. Somos hijos de Gaia. Claro, luego entre nosotras se dan diferentes tipos. Aunque eso es otra historia.

—Y tú, ¿a qué clase perteneces? —inquirió de nuevo.

—A la familia de las encantadas —expliqué.

—Pero ¿sois inmortales? —preguntó Jaime.

—No. No lo somos. Al igual que tú, también conocemos la muerte, aunque vivimos más tiempo. Conozco hadas que tienen siglos —dije sonriendo.

—¿Sabes?, serías un buen tema para una película. Las que se han hecho hasta ahora sobre vosotras no parecen muy creíbles. Lástima que yo no pueda hacerla —manifestó apenado.

—¿Te gustaría ser actor? —pregunté.

—Director y guionista de cine. Eso me hubiera gustado —señaló. Entonces reparé en que las paredes de la habitación estaban cubiertas con carteles de clásicos del cine universal.

—Bueno —dije—, aún no es tarde para ello.

—Para ser guionista, tal vez no. Pero para dirigir necesito ver —explicó Jaime.

—Quizás yo pueda hacer algo al respecto —dije—, aunque es menester que creas firmemente en mí. Nuestra energía depende en gran medida de la vuestra. ¿Tú piensas que puedo ayudarte? —pregunté.

—Me gustaría pensar que sí, porque la fe en los humanos ya la perdí el día del accidente —dijo bajando la cabeza, mientras jugaba con las sábanas.

—Es muy duro eso que dices. ¿Qué pasó? ¿Quieres hablar sobre ello? —susurré.

—No hay mucho que contar. Aún prefiero imaginar que es un sueño del que algún día despertaré. Cuando se produjo el accidente apenas me enteré, porque iba en el asiento de atrás, dormido. Fue un golpe en la cabeza. Y es así como quiero seguir recordándolo. No quiero pensar que la persona que conducía el otro vehículo no hizo nada por ayudarme. El psicólogo dice que eso genera rencor y que ese sentimiento no es bueno —señaló el niño.

—Es un buen consejo. De todas formas, voy a intentar ayudarte. Quizás puedas volver a ver, y hasta dirigir esa película sobre nosotras —dije al tiempo que me dirigía hacia la ventana, para emprender el vuelo de regreso al monte—. Tengo que estudiar la situación. Pero volveré. Lo prometo.

—Adiós, Aura. Ven pronto —se despidió Jaime.

Ya en mi morada, llegué al convencimiento de que, fuese lo que fuese aquello que me contaran en Alicante, estaba dispuesta a sanar a Jaime a toda costa, aunque ello hubiera de reportarme el más terrible de los castigos. Era lo justo. Me acosté; tenía que reponer fuerzas.

Desperté con el amanecer. Fui a cumplir mis tareas *feéricas*. Robé leche y cereales antes de partir —acompañada, cómo no, de un *Tujú* cada vez más escamado de tanto viaje— rumbo a los montes cercanos a la localidad alicantina de Rojales.

En un punto determinado *Tujú* me dejó con *Sidal*, una majestuosa águila de una musculatura increíble, como quedan pocas en España. No habló en todo el camino. Se limitó a cumplir su cometido en silencio.

Llegamos pronto. Las hadas locales todavía estaban realizando sus faenas cotidianas: mientras algunas invertían el tiempo en peinar sus cabellos dorados, con peines de oro, al borde del río, otras lavaban pañuelos y enseres *feéricos*. Unas pocas trabajaban en la huerta extrayendo jugosas verduras: tomates, cebollas, lechugas, pimientos... de gran tamaño y brillo.

El carácter de estas hadas parecía mucho más tranquilo. Nada que ver con la angustia reflejada

en los rostros de las compañeras de Tivissa. Claro que estas últimas tenían sobrados motivos para ello.

No pareció sorprenderles mi presencia. Creo que ya estaban informadas de mi llegada. Pregunté a una de las que se estaban peinando sobre Hermenegilda.

—Claro que conozco la historia de Hermenegilda. Pero quien verdaderamente podrá darte detalles es Dorita. Ella es la mayor de todas nosotras —explicó sin dejar de mirarse por un instante en su espejo de oro.

—¿Y dónde está Dorita ahora? —inquirí, esperando que se encontrase en la comunidad.

—Cerca de la cueva. Siempre está ahí, tejiendo, porque da más el sol y dice que tiene frío —aclaró el hada.

Según iba llegando a la cueva, distinguí una figura pequeña —no creo que sobrepase el metro de estatura— que, sentada en una silla, estaba entregada a una labor. Me coloqué justo haciéndole sombra, para llamar su atención.

—Tú eres Aura, ¿verdad? —preguntó intrigada.

—¿Quién te habló de mí? ¿Mari, quizás? —contesté con otra pregunta.

—Nos dijo que vendrías por aquí. Y sé qué es lo que quieres. Te gustaría saber la historia de Hermenegilda —señaló.

—Pues sí. Pero quisiera conocer la verdad, a ser posible —expliqué temiendo que Mari le hubiera aleccionado para contar algo concreto.

—No tengo por costumbre mentir... —replicó enfadada—. Pero si dudas de lo que voy a contarte, es mejor que te marches ahora mismo.

—Yo no dije eso. Sólo que... es importante saber qué ocurre exactamente con Hermenegilda.

—Ocurrir, lo que se dice ocurrir... ya no ocurre nada. Dentro encontrarás una silla y algo de comida. De paso, tráeme una toquilla que hay colgada en el perchero —ordenó la vieja hada.

Hice lo que me pidió. Traje un queso blando, una hogaza de pan integral, dos vasos y una jarra de leche en la que se apreciaban grandes trozos de nata. A Dorita le faltó tiempo para cubrirse con la toquilla, pese a que hacía calor.

—Comamos primero, hablemos después —dijo.



En el día del sauce

Después de dar cuenta de los alimentos, me hizo sacar un cubo que había dentro de la cabaña repleto de nata, y me puso a batirla a fin de obtener mantequilla. Para conseguir la información que deseaba debía pagar por ella con pequeñas tareas, aunque no me importó, era un trabajo agradable. El olor de la nata fresca despertaba un instinto de libertad en mí.

Dorita empezó a hablar, a narrarme la historia de Hermenegilda, y lo hacía con conocimiento de causa, pues la había tratado personalmente.

Todo sucedió hace más de un siglo, durante un crudo y largo invierno. Aquellos montes, con el frío, se cubrían con una espesa capa de nieve. Eran abruptos, lo que había podido constatar al llegar a la morada de las hadas, mientras sobrevolaba la zona junto a *Sidal*.

Aconteció que una niña de tan sólo tres añitos, vecina del pueblo de Rojasles^[46], cercano a la montaña de la comunidad *feérica*, se despistó cuando iba a despedirse de unos familiares que habían venido al pueblo de visita, y se internó por riscos y peñascos. El resultado fue que se extravió.

—¿Y qué tiene que ver Hermenegilda con todo ello? —pregunté no sin cierta curiosidad.

—Pues que Hermenegilda encontró a la pequeña vagando por los barrancos ignorante de los peligros que la acechaban, y decidió desobedecer nuestro código que, como bien sabes, dicta no inmiscuirnos en las acciones humanas —señaló Dorita al tiempo que se tapaba mejor con la toquilla.

—¿No parece ésta una buena causa para «inmiscuirse»? —argumenté.

—Hay otras tantas que lo justificarían, Aura. Pero no podemos hacer excepciones, porque en ese caso el código dejaría de ser el código —explicó tajante.

Se había levantado algo de viento, pero no hacía frío. A pesar de ello, Dorita estaba helada, así que manifestó que proseguiría con la historia en el interior de la cueva, al amor de la lumbre. Yo había terminado de batir la nata, así que, sin dudarle un segundo, me puso a pelar castañas.

—Son para un pastel —dijo la vieja hada.

—Me gustaría que continuases, Dorita —dije, deseando que aquella entrevista no se prolongase hasta que me hubiese encasquetado todas las tareas.

—Así que Hermenegilda la llevó a otra cueva, no lejana a ésta. No la trajo aquí, porque era consciente de su mal proceder. Nos ocultó su existencia. El único que sabía algo de todo el tema era un gnomo que la ayudó a cuidar de la niña y que jugó con ella esa fría noche —sentenció.

—Me tienes intrigada —dije.

—Lo sé —repuso—. Peor es que me ha entrado sueño. Mira, haremos una cosa. Yo me voy a dormir. Tú, mientras, termina de pelar todas esas castañas —dijo señalando una gran pila—. Después me despiertas, y seguiré con lo de Hermenegilda —dijo, sin importarle lo más mínimo si a mí me apetecía o no.

—En fin, todo sea por terminar con la historia de una vez —dije antes de que se pusiese a roncar en una de las camas.

Mientras pelaba las castañas, me puse a pensar cómo podría ayudar a Jaime. Sin duda, la fecha ideal para hacerlo era la cercana noche de San Juan, y ya quedaban pocos días. El método no era tan sencillo. Para curarle no bastaba con usar el mismo sistema empleado con el hijo de *Malaquita*. Era preciso algo más. Pero mis conocimientos *feéricos* no eran tan grandes. Debía buscar asesoramiento. Alguien que supiese sobre estas cuestiones.

Cuando hube pelado toda aquella pila de castañas, desperté a Dorita. A ver si terminaba de una vez.

—¡No has tardado casi nada! Ya que estás, podrías ayudarme a coser esta túnica. Mis ojos ya no son los de antes —dijo sonriendo.

—Haré lo que sea, pero termina de una vez, por favor —dije, comenzando a molestarme por la situación.

—Lo que pasó es muy simple: cuidó de la niña, la alimentó, la protegió del frío y de los animales. Al día siguiente, cuando vio que medio pueblo la buscaba, la dejó en el barranco del Búho, sana y salva, no sin antes pedirle que no contase nada sobre ella —especificó.

—¿Y...? —inquirí.

—¡Pareces tonta! Con los niños ya se sabe..., todo lo cuentan. Pronto descubrieron que Hermenegilda había transgredido el código. Por fortuna, nuestra comunidad no estuvo nunca en peligro, porque los humanos asociaron aquella «Señora de luz» de la que hablaba la pequeña con la Virgen^[47]. Pero el hecho era el mismo —señaló el hada.

—¿Cuál fue el castigo que se le impuso? —pregunté ya harta de tanta tardanza.

—Esa noche, Hermenegilda se sintió muy cansada y murió —dijo con tristeza—. Así que, si se te ha pasado por la cabeza alguna historia similar, deberías reconsiderarla.

—Ese código es excesivamente severo —añadí con sequedad—. No veo la diferencia entre robar a un granjero y salvar a una niña de que perezca a causa del rigor invernal. Cuando robamos a los humanos, también nos estamos inmiscuyendo en sus cosas, ¿por qué aquí no se aplica el código?

—Porque un pequeño hurto no supone un cambio en su trayectoria, lo otro sí. El código simplemente no se cuestiona. Harás bien en acostumbrarte a él. ¿Quieres quedarte a cenar? —preguntó.

—No, gracias, debo regresar. Una cosa más..., ¿dónde podría obtener información sobre la noche de San Juan? —quise saber.

—Sólo existe un tratado fiable sobre la noche de San Juan. Fue escrito por nosotras. Pero por desgracia no está en nuestro poder. Lo tiene una humana que vive en una casona cerca de Madrid.

No sabemos cómo se hizo con él —concluyó Dorita.

Tras despedirme de las hadas alicantinas regresé a mi cueva. Las palabras de Dorita acerca de Hermenegilda y su final no habían conseguido hacer mella en mi propósito. Buscaría a esa humana y recuperaría nuestro tratado. A fin de cuentas, nunca debió salir del mundo de los elementales.



En el día del tiburón

Las mejores horas del día para robaros son las nocturnas, pues soléis estar descansando. En otras circunstancias, habría entrado en esa casona que se alaba ante mí impunemente. Estaba segura, la intuición no mentía. Aquel siniestro caserón albergaba el preciado tratado mágico escrito por nuestras antepasadas. Lo que nadie se explicaba era la paradoja de que en la actualidad se hallase en las manos de una mujer humana. ¿Cómo habría ido a parar allí?

Existían varias versiones sobre este asunto, pero ninguna contrastada. Según me comentó *Malaquita*, una de ellas defendía que aquella mujer poseía una pequeña parcela de sangre *feérica* en sus venas, y que ésta era la causa de que algún hada hubiese confiado en ella, al menos lo suficiente como para donarle nuestros más íntimos secretos. Eso justificaría que la señora, que debía de ser muy mayor, aparentase ser mucho más joven. Claro que... nadie sabía su edad. Sin embargo, esa tesis no parecía ser lo suficientemente sólida como para poner en peligro nuestras vidas. Lo cierto es que lo atesoraba en su biblioteca desde hacía años y nunca había intentado nada contra nosotras.

Otra posibilidad es que lo hubiese robado —la probabilidad de que lo encontrara por azar quedaba descartada, puesto que aquel manuscrito era tan preciado que mis compañeras habrían puesto los medios necesarios para su guardia y custodia—. Si, como se sospechaba, lo sustrajo, entonces eso significaba que podía vernos... En ese caso, se convertía en una doble amenaza. En fin, que la dama que habitaba en la tenebrosa casa, en la que estaba a punto de penetrar, se había convertido por derecho propio en un ser mítico, al menos para nosotras. Es más, antes de mí, nadie osó jamás intentar arrebatarse el tratado de la discordia; aquellas hadas que habían tenido la ocurrencia, tarde o temprano desistieron en su empeño, por temor a ser capturadas por la enigmática vieja.

Alguna que había tenido ocasión de verla por el jardín afirmaba que tenía los ojos verdes como uvas, lo que reforzaba la conjetura de que quizá tuviese sangre *feérica*. Pero ninguna se había colado en el interior de su morada. Era el momento de que alguien se decidiese a hacerlo.

Amparada por las sombras de la noche, sobrevolé muy despacio el alto muro de añeja piedra cubierta de musgo que separaba el jardín del exterior. Daba la impresión de que a esa mujer no le gustaban demasiado las visitas, y que ponía todos los impedimentos posibles para que nadie se acercase allí.

Miré a través de las ventanas buscando la imponente biblioteca que, según las hadas, poseía la casona. En efecto, ¡ahí estaba! Pero ¡maldición! ¿Es que aquella vieja no dormía? ¿Qué hacía

leyendo a tan altas horas de la madrugada? Habría que esperar a que se marchase.

Decidí armarme de paciencia, y mientras hacía tiempo, aproveché para observarla: efectivamente, parecía más joven. Un gato negro la acompañaba y, sí, ¡tenía los ojos verdes! Pero ello no significaba nada. Estaba enfrascada en la lectura. Desde mi posición, no era capaz de leer el título del libro que sujetaba entre sus manos.

Pasado un tiempo, el sueño la venció. Comenzó a dar cabezadas contra la butaca, hasta que se quedó dormida por completo. Pensé que tal vez no se decidiera a irse a la cama, así que entré a buscar nuestro legado.

Tras pasé con soltura el cristal y apacigüé al gato, que, atento a cualquier movimiento, sí me había visto llegar. Después, me lancé a la caza y captura del manuscrito. No parecía sencillo dar con él entre tanto libro. Por otra parte, tenía infinidad de volúmenes sobre el mundo *feérico*. Era un hecho cierto que le interesaba el tema. Como yo no había visto nunca el tratado en cuestión, hube de emplear mi capacidad clarividente para hallarlo. La muy ladina lo había ocultado detrás de un falso fondo sito en una cómoda. Debía ser consciente de su valor. Lo tomé temblorosamente entre mis manos. Sólo me entretuve lo justo para leer el título: *Tratado de la muy noble y leal estirpe feérica sobre la mágica noche de San Juan*.

Debo reconocer que sentí un escalofrío. ¡Un libro escrito por hadas!... La idea de leerlo me seducía. Allí, escondida entre sus páginas, podía hallarse la solución a mis quebraderos de cabeza por la ceguera de Jaime.

Antes de marcharme, volví la cabeza para echar un último vistazo a la dama. Se había despertado y me miraba fijamente. Estaba segura de que podía verme, pero no hizo absolutamente nada por detenerme y/o recuperar el libro, ni un movimiento hostil. Se dedicaba a observarme, como quien presencia una aparición espectral. La verdad, me dio un poco de pena quitárselo de aquella manera, pero a fin de cuentas tampoco era suyo. Me pertenecía más a mí que a ella. Juzgué que esa casa, debido a la personalidad de su dueña, podía ser un buen lugar para ocultar un secreto.

Me marché envuelta en el viento refrescante de la noche. Deseaba comenzar la lectura de aquel manuscrito cuanto antes. Ya en la cueva, a la luz de la hoguera, lo examiné con atención. Desprendía un olor vetusto.

Sus primeras líneas, que venían a explicar la misma existencia del tratado, decían así:

«*Nunca creímos que nos veríamos en la obligación de tener que plasmar nuestros secretos en un libro. Pero en pleno Tiempo del Florecimiento, nuestro mundo se encuentra en grave amenaza. Desde que se escribiera el denominado Tratado contra las hadas^[48], es posible que no sobrevivamos mucho más. Quizás, haya llegado el terrible “siglo invisible”. Si alguna de nosotras lograra perpetuar la especie, los conocimientos aquí descritos les serían de vital importancia, a ella y sus descendientes. De ahí, la arriesgada decisión del Consejo Feérico...»*

Estaba sorprendida... Nuestras antepasadas creyeron estar, en cierto momento histórico, en peligro de extinción. Tampoco sabía que hubiese existido un Consejo capaz de legislar nuestros designios. ¡Todo había cambiado tanto...!

Pasé toda la noche estudiando el manuscrito y, en particular, aquellos capítulos que hacían

alusiones a la noche de San Juan; se referían a ella como «La Gran Noche». También era corriente la cita de refranes relativos a ese día, como el que sentenció: «El Sol de San Juan quita el reuma y alivia el mal.».

De todo lo allí descrito, se desprendía que aquella mágica fecha era propicia para realizar toda clase de peticiones, experimentos y anhelos, siempre y cuando se supiese cómo ejecutarlos. Al parecer, su coincidencia con el solsticio de verano era el momento ideal para aprovechar las energías transformadoras del planeta, para equilibrar los megalitos, para que las encantadas encontrasen marido humano, para limpiar las energías negativas y para tantas otras cosas... Lo que a mí me interesaba era la relación de la noche de San Juan con la sanación de las enfermedades y otros trastornos.

Señalaba el tratado:

*Si por San Juan quieres pedir,
a tres ritos te has de rendir,
agua, fuego y vegetal;
a ellos has de acudir,
con prontitud y buen hacer;
tu solicitud verás cumplir.*

Con estas claves, pronto comprendí que el tipo de rito que debía efectuar tenía que ver con lo «vegetal». Es decir, con las hierbas. Las ceremonias que tienen que ver con las plantas —según explicaba el tratado— están indicadas no tanto por las propiedades de las hierbas escogidas, sino más bien por el momento de la recolección de éstas. El manuscrito era muy esclarecedor cuando se refería a ello:

*Para todo mal...
en San Juan solución hallarás,
mas...
... precaución deberás mostrar
en contar el remedio
antes de la salida del Sol...
o sin ayuda quedarás.*

Parecía que las hadas habían querido redactar el manuscrito en forma de pequeñas coplillas, precisamente para que fuesen pegadizas, y fáciles de recordar. Hay que tener en cuenta que cuando el tratado fue escrito se creían en grave peligro.

Otra de las cosas que resaltaban las hadas sobre las hierbas era la importancia de saber prepararlas:

*Quien sus propiedades desee extraer,
especial cautela habrá de poner,
no debiéndose colocar
ni más ni menos cantidad,
pues efectos adversos traerá.*

Además, hacían hincapié en la necesidad de que el estado de ánimo del recolector fuese óptimo, pues de otra manera podía influir en el preparado final. Así lo exponían:

*Alma serena,
mente relajada,
visión clara
y gran concentración,
fuentes de inspiración son.*

También es necesario realizar una preparación física previa, pues el cuerpo (aunque sea diferente al vuestro) debe estar en consonancia con el alma:

*Ayunos y limpiezas habrás de observar,
pues cuerpo y alma
juntos deberán perseverar,
para la evolución alcanzar.*

No pegué ojo estudiando todas aquellas premisas mágicas. No obstante, el tratado era tan voluminoso que aún no había descubierto lo que buscaba, es decir, una fórmula capaz de devolver la visión a una persona.



En el día de la brisa

A la mañana siguiente tuve que continuar con mis tareas diarias. No podía dejarlas de lado. Empleaba las noches para seguir aprendiendo del libro de las hadas, repleto de sabiduría y buenos consejos. Mi impaciencia por absorber todos aquellos conocimientos hacía que me pusiese nerviosa... No en vano, la noche de San Juan estaba a la vuelta de la esquina, y con ella mis ilusiones y temores.

Una madrugada, por fin, encontré la información que aludía a la curación de la ceguera. En el manuscrito se detallaban todas las hierbas necesarias para la preparación de una pomada mágica.

Quisiera exponerlas aquí, una por una, igual que yo di con ellas. Sin embargo, esta receta, en manos de una persona de escasa moralidad, puede acarrear el efecto contrario al deseado. Y no necesariamente porque el humano quiera causar un mal, sino porque las leyes de la naturaleza son inexorables, y saben distinguir cosas que tal vez nos afanamos por ocultar. Por ello, para evitar posibles tentaciones, prefiero omitir los componentes.

Tan sólo diré que una de las hierbas imprescindibles para poder elaborar la pomada crece en un enclave muy concreto, al que no tuve más remedio que desplazarme: en los bosques cercanos a Riopar (Albacete), y en concreto en las inmediaciones del nacimiento del río Mundo.

En ese lugar habita una encantada que tan sólo sale en la noche de San Juan para buscar marido o, en su defecto, alguien que tenga la capacidad de desencantarla. Todos los años, repite el mismo ritual, y todos... fracasa. Esto es, al menos, lo que ella me explicó cuando viajé hacia la región.

Para llegar al nacimiento del mencionado río era menester atravesar varios puertos de montaña. El aire allí —pese a la tala de árboles, empleados para abastecer las pequeñas cabañas, refugio de los amantes del turismo rural— se respiraba puro, la vegetación era muy vasta y los animales salvajes todavía tienen ahí un pequeño reducto en el que vivir.

De acuerdo con el tratado, las indicaciones eran manifiestas:

*Si...^[49] quieres recolectar,
a Riopar habrás de viajar,
mas no la podrás tocar,
tan sólo admirar...
hasta la fecha que debes observar.*

Además, el tratado especificaba que esta hierba exigía un tratamiento especial. El receptor no podía dormirse hasta que la fórmula hubiese sido aplicada:

*Si sus propiedades quieres comprobar,
despierto debes estar,
o efectos no deseados
habrás de notar.*

Por eso, cuando conocí a la encantada de la cascada, Furiela, lo primero que hice fue preguntarle por aquella extraña hierba.

—Ahí la tienes. Aquí crece por todas partes —señaló—. ¿Para qué la quieres? Que yo sepa, sus utilidades no justifican un viaje tan largo, sobre todo cuando existen otras hierbas que cumplen sus mismas funciones.

—Es cierto —manifesté—, pero combinada con varias, se convierte en un remedio muy eficaz, de propiedades que van más allá de las meramente curativas; se transforma en una hierba mágica, una planta de poder —susurré por temor a que nos escuchase alguien.

—¿Serviría para que algún muchacho del pueblo se fijase en mí? —preguntó intrigada.

—Me temo que no. ¿Por qué buscas un marido tan afanosamente? —inquirí.

—Es lo que se supone que debo hacer para alcanzar el desencantamiento. Hace casi setenta años... creí haberlo logrado... Sin embargo, el chico huyó —dijo Furiela apenada.

Entonces, me contó la táctica que le había sido encomendada emplear para tal fin, sin que pudiera salirse de estos parámetros. Era necesario que esperara a la noche de San Juan para mostrarse visible a vuestros ojos. Con posterioridad, estaba obligada a aguardar a que un muchacho se adentrara hasta la cascada. Allí, colocaba una pañoleta en el suelo con varios objetos: un peine de oro, un espejo o unas tijeras, entre otros.

Cuando el joven aparecía, ella le formulaba la siguiente pregunta: «¿Qué prefieres, el peine o mis cabellos?».

Si el muchacho contestaba que quería el peine, nada se podía hacer, más que esperar hasta la siguiente noche de San Juan. La respuesta que debería haber dado el hombre sería algo así como: «El peine es valioso, pero tus dorados cabellos me agradan más».

Si se diese el casual de que esto sucediese, el hada quedaría desencantada y o bien el chico tiene la opción de casarse con ella (siempre que respete el tabú del silencio, no pudiendo revelar nunca en qué condiciones conoció a su esposa) o, si el joven no deseara desposarse con ella por estar ya comprometido, o simplemente porque no entra dentro de sus planes el matrimonio, puede aceptar las joyas que el hada le ofrecerá en gratitud por su liberación.

Ya teniendo la hierba localizada, me despedí de Furiela, asegurándole que regresaría por ella en la noche de San Juan.

—¿Has venido desde tan lejos sólo para contemplarla? ¿No piensas llevártela? —preguntó contrariada.

—Pues no. Sólo puedo recolectarla en esa fecha —dije sin dar ninguna explicación sobre el tratado que tenía en mi poder.

Dejé a Furiela en la cascada, peinándose sus brillantes cabellos, y aprovechando la hora que era fui a ver a Jaime para explicarle lo que debía hacer.

Estaba sentado en su sillón, con la luz apagada, escuchando la radio. Se alegró notablemente al verme. Parecía convencido de que me había olvidado de él. Acaso aún seguía dudando un poco de mi existencia. No estaba del todo persuadido de que fuera un hada. Sin embargo, la mejor prueba que podía mostrarle era que pudiese verme como, de hecho, lo hacía.

—Tienes lo que algunos llaman «segunda visión» —le expliqué—, es decir, que puedes ver cosas que otras personas jamás serán capaces siquiera de intuir. Ahora, más que nunca, es necesario que tengas fe en mí. Que me hagas caso en todo, y que sigas mis instrucciones al pie de la letra. Si no, nada podré hacer por ti. ¿Lo entiendes? —pregunté.

—Sí, pero no puedo evitar sentir miedo —dijo Jaime—. ¿De veras vas a curarme? Y... ¿cuándo? —inquirió.

—Voy a intentarlo. Será pasado mañana. En la noche de San Juan. Ese día te daré algo y te ungirás los ojos con ello —advertí.

—¿Qué es? —quiso saber intrigado.

—Es un ungüento mágico. Pero no puedo revelarte la fórmula —dije tajante.

—Vamos, dime al menos alguno de los ingredientes. A fin de cuentas me lo voy a poner en los ojos... —suplicó.

—Bien, si tanto insistes, te diré que lleva tréboles de cuatro hojas. Es lo único que voy a contarte, así que no me presiones —sentencié.

—Bueno, tú eres el hada. Después de aplicarme el ungüento ése, ¿podré ver todo? —dijo inquieto.

—Todo... lo que veías antes del accidente. Sin embargo, a mí no volverás a verme —dije preparándole para lo que habría de venir.

—Y... ¿eso por qué? ¿No dijiste que yo era un dotado? ¿Por qué no seré capaz de verte? —dijo inquieto.

—Porque las leyes de nuestro mundo así lo exigen —mentí—. Una vez que realizamos una acción de estas características por un humano, éste pierde la capacidad de la «segunda visión» de la que antes te hablé. No obstante, lo mejor es que podrás ver a tus padres, a tus amigos, todo lo que te rodea...

—¿Es algo así como que... me quedo ciego para el mundo de lo mágico y vidente para el natural? —preguntó de nuevo.

—Algo así... —contesté—. Conviene que no olvides que tú perteneces a este plano, y no al nuestro —manifesté antes de despedirme.

Al hacerlo, le dije que en la noche de San Juan regresaría con el ungüento mágico^[50] y que era imprescindible que me esperase completamente despierto. No podría dormirse bajo ningún

concepto. En caso contrario, la fórmula no serviría de nada, o tal vez actuase de forma insospechada.



En la noche de San Juan

No me gustaría dejar este diario inacabado. Debo dar cuenta de los acontecimientos apenas vividos, antes de que el cansancio me venza para siempre.

El tiempo restante hasta la llegada de esta noche, lo dediqué a energizar los toros. Me hubiera gustado despedirme de *Malaquita*, y de las demás criaturas del bosque, pero nada en mi comportamiento podía salirse de lo habitual, o las sospechas habrían alertado de que iba a hacer algo fuera de la norma.

Pese a encontrarme presa de un estado de gran nerviosismo, traté de evitar que éste se trasluciera al exterior, guardando mis emociones de forma hermética. Al llegar el momento señalado, recolecté aquellas hierbas necesarias para la elaboración del ungüento.

Todas estaban cercanas geográficamente, a excepción de esa que ya mencioné. Debía apurarme y llegar hasta Riopar a tiempo para tomarla de las mismas entrañas de la tierra. *Tujú* me seguía sin saber qué hacer. Había tratado de disuadirme, sin éxito, de que marchara hasta los parajes albaceteños. Pero nada podía hacer por detener los acontecimientos.

Ahí estaba Furiela, con su pañoleta extendida sobre una roca, esperando la llegada de un caballero que la desencantara. A decir verdad, a estas horas, todas las hadas del país que permanecían bajo hechizo estarían haciendo lo propio. Todas... menos yo, aunque no me importaba.

Apenas sí la saludé. Tenía mucha prisa; mi temor era que, por azar, el niño se quedase dormido. Con estos pensamientos, arranqué la hierba y la guardé en un pequeño zurrón, en el que atesoraba las demás plantas. Al meterla, ¡el zurrón cobró luz! A continuación se apagó con rapidez.

Emprendí viaje de regreso a la cueva para mezclar y machacar esas plantas descritas en el tratado, que se convertirían en la deseada pomada. La luna, testigo de mis movimientos, brillaba con una intensidad fuera de lo común, iluminando tanto el bosque, que llegaba a asemejarse a los minutos anteriores del crepúsculo.

Al llegar, extraje todos los elementos del zurrón y los introduje en un mortero. Tras seguir con extrema cautela las indicaciones del libro de mis antepasadas, fui dando forma a una espesa crema de penetrante e hipnótico olor. Cuanto más los mezclaba, más cambiaba de color aquel remedio mágico. Pasó del verde inicial a cobrar una tonalidad azulada y luminosa, especialmente cuando añadí la hierba final, la de Riopar.

Había que andar con ojo, no se podía batir en exceso ni en defecto. Así lo especificaba el tratado:

*Crema muy batida,
resultará fallida.
Crema poco batida,
no es bien recibida.*

Tras varios intentos infructuosos, di con la textura requerida para el unguimiento. Lo supe gracias al tratado:

*Crema apropiada,
brilla cual espada.*

Tapé el mortero con hojas secas, y salí de la cueva en dirección a la casa de Jaime. Ésa era al menos mi pretensión. Pero, en la misma entrada, me encontré con una enorme luz roja cegadora que desprendía un fuerte calor, casi abrasador. Tan apurada como estaba, y por sus dotes de transformista, no la reconocí de inmediato... Tuvo que gritar mi nombre varias veces para que reparara en que ¡aquella «luz» era... Mari!

—¡Sé que lo tienes! —dijo dando grandes voces.

—¿El qué? —contesté a modo de pregunta y haciéndome la tonta. La verdad, no sabía si se refería al unguento o al tratado.

—No me hagas perder la paciencia. Hasta ahora he sido excesivamente benévola contigo. ¡Dame el libro de una vez! Nuestros secretos ya han estado vagando por el mundo durante mucho tiempo —sentenció con sequedad—. De lo contrario..., te aseguro que de aquí no saldrás esta noche; tu amigo humano te espera, ¿no es cierto? —amenazó—. ¿Sabías que si no consigues llevarle el unguento a tiempo, ya nunca podrá recuperar la visión?; el tratado lo dice: «Crema ofrecida y no traída, enfermedad indefinida».

—Si lo que buscas es el tratado..., claro que lo tengo. No me importaría cedértelo, si tuviese la certeza de que me dejarás marchar. ¿Puedo tener tu palabra? —inquirí inquieta por la hora. Temía que a Jaime le hubiese vencido el sueño de San Juan.

—Tienes que apurarte si es que quieres llegar a tiempo —dijo—. Sólo me interesa el manuscrito. A fin de cuentas, tu suerte ya fue echada desde el mismo momento en que regresaste de Rojas. Tienes mi palabra —afirmó.

Saqué el manuscrito del zurrón y lo acerqué a la ardiente luz. De entre el fuego, salió una especie de garra negra que me arrebató el libro con avidez. Aproveché para salir volando, no fuese que la Señora de Amboto cambiase de opinión, aunque deduzco que decía la verdad; no daba la impresión de que quisiera interponerse en mi camino.

Un dato significativo de ello era que *Tujú*, mi guardián, ya no me seguía. Por primera vez desde que llegué a este mundo estaba sola. Alcancé la ventana de la habitación de Jaime con tanto temor como ansia. Había sufrido un notable retraso, y era muy tarde...

Por fortuna, el niño me esperaba deseoso de recibir la pomada que podría devolverle la visión. La saqué del zurrón y la deposité en sus manos.

—¡Aquí la tienes! —exclamé—. Ahora sólo es necesario que la extiendas sobre tus ojos. No huele muy bien y va a escocerte, pero te sanará, que es lo importante —manifesté.

—¿Por qué no me la pones tú? —inquirió—. Temo no hacerlo correctamente.

—Me agradaría, pero me esperan... —mentí—. Lo harás bien, no temas. Ahora debo marcharme. Si finalmente te haces director de cine, no olvides hacer esa película sobre nuestro mundo —dije antes de salir por la ventana.

—Adiós, Aura. Gracias por todo —dijo Jaime—. Lo tendré en cuenta.

«Gracias por devolverme lo que me habías arrebatado», pensé para mis adentros.

Poco más me queda por decir, excepto que estoy muy cansada, infinitamente agotada, y que cuando termine de escribir estas líneas, debo buscar un lugar seguro en el que depositar este diario. No me gustaría que cayera en manos de Mari, o de algún humano poco juicioso... Quizá estaría bien con alguien de probada discreción, que pueda valorar cuándo estas páginas deben ver la luz...



Epílogo

El diario terminaba en este punto. No me he reservado información adicional de ningún tipo. Desconozco cómo llegó este manuscrito a manos de mi tía... Sólo tengo algunas sospechas y pocas certezas.

No sé si lo que aquí se cuenta puede tratarse de una curiosa broma o si, por el contrario, encierra algún poso de realidad.

No pretendo convencer al lector de que opte por alguna de estas dos posibilidades. Únicamente, creí que merecía la pena que se tuviese conocimiento de la historia que se describe en estas páginas.

Madrid, 2 de abril de 1999



FIN



CLARA TAHOSES, grafo-psicóloga y escritora madrileña, ejerce el periodismo especializado y de investigación en temas insólitos y misteriosos desde hace veinte años. Ha colaborado asiduamente con numerosas publicaciones y en diversos programas de radio y televisión. En la actualidad es redactora-jefe de la revista *Más Allá de la Ciencia*.

En su faceta de escritora es autora de ocho libros entre los que destacan *Sueños*, que ya ha alcanzado ocho ediciones y *Grafología*, un completo tratado sobre esta disciplina (Libros Cúpula). Además ha escrito novela fantástica sobre hadas, brujas y unicornios y varias guías mágicas de España. Su novela *Gothika* fue galardonada con el premio Minotauro 2007.

Notas

[1] Por lo que he podido averiguar, este dato es correcto. Las hadas no disfrutaban de mucha fuerza mental. Esto no quiere decir que no sean inteligentes, aunque les mueven las emociones, y su memoria deja un tanto que desear. <<

[2] Esta palabra proviene del francés *fée*, de donde se ha producido la derivación «*feérico*». <<

[3] El nombre «hada» proviene del latín *fatum* y de *fata* en italiano. En castellano, como otros tantos vocablos en latín comenzaban por *f*, se terminó por substituir esta letra por una *h*. <<

[4] Los comportamientos de las hadas se resumen como contradictorios. Aun sabiendo que los seres humanos podemos convertirnos en su ruina, no pierden la esperanza —al menos en el caso de las encantadas— de estrechar lazos con nosotros.<<

[5] La tradición cuenta al respecto que la aparición de pequeños cardenales agrupados son señales de los dedos de las hadas que propinan pellizcos, a modo de castigo. <<

[6] Según mis investigaciones, las hadas sienten predilección por los robles. Otros árboles preferidos por los elementales son los frutales (manzanos y avellanos), fresnos, espinos, el sauce, el saúco y el aliso. <<

[7] No hay que olvidar que las hadas poseen un gran componente ecológico. Protegen su hábitat como su vida misma. <<

[8] Según mis investigaciones a este respecto, una de las características más notables de las hadas es su gran esmero por la limpieza y en concreto por el agua limpia. Es más, si no se las atiende en este sentido, son capaces de producir castigos como la cojera, como sería el caso de la lechera que tuvo el descuido de no dejar agua clara para los bebés de las hadas y que, aun acordándose después, hizo caso omiso de esta indicación. Las hadas la castigaron con una cojera que le duró siete años... <<

[9] Se refiere a los casos de supuestas abducciones. <<

[10] A la mayoría de las hadas les encanta la leche recién ordeñada. Incluso algunos aldeanos que han tenido la ocasión de capturar a una de ellas han usado este alimento como forma de soborno, a fin de extraerles información de su interés. <<

[11] Después de mis averiguaciones, la roca descrita por el hada efectivamente tiene su nombre, por respeto, no diré cuál es. <<

[12] Es cierto que existen algunos casos como el descrito por Estrella. En Cantabria, para más señas, hallamos a una cantinela popular que dice en relación a esta historia: *La sirenita de la mar / es una moza muy maja / que por una maldición /la tiene Dios en el agua. / Sirenita de la mar, /natural de Santander, / que por una maldición / llevas nombre de mujer. / Mi destino es ser amante / de una sirenita del mar, / pues amar no podré nunca / mujer alguna mortal. <<*

[13] Por mis pesquisas, se refieren al área que comprende Ávila colindando con Madrid, en las cercanías del término de El Tiemblo. <<

[14] No le falta razón cuando dice esto. Consultando algunos datos, me encontré con la historia de un granjero de Hampshire, recogida en *The Fairy Mythology*, en la que un hada es apresada por el granjero y termina desapareciendo de forma trágica. <<

[15] Así es, existen unos pocos manuscritos mágicos, datados en el siglo XVII, que revelan fórmulas para alcanzar poder sobre las hadas, por ejemplo para convocarlas, mientras que otros persiguen expulsarlas de emplazamientos en los que se cree que custodian tesoros. A veces, los encantamientos se emplean para conseguir su consejo o intervención. <<

[16] Sin duda, Aura se refiere a la hierba de San Juan o corazoncillo (*Hypericum*), que se cree tiene la virtud de proteger contra lo maligno. Del mismo modo, se cree que la tradición de colocar a los niños coronas de margaritas y guirnaldas sobre la cabeza obedece al mismo motivo: la protección. Otros prefieren orar; hay quienes se colocan un trozo de pan seco en el bolsillo, sal o hasta tierra de un camposanto, portan agua bendita, llevan (en el caso de que tengan la suerte de dar con él) un trébol de cuatro hojas, etc. De todo ello se desprende que, tradicionalmente, no se tiene a las hadas —en contra de lo que se ha difundido— como seres excesivamente positivos. <<

[17] [Lat. *Clarus*, «claro»; *videre* «ver».] Forma de conocimiento paranormal, en apariencia independiente de la actividad sensorial o racional de un suceso objetivo. <<

[18] Un ejemplo lo tenemos en un caso acaecido en Barruera (Ribagorza). Unas mujeres quisieron robar una toalla que las hadas habían tendido para que se secase. Al hacerlo, empezaron a escuchar unas voces inquisidoras que les decían «¡Nunca seréis ni más ricas ni más pobres de lo que ahora sois!» Así fue... Las hadas se limitaron a decir lo que veían. Este comportamiento puede ser interpretado, desde nuestro punto de vista, como un tanto malicioso, pero las leyes que rigen para ellas no son las mismas que para nosotros. Por ello, no pueden ser juzgadas bajo parámetros humanos. <<

[19] Ninfas o hadas de agua dulce. Según la zona donde hayan sido vistas, reciben diversos nombres: alojás, gojas, damas de las fuentes, mujeres de los ríos... <<

[20] Parece que Estrella se refiere a hadas muy bondadosas y bellas que han sido observadas en Cantabria. <<

[21] Protección en forma de lengüetas (especialmente en las compuestas). <<

[22] También denominado trébol de olor o trébol real, a pesar de que su forma alta y estilizada nada recuerda a lo que usualmente entendemos por trébol. <<

[23] Las hojas de esta planta, por el contrario, sí poseen una forma que se asemeja al trébol. <<

[24] La Real Academia recoge en su Diccionario el término como propio de Asturias, dándole el significado de «dragón, animal fabuloso». <<

[25] Estos datos son correctos. La pregunta es: ¿dónde los habrá obtenido Aura? ¿Será cierto que los elementales nos observan tanto como parece a veces? <<

[26] Un ejemplo de lo que menciona Aura quedó reflejado en un capitel del ábside del monasterio de Sant Cugat, del siglo xv. <<

[27] Este término significa «mojadas». <<

[28] El nombre viene de *selrazein* («secar»). <<

[29] Rastreando informaciones sobre hadas, descubrí algunos casos a este respecto, como el que se produjo en 1728, cuando el gobernador de las islas Molucas (lo que hoy sería Indonesia), Minher Van Der Stell, afirmó haber visto «*un monstruo semejante a una sirena, junto a la costa de Borneo, en el departamento de Amboina*», que medía más o menos 1,50 metros. Dicho «monstruo» fue capturado, metido en una cuba y permaneció vivo cuatro días y siete horas. Chillaba de vez en cuando y se negó a comer hasta que murió. <<

[30] Parece ser, por lo que las tradiciones cuentan, que la lamia se refiere a la sierra vizcaína de Amboto, lugar en el que se cree que habita la gran diosa Mari y su cohorte. <<

[31] ¿Combustión espontánea humana? <<

[32] La Tierra. <<

[33] De hecho, existen algunos casos recogidos de humanos que afirman haber visto a las hadas danzar, a través de una piedra con un agujero en medio (anillo de hadas). No todos han regresado para contarlo. Aquellos que lo han hecho explican que quedaron tan ensimismados por la belleza de los cánticos, que perdieron la noción del tiempo, tomando los días por horas y los años por días. Parece que la música *feérica* tiene la propiedad de lograr el estado de trance. <<

[34] Hada terrestre procedente de Cantabria. <<

[35] Las anjanas también poseen buena fama entre nosotros. Hay quienes las invocan para solicitar su protección, o para recuperar algo perdido. Para ello, entonan peticiones parecidas a ésta: "*Anjanuca, anjanuca, / güena y Florida, / lucero de alegría, / ¿ónde está la mi vacuna?*"<<

[36] Un hombre llamado Richard, en Inglaterra, pudo contemplar uno de estos funerales feéricos. Lo describe Hunt en *Popular Romances of the West of England*. Al parecer cometió la torpeza de hacer ruido y fue localizado. De inmediato, las hadas se abalanzaron sobre él como si de un enjambre de abejas furiosas se tratase, para pincharle con afiladas puntas. <<

[37] Esta técnica aparece descrita por Plinio el Viejo en su obra *Historia Natural*. Consistía básicamente en la inyección de grandes cantidades de agua a través de unas galerías excavadas en la roca, lo que provocaba la creación de grandes bolsas de aire comprimido, que finalmente terminaban por «explotar», produciéndose la descomposición de los conglomerados en los que estaba el oro. <<

[38] Es cierto esto que manifiesta la ondina. En alguna de la documentación consultada para verificar este dato, he observado que también se la conoce con el nombre de Carissia, y las versiones sobre su vida son diferentes. <<

[39] Sobre este particular, el escritor Jesús Callejo comenta en Hadas: «... si nosotros creemos que estos seres no existen, se encargarán, por distintos medios, de demostrarnos lo contrario, y si pensamos que existen e intentamos ponernos en contacto con ellos, lo más seguro es que no les veamos el pelo. (...) Juegan precisamente a confundirnos, cambiando de forma y aspecto...». <<

[40] Parece que Aura quiso jugar a la «dama de azul», más conocida como la autoestopista fantasma, que, afirman, recorre las carreteras advirtiendo de peligros, para después volatilizarse dejando aturridos a los conductores que tienen la mala fortuna de toparse con ella. <<

[41] Según Joan Perucho, *prat* significa «prado» en catalán, y *dip*, «lobo», «chacal», en árabe. Se ha traducido como «Prado del Sanguinario». <<

[42] De hecho, a poco que buceemos en la historia de Prasdip, descubriremos claras alusiones a perros «vampiros». Incluso, uno aparece reflejado en el escudo de esta enigmática localidad. <<

[43] Deduzco que se refiere a una serie de terremotos que asolaron la región en 1845. <<

[44] ¿Se referirán a la central nuclear? <<

[45] Desde el punto de vista humano, existen multitud de teorías sobre su origen. Una de las más interesantes cuenta que las hadas descienden de los ángeles que se mostraron rebeldes hacia la divinidad. Para otros, serían ángeles que no tomaron partido en la guerra entre el Creador y Lucifer, que por ello están en la Tierra. <<

[46] Rastreando informaciones que pudieran encajar con lo que describe aura en su diario, me encontré con un suceso acaecido el 18 de enero de 1896, recogido por la revista *Más Allá de la Ciencia*, N° 105, en el que se da cuenta de la desaparición de una niña de tres años en los montes de Rojas. La pequeña se llamaba Encarnación Hernández. El hecho también fue registrado por la prensa de la época: *La Lectura Popular* en su edición del 15 de febrero de 1896, explicaba la historia bajo el título «Un hecho singular». <<

[47] En concreto, con la Virgen del Carmen. Al parecer, una vez que la pequeña fue hallada, ante lo sorprendente de la historia que contaba, le fueron dadas imágenes de diferentes vírgenes, hasta que Encarnación asoció aquella «mujer» con la Madre de Dios. <<

[48] Efectivamente, existe un *Tratado contra las hadas*, manuscrito que se conservan en la Biblioteca de El Escorial. Fue escrito en el siglo XIV, por el cronista de la corte de Alfonso XI, Alfonso de Valladolid (1270-1349). Dicho libro fue redactado a raíz de la extendida creencia en los seres *feéricos* por parte de la población, a modo aclaratorio, en relación con las supersticiones tan arraigadas que se habían fomentado en torno a las hadas. <<

[49] El nombre que debe aparecer aquí ha sido omitido por Aura. <<

[50] Según los datos existentes, el ungüento *feérico* es un bálsamo, gracias al cual la vista humana es capaz de atravesar el velo que separa los planos que dividen su mundo del nuestro, haciendo que quien lo pruebe sea capaz de observar las cosas como son en realidad. Otro tipo de pomada es capaz de producir la capacidad de la invisibilidad. Los ojos tienden a iluminarse y a descubrir universos inusitados. A las hadas les molesta que usemos este tipo de ungüentos —que por lo general les son robados sin su consentimiento—, y si nos pillan haciéndolo, pueden castigarnos con la ceguera. Está claro que el remedio mágico que menciona Aura en su diario sirve justamente para lo contrario. <<